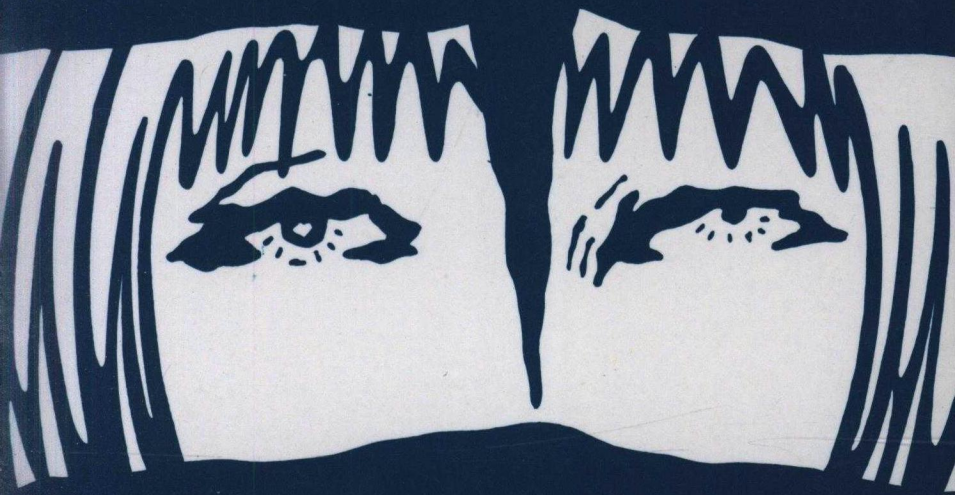
Marisol Santelices

MAL AMOR

Violencia entre cuatro paredes



centro de estudios de la mujer

El Centro de Estudios de la Mujer es una institución interdisciplinaria de investigación, reflexión, formación, promoción y difusión acerca de la condición de la mujer.
Trabaja en tres ámbitos interrelacionados:
1. La generación de conocimientos respecto de la situación de la mujer en Chile y las formas en que se produce y reproduce la subordinación.
2. Programas de apoyo a la formulación de políticas públicas que incorpore la dimensión de género.
3. El apoyo directo a grupos de mujeres en cuanto a capacitación y organización para su participación en el proceso de desarrollo con igualdad social.

Marisol Santelices A.

MAL AMOR

Violencia entre cuatro Paredes

ediciones

© Marisol Santelices A.
© Centro de Estudios de la Mujer.
Nº Inscripción: 81.252
Diseño de Portada: Viviana Délano
Impresión y Composición: Imprenta Alborada
Santa Rosa 2668 - Santiago
551.86.45 - 556.97.41
Ediciones CEM, Purísima 353 - Santiago
Santiago, Chile, noviembre de 1991

INDICE

Presentación

I PARTE:
Cuando la tristeza superó a la alegría **11**

Capítulo 1
Historias de Vida de Mujeres
de sectores populares **13**

Rosa 15
Eredia 31
María Elena 61

Capítulo 2
Historias de Vida de Mujeres
de sectores medios **81**

Paula 83
Pilar 99
Cecilia 119

II PARTE:
Construyendo un nuevo saber:
Las sin razones de la violencia
contra la mujer en los sectores
populares y en los sectores medios 143

Capítulo 1
Aproximaciones a un análisis 145

Capítulo 2
Las mujeres de sectores populares 153
La Herencia 155

Capítulo 3
Las mujeres de sectores medios 187
La Herencia 189

PRESENTACION

para Yethro, nuestro hijo

Al iniciar la investigación que dio origen a este libro, y cuando trataba de imaginar en qué consistía la violencia conyugal, no dejaron de rondar en mi memoria dos escenas que se grabaron en esa extraña zona de los recuerdos.

La primera, vivida un primero de enero en el inicio de la década del 80 en el puerto de Valparaíso. Me encontraba a las 7 de la mañana en el barrio chino de esa ciudad, cuando sentí varios disparos al aire, un murmullo de voces, unos pasos que no se detenían y un hombre que corría calle abajo seguido por dos policías. De no ser por el rastro de sangre que iba dejando, todo hubiera sido parte de una película cómica. Detrás de ellos, a unos varios metros de distancia, ya que caminaba cojeando, venía una mujer tajeada que insultaba a esos "hijos de puta" que se habían metido en una pelea que no era más que de ella y de su marido (el que corría).

El segundo hecho ocurrió en Montevideo, cuando una mañana (a finales de los 80) leí en un periódico de esa capital rioplatense sobre el asesinato de una mujer. Como la crónica roja está llena de este tipo de cotidianidades, no tendría por qué haberme llamado la atención. Sin embargo, se trataba de Flor, una mujer que estaba comenzando a sacar fortaleza después de incorporarse a una organización de mujeres, tras una larga historia de violencia y persecución a que la tenía sometida su marido. Los organismos oficiales competentes, léase comisarías, tribu-

nales, siquiátricos, nunca prestaron realmente atención a esta mujer que les pedía protección a gritos ante las amenazas de muerte de su cónyuge. Una mañana de noviembre el marido le dio muerte con varias puñaladas.

La pregunta surge casi sola: ¿Cuán culpable es la mujer del maltrato que recibe o se trata sólo de una víctima? Aunque el objeto de este libro no es llegar a emitir un juicio sobre este aspecto del problema, planteo esta pregunta como nudo subyacente del desarrollo del mismo, pues creo que sólo estoy explicitando el juicio permanente que se le hace a la mujer agredida. "¿Señora, qué ha hecho usted para que su marido le pegue?" o el "yo creo que le gusta, si no ¿cómo se deja golpear?", son afirmaciones constantes que se constituyen en el sustrato sobre el cual se mira y analiza la realidad de las mujeres golpeadas.

La investigación precursora de este libro se llamó: "Mujer y violencia entre cuatro paredes" y se llevó a cabo en el segundo semestre de 1990 y 1991 gracias a una beca del Servicio Universitario Mundial (WUS) y al patrocinio del Centro de Estudios de la Mujer.

Para desarrollar esta investigación entrevisté en profundidad a ocho mujeres de sectores medios y a ocho de sectores populares, todas ellas mujeres que recibieron golpes en su matrimonio o convivencia. Me propuse conocer desde su perspectiva y subjetividad cuáles fueron sus sentimientos y reflexiones frente a esas vivencias. Y a través del análisis de las mismas, busqué ir más allá de la mera denuncia, ya que estamos hablando de relaciones afectivas cruzadas por la agresividad, lo que transforma esta violencia en algo mucho más complejo.

Por lo mismo, indagué en el cómo se construye una relación de violencia, cómo se sale de ella y qué funciones asegura su ejercicio. Al plantear estas búsquedas intento hacer en alguna medida visible un saber estratégico, un saber que les permita a las mujeres, principalmente a las que hoy viven esta realidad, adquirir instrumentos para enfrentar esta concepción mediatizada por el poder en las relaciones conyugales.

Porque digámoslo quizá en toda su crudeza, aquí no se trata sólo de golpes aislados en el marco de una relación "sana" o "enferma", sino

más bien de una relación de colonización o dominio mediatizada por varias guerras (o golpizas). Esto nos lleva a pensar y a sentir que las mujeres golpeadas deben ganar la última batalla, no en términos de aprender a golpear más fuerte o a conseguir todo el rigor de la ley para con los golpeadores, si bien en muchos casos se necesita, sino sobre todo para armar sus fortalezas, para reforzar sus intuiciones primeras de libertad, en definitiva para conquistar la paz y vivir sin tanto dolor.

Este libro se divide en dos partes. En la primera: "Cuando la tristeza superó la alegría" se narra en forma seminovelada seis de los dieciséis relatos de vida de mujeres de sectores populares y sectores medios (tres de cada sector social). La idea de literalizar algunas de estas historias de vida fue con el propósito de exponer mejor toda la dimensión de la violencia contra la mujer al interior de una pareja.

La segunda parte: "Construyendo un nuevo saber", son páginas en las que se analizan los dieciéis testimonios recogidos sobre violencia conyugal, divididos por estrato social. Acceder a los testimonios de mujeres que han vivido violencia fue quizá la tarea más difícil de esta investigación. Es tan doloroso y vergonzoso también revivir para ellas esta parte de sus vidas, que fueron muy pocas las dispuestas a hacerlo, a pesar de haberse tratado de una participación anónima.

Por ello nos fue imposible lograr una muestra homogénea en los dos sectores sociales y nos tuvimos que limitar a trabajar con las mujeres que aceptaron participar. Por ejemplo, todas las mujeres de sectores medios trabajan fuera de la casa, en cambio las de sectores populares sólo algunas lo han hecho y en forma intermitente. Varias también están separadas y otras continúan compartiendo con sus maridos, lo que claramente les da una perspectiva diferente a sus relatos. El único requisito que si pusimos es la dimensión del tiempo en sus relaciones de pareja, por tanto integramos sólo a aquellas que tuvieran cinco años como mínimo de matrimonio o convivencia.

La idea de trabajar en dos sectores sociales radica en que nos interesa abandonar la unilateral mirada sociológica a un sector en desmedro de otro, por lo menos en este tema. Las pocas indagaciones cuantitativas

sobre violencia doméstica concluyen que este tipo de violencia se vive en todos los sectores, aunque en unos en forma más encubierta que en otros.

La adscripción a uno u otro estrato social lo determinamos básicamente en función de los ingresos de los hogares de estas mujeres y de las profesiones de ellas o de sus maridos.

Al finalizar esta presentación debo agregar que si bien lo escrito en este libro es de mi responsabilidad, como autora, son también muchas las personas que participaron de una u otra forma, a quienes nombrándolas agradezco su invalorable colaboración.

Cómo valorar las fortalezas y las claridades que me entregaron las dieciséis mujeres entrevistadas en este estudio. Asimismo doy las gracias a todas las mujeres del CEM, quienes, desde sus distintos lugares de trabajo, contribuyeron a que este libro fuera posible. En especial a Eugenia Hola, que acompañó todo el desarrollo de la investigación, corrigiendo cada uno de los avances, sugiriendo bibliografía y alentando las intuiciones. También a Verónica Riquelme, quien participó de varias reuniones de trabajo.

De Uruguay, país donde viví e imaginé por primera vez esta investigación, agradezco a Kirai de León, del GRECMU, quien apoyó con correcciones y sugerencias este libro. A Graciela Sapriza, también uruguaya e investigadora de la misma institución, pues elaboramos en conjunto el proyecto de investigación que gestó este libro.

En Chile, agradezco a Ximena Ahumada, quien desde su conocimiento del tema asesoró la investigación, a Hernán Dinamarca, quien hizo la corrección de estilo, y a Mirentxu Bustos, sicóloga que revisó la versión final del mismo.

PRIMERA PARTE:
Cuando la tristeza superó a la alegría

Capítulo 1
Historias de vida de mujeres de sectores populares

ROSA

Hacía calor esa mañana. El sol se reflejaba en las sábanas que permanecían quietas en el cordel del fondo. Pronto estaría todo seco y el almuerzo preparado y listo. Estaba contenta; en la tarde escucharía tranquila su programa radial favorito. Su marido llegaría pronto y ahí recién podría darle de comer a sus hijos. Mientras él no llegara no se atrevía a hacerlo. No importaba que después todo fuera más lento, ya que sólo tenían dos cucharas y dos platos: primero comía él con el mayor y después ella con la niña más chiquita.

-¡Rosa, mira la cabra chica! -sintió el grito que anunciaba su llegada-.

No se sobresaltó, estaba todo dispuesto. La costumbre, sin embargo, hizo que igual corriera. Magdalena, de dos años, se encontraba sentada en la cantora como ella la había dejado, pero con las manos llenas de caca. Ahí se dió cuenta el por qué estaba tan calladita.

-Oh, Malita, ¿qué hiciste, hija linda? Venga para acá.

No alcanzó a llegar hasta donde la niña. Un tirón de pelo la dejó en el piso y las patadas no se hicieron esperar.

-¿Que no te dai cuenta como está la niña? ¿Que no te dai cuenta?

-Es la primera vez, es la primera vez que está así.

-Estái acostumbrada a tenerla así.

-No Juan, si tú veís que tú llegái y la niña está limpiecita.

Como tantas veces sus palabras se perdieron entre los golpes. Recordó entonces cuando días atrás él había vaciado la olla con todo el almuerzo por encontrar al niño en la puerta de la calle.

-¿Qué te creís? -dijo en esa ocasión-.

-Pero si recién se asomó, viejo.

-Creís que yo soy hueón. El cabro ha estado todo el día en la calle -afirmó con la seguridad de decir la última verdad-.

Esa vez no quedó carbonada en la tierra, el perro se encargó de lamerla segundos después. Pero el miedo, el terror, había crecido un poquito más. El miedo era el que la hacía llevar a los niños para adentro de la casa cuando se escapaban. Pobre de ella si él llegaba en ese instante, pobre si volaba alguna mosca cuando almorzaban, pues si andaba de mala una bofetada recibiría también.

Pero ahora, tirada en el suelo, con el pie directo en la cara, los sueños de ser otra mujer y, por qué no, el terror, la hicieron aprisionar en su mano una botella y con mucho gusto -después pensaría- le dio un violento golpe. Los vidrios se partieron en su cabeza y su cuerpo se desplomó. Era el cuerpo de él, no el suyo el que estaba en el suelo aquella vez y eso la asombró.

-Juan -lo llamó-.

-¡Juan! -dijo una vez más-.

Y ante el nuevo silencio sus pies comenzaron a correr. Lo

había muerto, sí, lo había muerto, pensó. La casa, la cuadra fue sólo un transcurrir de rejas, de polvo y de sol, y Malita, con sus manos llenas de caca, también quedaba atrás.

La respiración todavía la agitaba y su cuerpo no dejaba de temblar. Estaba muerto, sí, estaba muerto, y si no lo estaba, peor. Recién ahí sintió el gran olor a basura, pero no se movió. Hundió sí las piernas entre los tachos viejos porque el sol no dejaba de picar. Los codos y los hombros poco a poco los fue tapando y por algunas horas sólo basura cubría su cuerpo.

Al caer la noche, con miedo, se desplazó entonces hacia el río y junto a unos arbustos se cobijó. Desde ahí podía ver toda la población. El juego de unos niños en la primera calle paralela al río la tranquilizó. Sin darse cuenta se vio riendo cuando el más chiquito de todos, burlando al grandote que lo buscaba, alcanzó el único árbol que se levantaba en un kilómetro a la redonda, con la excepción de los varios que se extendían a lo largo del río.

-¡Libre! -gritó el niño-.

Rosa pensó entonces que cuando ella cumplió la edad del grandote, 12, 13 años, su hermano no le permitió nunca más jugar en la calle. Si la encontraba a ella o a alguna de sus hermanas un poquito más allá de la reja de calle se llevaban siempre una golpiza.

Era muy estricto, demasiado estricto. Y por más aburrimiento que nada, hice todo lo que hice. Yo vivía en Rafael Pacheco y el Juan en San Jorge, la calle siguiente. Yo tenía 15 años y él 18. Era cargador de cemento y trabajaba cerquita de mi casa. A los pocos meses de estar pololeando me fui con él. Claro que cuando pololeábamos ya me pegaba. Después me pedía disculpas y yo, estúpida, imbécil, como todas, llegaba y lo perdonaba.

-Pero si sabías como era -me decía años después una vecina-.

-¿Cómo no te diste cuenta de cómo iba a ser cuando te tuviera al lado? -reclamaba otra vecina-.

-Con razón -concluían a coro-.

Y la verdad es que razón tenían porque cada vez las pateaduras fueron más grandes. No le importaba que yo estuviera gordita, porque me embaracé al tiro. De tanto golpe perdí a mi primera hija. La tuve y nació muerta, incluso traía unos moretones. El médico me preguntó qué había pasado, pero yo, por el terror que le tenía, por el miedo a que lo fueran a tomar preso y después lo soltaran, le conté que me había caído.

Otras dos guaguitas se le murieron a Rosa. Una de meningitis, a los 6 meses y la otra por asfixia a la misma edad. Una mañana se levantaron y Osvaldito estaba frío, el médico dijo después que había muerto a medianoche. En ese tiempo tenían nada más que una cama y Juan traía una plata que había que estirar como fuera. Pobre de ella si se le acababa antes.

Había semanas en que él no salía. Lo venían a buscar sus compañeros y él no iba.

-Juan, vamos a jugar a la rayuela.

-No, hoy no, ando muy cansao.

Qué rayuela, pensaba la Rosa detrás de la ventana. La rayuela era siempre hasta el otro día, era el pretexto para ir a "esas" casas, como ella las nombraba. Bueno, en esas ocasiones se daba la posibilidad de la alegría, porque esos días que no iba se acostaban temprano y generalmente hacían el amor.

Los primeros años él era lo más amoroso. Cariñoso, bien

delicado para hacer sus cosas. Pero después empezó a ser bruto, a obligarme, a pegarme incluso cuando estábamos en el lecho. Me decía que yo no le respondía. Y yo le decía llorando que no tenía deseos de hacer eso, que por favor me dejara tranquila. Y él, él lo único que me contestaba es que seguramente tenía un lacho. No me decía: bueno, lo vamos a hacer otra vez, cuando tú tengái deseos, vieja; yo no te puedo obligar, porque eso jamás se obliga.

La voz de su hermano interrumpió bruscamente sus pensamientos. Cuando lo escuchó por tercera vez gritar su nombre, cuando estuvo segura que era él, el Carlos, el que le dejaba de chica los ojos morados, pero porque la quería y cuidaba, salió de su escondite. El entendería, él la protegería, pensó mientras caminaba a su encuentro.

Más tarde, a la propia casa de su hermano, llegó su marido, que ella imaginaba muerto:

-Vámonos no más, si no voy a hacerte na, si no me pasó na.

Carlos se lo dijo muy clarito:

-Yo voy a ir más rato o mañana en la mañana y si vos le hay pegao a mi hermana voy a sacarte lo que no tenís. Ahí si te las vai a ver conmigo.

El hecho fue que en los días siguientes Juan no le pegó y cuando intentó levantarle la mano ella por primera vez le echó unos buenos garabatos y además agregó:

-Pégame, pégame, voy a ir a buscar al Carlos.

Pero en realidad nunca lo hizo, según ella no quería hacerlos pelear.

Entre la gloria y la muerte

Los viernes siempre lo esperaba cerca de la ventana. Podía verlo desde que doblaba la esquina y así adivinar que ánimos traía. Aunque la fuerza con que cerraba la reja de calle era el mejor síntoma. Escuchaba atentamente el sonido de esas maderas por el vidrio roto del comedor. Esa tarde escondió su risa en la tierra del suelo, roció el polvo con un poco de agua y comenzó a barrer lo ya barrido. Estaba contenta, sabía que ese viernes sí se lo diría.

Hacía casi dos semanas que se encontraba encerrada en la casa, ni dormir tranquila podía, porque si él llegaba y la encontraba sobre la cama, a pesar que tuviera todo listo, de una paliza no se libraría. La vez que la pilló, porque después dormía a saltos y se levantaba antes que él volviera, le repitió mientras la golpeaba:

-Yo sacándome la chucha y tú como vaca en la cama.

Tampoco podía conversar con las vecinas.

-Mucho cuidadito -le advirtió cientos de mañanas antes de partir al trabajo-, mucho cuidadito que te estén metiendo hueaítas en la cabeza, ¿me entendiste?

La advertencia se concretó en varias ocasiones. Lo peor era la larga espera que tenía que soportar hasta que él llegara y le pegara. Varias mañanas sus ojos se encontraron con los de él. Ella desde la calle junto a sus vecinas y él desde el camión en el cual era cargador. No había gritos, sólo la miraba. Bastaba esa mirada para saber Rosa lo que más tarde le esperaba.

Pero ese último día hábil de enero ella estaba contenta en la

cocina, y el "alístate, vieja" no le sonó extraño en sus oídos, aunque sí la hizo levantar su sonrisa de los pequeños desniveles del suelo.

-Vamos vieja, alístate, hoy sí vamos a comprar a Bandera.

Los zapatos negros de Rosa dejaban en evidencia que no tenía sandalias para el verano, pero su vestido rosado y sus aros imitación de perlas la acercaban a la mejor imagen que pocas veces tenía de ella. Todavía guardaba una hermosa figura y eso su marido bien lo sabía. Al cruzar la calle con sus dos hijos de la mano se encontró con dos vecinas. Ninguna de ellas le dijo nada más allá del tradicional saludo. Sin embargo, apenas entró a la casa de su suegra, en donde Malita y Juancito se quedarían, las murmuraciones se iniciaron precisamente en las bocas de aquellas mujeres:

-Ya la va a sacar otra vez.

-Por lo menos la saca, a mí mi marido no me da ni un charchazo, pero no me lleva ni a la esquina.

-Le encargan los hijos a la suegra y salen como dos tórtolos y a los tres días a tortazo limpio la tiene.

Qué importaba, si querían hablaban hasta mañana, pensó Rosa cuando oyó que bajaban la voz al cruzar de vuelta la calle. En la casa buscó un pañuelo limpio y lo dejó muy planchado. Hurgó en una gran caja llena de objetos y sacó un frasco con un poco de colonia. Lo abrió cuidadosamente, se echó un buen poco en la mano y roció su cuello, los brazos y las dos piernas. Tomó otra vez el frasco y roció el pañuelo, lo dobló en forma de servilleta y guardó la colonia.

-Juan, estoy lista -dijo mientras se presentaba ante él-.

En la micro Carrascal le pidió a Juan irse adelante, al lado de la ventana. Que Juan no le conversara durante casi todo el recorrido, poco importaba. Para eso estaban las escenas callejeras que miraba desde aquella ventana o las caras y trajes de la gente que subían al bus. En el centro, las tiendas y el supermercado eran su delirio, pero nada como el regalo de Juan: un completo en el mejor lugar de todo Santiago, según se lo había dicho la primera vez que fueron. En esa fuente de soda, que sólo se podía comer en la barra, había una pastita de cebolla con perejil deliciosa y uno le echaba a su completo todo lo que quería. Para coronar la salida recorrían los cuatro cines con programas rotativos que siempre frecuentaban y entre risas y asombro elegían a cual ingresarían.

La oscuridad de la sala, la complicidad de sus manos -gesto que se fue perdiendo con el pasar de los años, además de distanciarse esas salidas- la hacían soñar en esa historia como algo de nunca acabar.

Pero la penumbra del cine también hizo recordar a Rosa otras feas vivencias que sucedían en muchos atardeceres.

-Hoy no voy a llegar, así que no me esperís, oíste -gritó Juan desde la pieza mientras se arreglaba-.

-¿Por qué? -dijo Rosa con miedo, pero también con la rabia que le daba el derecho a preguntar-.

-Yo sabré por qué no voy a llegar, ¿acaso te tengo que dar cuentas a vos, puh hueona?

No sé si era para hacerme la pillada, pero como yo le tenía terror, me acostaba temprano, apenas él se marchaba. A la mitad de la noche tres golpes se sentían. Tres golpes suavecitos, na que ver con los que siempre él daba. Entonces desde mi cama yo preguntaba: ¿quién es? Y nadie contestaba. Pero nuevamente otros tres golpes se sentían. ¿Quién es?, volvía a repetir

yo. Y ya cuando golpeaban por tercera vez, con voz fuerte decía: si no me dicen quién es, yo no abro. Ahí Juan contestaba: soy yo. Antes de eso yo nunca abría. No vaya a ser él, siempre pensaba. No vaya a abrir la puerta, sea él y me diga sacándome la chucha:

-¿Por qué abriste, acaso no te dije que no iba a llegar esta noche, ¿no será que estabai esperando a tu lacho?

Con el pasar de los años -cuando los hijos ya no eran sólo Juan y Magdalena, sino también Verito, María y Jorgito-, Rosa ante esos tres golpes tenía valor para abrir inmediatamente. Sentía que le estaba perdiendo un poquito el miedo, pero por sobre todo sabía que tenía fundadas razones.

-Bueno, están mis hijos, no voy a admitir un lacho con los niños grandes aquí adentro.

A pesar de ese recuerdo que la hizo ausentarse algunos segundos de la felicidad que vivía dentro del cine, ese viernes sí que era uno de esos días lindos. La alegría la hacía olvidar muchas cosas. Incluso olvidaba o creía olvidar que tres semanas atrás Juan había llegado de muy mal humor y la reja de calle había quedado moviéndose después de su entrada.

En esa ocasión Juan se dirigió directamente hacia el patio del fondo, sus pasos no ingresaron a la casa como Rosa esperaba. Fue ahí que a ella se le anudó la garganta y casi como zombi se dirigió a la pieza para distraerse doblando la ropa recién recogida.

-¡Rosa, ven inmediatamente!
-¡Rosa, apúrate mierda! -sintió que repetían-.

Con el cuerpo arqueado por el miedo y la cara lívida tomó a Juanito de la mano y se dirigió al gallinero, mejor dicho al corral, porque sólo patos tenían.

-Rosa, aquí hay once patos y esta mañana dejé trece.

Sin conciencia que su debilidad activaba el ánimo de un Juan ya enajenado, Rosa encogió aún más los hombros y con voz temblorosa respondió:

-Se murieron.

No agregó una palabra más, a pesar que los había encontrado así a media mañana, tendidos en la tierra con el cuello lacio. Todavía guardaban calor cuando los recogió, pero sus cuellos se desvanecían volviendo vanos sus intentos por afirmarles la cabeza. Estaban muertos y no se explicaba por qué, aunque no era una explicación precisamente lo que buscaba, sino un lugar donde esconderlos por si una maravillosa bendición del cielo hacía que Juan no reparara en el hecho. Esperó entonces un violento "no tenís cuidado con los animales", pero la dureza de las primeras patadas la hicieron levantarse rápidamente del suelo y correr hacia el fondo del patio. La pieza de su hermana chica se encontraba al fondo del patio, hacía meses que vivía con ellos en esa mediagua. Entonces, con mucha destreza, logró llegar y cerrar la puerta. Sin embargo, una patada hizo saltar el pestillo que ella confiaba resistiría. Un cuchillo fue lo primero que percibió su mirada.

-¡Juan no, por favor no, para!

Hasta el día de hoy a Rosa el calar de las sandías le producen

escalofríos. Un sonido similar sintió cuando la hoja le perforó el brazo. Al escuchar los gritos, su hermana que se encontraba en la calle, corrió en su ayuda. Y al preguntarle qué había pasado, Rosa sólo repetía:

-Nada, nada, nada.

El cuchillo clavado, el brazo durmiéndosele y Juan de espaldas dirigiéndose a la casa grande como si nada.

Criando alitas.

Hacía cinco años que Rosa trabajaba como monitora. Cuando cumplió los 40 años, las madrecitas, esas monjitas sin hábitos, a quienes Rosa a veces no les entendía nada, aunque de igual forma les asentía cada tanto mientras hablaban, la invitaron a un curso de huertos orgánicos. Como su pequeña chacrita, como le decía ella, fue una de las mejores y durante tres años seguidos dio tomates, perejil, cebollas, porotitos verdes y varias verduras más en la estación de verano, Elizabeth y Mary le ofrecieron que trabajara como monitora para que otras dueñas de casa de las poblaciones aledañas asumieran la autosubsistencia. Su marido, que nunca había querido que trabajara, porque según él todas las mujeres que trabajan engañan a sus maridos, le permitió hacerlo por ser sólo tres horas al día, muy cerquita de su casa y quizás también porque a la Rosa se le habían venido los años encima.

Con las ganancias, poquito a poco, fue comprando cosas para la casa. El comedor con sus 6 sillas, la cocina a gas, las nuevas frazadas y por último el living, era lo que muy orgullosa se jactaba de haber comprado. Juan nunca compró nada, y por lo mismo durante unos años Rosa se sintió en el derecho de robarle cuando llegaba curado.

-Yo traía plata -alegaba al día siguiente de su borrachera-.
-No Juan, si usted no traía na', no traía na', mijo -contestaba Rosa-.

En los días siguientes, Juan preguntaba a Rosa de dónde había sacado para comprar esas cositas que antes no estaban.

-Se las compré a un semanero. Le estoy pagando de a poquito, de lo que ahorro de la comida. Por esta ollita y estos platos estoy dando 50 pesos a la semana.

Cuando Rosa cumplió cuatro años y medio como monitora, Juan, motivado por el trabajo de su hijo mayor y de Rosa, decidió que no le quedaban fuerzas para hacer nada. "No trabajo más, ya les di harto de comer a las hueonas". Y así, sin más, a los 49 años abandonó su oficio de cargador y se dedicó definitivamente al trago. Por su parte, Rosa y sus hijos, sin darse cuenta, comenzaron a perderle el miedo; mientras él, todavía lúcido, cada tanto decía:

-Ahora que no trabajo, no me respetan. No me tienen ni pizca de respeto ni pizca de miedo. Ahora que ven que yo no doy na' pa' comer.

Durante el primer año que vivieron sin el sueldo de Juan, murió la hermana mayor de Rosa de cirrosis. Su madre había muerto de lo mismo y a su padre no lo alcanzó a consumir el alcohol porque lo mataron antes. En una tomatera una cuchillada lo dejó tirado en un depósito de vinos, cuando Rosa tenía 17 años. Sin embargo, la muerte de sus dos padres no le repercutió tanto como la de su hermana. Ellos habían estado casi ausentes durante toda su infancia. Su hermano mayor fue quien las formó y también golpeó. Y con Cristina se apoyaron mutuamente desde

chiquitas. Más tarde las dos tuvieron el mismo problema. El segundo marido de Cristina le dio similar mala vida. Pero la soledad de su hermana al parecer fue más fuerte. Terminó sus últimos días en la casa de Rosa. Ella la cuidó durante dos meses, pero ya cuando nada servía para aliviarla, las monjitas de la población le sugirieron que la hospitalizara y la ayudaron a internarla. Al mes de estar en el Hogar de Cristo la trasladaron a la sala de terminados, según el doctor, no tenía más remedio.

Pero las penurias de Rosa por su hermana no terminaron ahí. Sin la aprobación de Juan, acogió a su sobrina, la hija de Cristina que teniendo 17 años y poseía mentalidad de 9. Ninguna de sus otras hermanas se quiso hacer cargo de la niña, a pesar de tener una mejor posición. Rosa la inscribió en un colegio especial y la protegió durante 8 meses de su tío.

El siempre la humillaba, no la echó, pero le sacó siempre en cara el plato de comida. Por eso tenía que servirle siempre última y que él no viera que fuera mucho. Así me la llevaba hasta hace dos meses atrás, que me encontré un papelito de ella en el mueble de la casa. En él me decía: "Me voy, tía, porque no quiero que mi tío le pegue más a usted por mi culpa".

Poco tiempo después que se fuera la sobrina de Rosa de la casa, ella le pegó por segunda vez en su vida a su marido. Era una tarde de mucho calor. Había ido a la Municipalidad a inscribirse para trabajar como temporera. Hacía algunos meses que se había acabado el trabajo de monitora y el hijo que sostenía la casa le había dicho ya varias veces lo aburrido que estaba con su trabajo de cargador, incluso a tomar se había dado, cuando antes nunca lo hacía. Para colmo Rosa debía 36 mil pesos de luz y el familiar que cobraba por sus dos pequeñitos era sólo de mil 50 pesos al mes. No era entonces raro escucharla en ese tiempo quejarse de hambre.

Esa tarde que venía del Municipio, al acercarse a la casa, sintió los garabatos de Juan. Le dio mucha rabia. Otra vez insultando

a sus hijas, pensó ella. Apresuró entonces el paso y alcanzó a escuchar como la más chiquita le contestaba a su marido.

-¡No soy maraca para que me llame así, usted sabe que no soy maraca, so viejo cochino!

Bastó ese último apodo para que Juan se fuera encima de su hija con el claro propósito de pegarle. Rosa, que venía llegando, cruzó inmediatamente la reja y se puso en medio de los dos. Por supuesto le llegó el primer manotazo, "para que no te metas en peleas que no son tuyas", dijo Juan. Entonces ella echó pie atrás, tomó un cenicero de yeso y con todas sus fuerzas se lo rompió en la cabeza.

Hacía pocos días atrás que ella misma lo había amenazado por una sierra que se había perdido. En realidad Juan la había empeñado por 600 pesos para tomarse unas copitas en el bar de la esquina.

-Juan, dónde está la sierra.
-No sé -contestó como distraído-.
-Juan, la sierra.
-No sé.
-Juan, me vai a decir dónde está la sierra, porque o si no yo voy a dejar la cagá en el negocio donde tú tomái.

La posibilidad de los carabineros en el clandestino, que era el mensaje para recuperar ese regalo que le había dado a ella su hijo, hizo que Juan reconociera la verdad y, además, agregar que iba a hacer empeño para recuperarla.

-De dónde -respondió Rosa-, si no tenís ni un peso, si no trabajái en na.
-Yo veré, puh vieja.

-¿En qué, en qué, a ver, dime, en qué trabajái? -dijo desafiante-.

Después de romperle el cenicero en la cabeza, no huyó. Se quedó parada frente a él y le dijo:

-Antes era hueona pero ahora no lo soy, ya no soy la hueona de antes. Yo te tiro con lo que tenga a mano si vai a pegarme.

Juan, tras unos segundos de silencio, le respondió:

-Así que estái criando alitas ahora, ahora que estamos viejos.

-¡Sí, ahora, ahora, demasiado tarde sí! -respondió rumiando rabia, no sólo con él sino con ella, por la tardanza con que había reaccionado-.

Sí, demasiado tarde -pensó para sí misma-. Debería haberlo dejado hace mucho tiempo, cuando tuve a mi segundo niño, el primero que nació vivo. Ahí. ¿Pero adónde me iba? Si lo pensé, pero adónde, y más con un niño encima. Sin parientes en el sur, mis hermanas viviendo cerca, por tanto no me podía esconder ahí, y a mí que me gustan los trabajos en fábrica. De soltera siempre trabajé en fábrica, yo creo que por eso no pensé en emplearme en casa particular e irme.

-Estái aniñá ahora -sintió decir a Juan-.
-Demasiado tarde -se escuchó contestar-.

Claro -pensó nuevamente volviendo a soñar- si yo hubiera hecho esto que estoy haciendo ahora, habría tenido mi casa súper amoblada y con reja de fierro. Claro, si con la plata que él ganaba; pero toda iba a parar a esas casas.

La rabia la hizo mirarlo una vez más, aunque sus ojos hacía varios segundos estaban fijos en él. Se veía flaco, con una panza que ya no podía más. Pensó entonces en el miedo que le había tenido por tantos años, que tonta había sido, se dijo a sí misma.

Debería haber hecho como mi hermana chica, que a su marido no le aguantó ni una. De un principio se le fue como araña encima. Pero yo creo -reflexionó Rosa- que ella aprendió al ver como me golpeba Juan. Tiene que haber dicho yo me caso con el hermano de éste, pero a mí no me va a pegar. Y no le pegó, mejor dicho, es ella quien le tiene varios combos encima. Y se los merece, porque es curao igual a mi marido.

Estaba Rosa en esas cavilaciones cuando sintió la mano de Verito en su mano:

-Vamos, mamá, dejemos a este viejo cochino.

Ya en el patio del fondo sintió como el sol le acariciaba su rostro. Abrazó entonces a su hija con mucha alegría. Todavía no podía creer cómo había logrado enfrentar a su marido. Ella, que siempre andaba detrás de él consintiéndolo en todo para no llegar a una nueva pateadura y que cuando estaba borracho se moría de miedo porque sentía que ahí sí que era imposible detener sus humores. Sin embargo, ahora lo había sabido parar y eso era ya parte de su piel.

-Yo lo único que sé decirte -le dijo a Verónica mientras la mantenía abrazada- es que estoy en la gloria. Ya nunca más me va a golpear.

-¿Y por qué no lo dejamos, mamá?

-No, mija, está muy viejo y le tengo lástima.

EREDIA

La lluvia de la ducha caía directamente sobre la cabeza de Eredia. El agua resbalaba por toda su cara. Era una sensación agradable, aunque tenía los oídos tapados. Cecilia y Raulito, sus hijos, ya habían partido al colegio. Eredia, cuando no tenía taller de gimnasia aeróbica en las mañanas, prefería hacer todo lo de la casa temprano y después ducharse. Ese acto, esa sensación, junto al tiempo que estaba con sus hijos, era uno de los pocos momentos gratos del día.

Ensimismada en removerse el cabello con la yema de los dedos, para que el champú no dejara rastros, no sintió el abrir de la puerta de calle. Por eso la voz de su esposo ya dentro del baño, quien ya no vivía con ella, la sobresaltó. Sin perder un segundo asomó su cabeza por la cortina:

-Estoy ocupada.

-Es que quiero conversar contigo -dijo Luis mientras daba los primeros pasos para entrar completamente en el cuarto de baño— Estoy ocupada -volvió a repetir- espera que me vista, después conversamos.

Cuando en el dormitorio, temiendo que él entrara, terminaba de abrocharse el sostén y se apresuraba con la falda, nuevamente Luis abrió la puerta de par en par y se dirigió directamente hacia ella. Su caminar era pausado y la expresión de quien se apropia

de una casa desocupada. Asimismo la abrazó y la comenzó a acariciar.

-Te necesito, te necesito -le dijo al oído- no sabes cuánto te echo de menos.

Ella sin dar pausa para recibir ese susurro sacó sus manos de entre los brazos de Luis y lo empujó contra la puerta del baño.

-¿Estás seguro? -dijo a modo de respuesta pero sin ironía, y no dando espacio a ninguna palabra más agregó- por favor, déjame vestirme.

En el living Luis la volvió a abrazar y mientras la arrinconaba contra la pared le dijo:

-No estoy seguro de lo que me está sucediendo, ¿por qué no me abrazas?

Eredia sabía que mentía, incluso pensó en la astucia con que lo hacía. Sin embargo, sintió su piel, su olor, el calor de su cara en su mejilla. En ese aspecto con Luis se habían llevado siempre bien; para ella había sido muy lindo hacer el amor con él.

Todo me lo enseñó, aunque después me fui poniendo un poco más pícara dentro de mi ignorancia. Había sólo una cosa que no me agradaba, el hecho de ser un hombre muy poco cariñoso. El, cuando terminaba la relación, que podía ser en el baño, en la cocina, donde fuera, se levantaba, se lavaba y se iba o se acostaba a dormir. Nunca se quedaba al lado mío, nunca me tomaba la mano, me acariciaba.

La tibieza de la piel de Luis, sus manos en la cintura, turbaron a Eredia. Quizá -pensó en ese momento- se debe a que hace seis meses no me he acostado con él ni con nadie. Había tomado esa

determinación para ver si la respetaba más. No podía ser que llegara y la tomara cuando a él se le ocurriera.

Precisamente en esos segundos en que el abrazo de Luis la hacía debatirse entre la razón y los sentimientos llegó Cecilia, su hija mayor. Como ya tenía casi 18 años le había entregado llaves de la casa, por lo que abrió la puerta sin golpear. Luis, al sentir la cerradura se hizo inmediatamente a un lado, arreglándose la camisa torpemente, como si nada ocurriera.

- ¿Y tú papá? -dijo Cecilia a modo de saludo-.

- Vine a ver como estaban tú y tu hermano, vine a darme una vuelta.

- ¿Cómo te ha ido? -preguntó Cecilia como si nada ocurriera-.

- Bastante bien aunque con mucho trabajo -contestó Luis ya más tranquilo-.

- ¿Cómo está la abuelita, cómo llegaron los tíos de Concepción? -continuó preguntando hasta que, sin previo aviso, una tajante afirmación de Cecilia lo hizo acusar el golpe-.

-Tú vienes a ver a mi mamá, la vienes a molestar.

-No, cómo se te ocurre.

-Deja de molestar a mi mamá -y aprovechando que Eredia se encontraba en la cocina, agregó- desde que te fuiste mi mamá ha estado muy mal, déjala tranquila.

-Yo a tu mamá no le haría ningún daño, tu mamá es una persona muy buena, no merece que nadie la engañe, yo jamás la engañaría.

Cecilia sintió que con lo dicho bastaba, tomó entonces su mochila que había dejado sobre el sillón de entrada y se dirigió a su pieza. Eredia aprovechó entonces para decirle que almorzaran y así dar por terminada la visita de su esposo, quien hacía un año se había ido de la casa.

En la tarde, cuando su madre preparaba los ejercicios de gimnasia que debía mostrar al día siguiente, Cecilia comenzó a arreglarse. Desde su pieza le dijo a Eredia:

-Hoy voy a hacer algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Eredia, sin darle importancia, continuó su trabajo. Cecilia siempre salía con cosas raras, pensó ella. Sin embargo, cuando le dijo: "yo voy y vuelvo no te preocupes" y se apresuró en cruzar la puerta de calle, Eredia recordó la conversación que semanas atrás habían tenido.

-Hija, te noto muy extraña -le dijo esa vez- me gustaría que conversáramos.

Cecilia, quien desde hacía mucho tiempo quería conversar con su mamá respecto a su padre, le contestó enseguida:

-Mamá, yo estoy encontrando que mi papá se está aprovechando. Está viniendo para acá cuando quiere y como tiene llaves llega y entra. A mí eso no me está gustando.

-Ceci, yo siento lo mismo, pero me aguanto (y aunque hacía 5 meses guardaba el secreto creyó necesario decírselo en ese momento), me aguanto porque sé que tu papá tiene a otra persona. Quiero saber hasta qué punto llega con sus mentiras y ahí poder enfrentarlo.

-¿Qué vas a hacer?

-Yo quiero enfrentar a tu papá en su mismo terreno, y sé que

ese día nos va a cambiar la vida. Hace un año y medio se fue de la casa porque él quiso y hace un año y medio sigue viniendo a mandarnos y a dirigir nuestra vida, incluso me insulta y humilla constantemente; nos despierta si es domingo y estamos durmiendo; nos da una porquería de plata para la semana, pero cuando él viene hay chancho, bebidas, pasteles y helados, aunque en la semana no tengamos ni para la micro. Creo que no es justo. Si él tiene su vida en otro lado, que no venga a molestarnos.

Cecilia, que había visto a su madre deteriorarse día a día, la quedó mirando durante un largo rato y después le dijo:

-Mamá, yo sé, sé donde va mi papá, una compañera de curso me lo contó. Yo también estaba esperando que sucedía con él, aunque no me atrevía a hablar contigo porque te veía muy mal.

-Mira Cecilia, he pedido tanto eso, incluso le he suplicado a Dios para que por favor me mande una persona que me diga donde él va, quiero hablar con él en esa casa. Sólo quiero decirle que me entregue las llaves, que reconozca que su vida está ahí y que nos deje vivir tranquilas. No quiero hacer escándalos, creo que de nada sirven, no corresponden porque pienso que uno se tiene que dar su lugar. Pero por favor Cecilia, te pido que tengamos paciencia, que nos aguantemos un poquito más hasta que se nos dé la oportunidad, porque a tu papá hay que pillarlo. El me contaron, con tu papá no sirve, va a salir con cualquier cosa y entonces no lo podremos sacar de esta casa. Imagínate que cuando yo cambié de lugar los muebles de mi pieza, cuando él nos dejó, cuando ordené de otra forma los muebles, él se fue a quejar donde tu abuela diciéndole que yo había hecho esto y aquello y que él sentía que estaba como muerto en esta casa, él, él mismo que se había ido.

Mientras a Eredia la invadían esos pensamientos, la figura de Cecilia se perdió entre las casas. Sin dudarlo y presintiendo que la guiaba esa conversación pasada, salió tras ella. Y cuando bajaba los escalones de su casa se topó con su amiga Lucía, quien precisamente venía a verla. Sin explicarle nada la tomó del brazo y le dijo:

-Tengo que seguir a Cecilia, por favor tomemos un taxi.

Donde nace el temor

Su hija recién había abordado el colectivo que pasaba por la cuadra siguiente a su casa, por lo mismo al taxista no le costó seguir las instrucciones de Eredia.

-Por favor, no pierda de vista a ese colectivo.

Las cuadras comenzaron a sucederse, las casas parecían todas iguales, las calles estaban desiertas, su hija en ese colectivo era lo único existente. Pero al llegar a la octava cuadra -número que conocía no porque en ese momento las contara, sino por haberlas recorrido caminando durante muchos años- pasaron frente a la casa de sus suegros. La pared verde agua con bordes negros entró en su retina y sin convocar el pasado retrocedió 17 años, cuando Cecilia tenía apenas 6 meses y llegaron a vivir a esa casa verde.

No los habían invitado, todo había sido parte de una decisión apresurada, luego de una pelea en su casa paterna, donde vivían desde que se casaron.

-Para qué se calienta tanta agua en esta casa, ese es un gasto innecesario -le dijo mi hermana mayor a mi padre, sin mirarlo, a pesar que estábamos casi todos presentes-.

-Sí, es verdad, pero se va a bañar este hombre -replicó él con un gesto de desprecio que siempre ponía cuando se refería a Luis-.

Mi padre nunca había querido a Luis, o mejor dicho, no lo quiso desde que el Lucho lo desobedeció. A su hija le tenía que pedir la mano su consuegro y no ese mocoso agrandado que por tener antes un matrimonio se creía muy maduro como para afirmar que sólo a él le correspondía.

Cuando llegó mi marido y se metió al baño, mi papá dijo fuerte:

-Le calentaron ya agua al chancho para que se bañe.

Eso a mí me dio mucha rabia y me puse a discutir con mi hermana, que era la que había alentado todo y, para colmo, no vivía en la casa. Ella era y estaba muy alterada y yo también subí la voz. Yo y Luis nos preocupábamos mucho por no molestar como para que se nos echara en cara lo del agua. Yo cocinaba aparte, en una pequeña cocinilla a gas que tenía, y lavaba todo lo que ensuciaba en la cocina. Mantenía mi pieza muy arregladita y ahí mismo recibíamos a nuestros amigos, ya que como era una pieza muy grande la habíamos acomodado como un departamento de un ambiente. Sólo la luz y el agua, que se debía hervir porque no había calefón, era lo que agregábamos como gasto.

Mi marido, con todo ese alboroto, salió del baño y se metió en la discusión. Tenía un carácter fuerte igual al de ella. Y después de estar un rato discutiendo, mi hermana, enfurecida, le plantó un arañazo. El, sin pensarlo, levantó la mano para responderle, pero se retuvo porque mi mamá gritó y yo también debo haber gritado. El hecho es que ahí mi hermana nos echó, le dijo a mi papá que nos teníamos que ir. Ahí mi marido comenzó a arreglar

nuestras cosas. Era un día viernes y esa misma tarde llegamos con nuestros bultos a la casa de mis suegros. Nos recibieron bien, me acuerdo que tenían una cabeza de chancho sobre la mesa y nos invitaron a tomar once. Esperabamos que nos dieran el dormitorio que había sido de Luis, pero se lo habían prestado a una tía que estaba de visita. A pesar que estábamos con la niña no se lo pidieron y nos tuvimos que acomodar en el mismo comedor, improvisando una cama y con el moises sobre dos sillas.

A las 7 en punto del día siguiente mis suegros y la tía de Luis se pusieron a tomar desayuno al lado de nuestra cama. Mi marido se estaba duchando y yo también tuve que levantarme. Mudé a la niña, le preparé su mamadera y le hice su comida.

-Por qué usted la comida se la hace así y no así, por qué no se la da acá, por qué le da esa leche con maicena y no se la da con esta otra cosa, por qué lava la ropa de esa manera, a mi hijo no le gustan estas cosas así, a mi hijo le gustan acá, a mi hijo allá.

Entonces empecé a darme cuenta que ahí iban a haber muchos problemas y para evitarlos comencé a ausentarme por largas horas de esa casa. Como a mi hija se le había infectado una vacuna, partía bien temprano al policlínico y llegaba lo más tarde posible. Me quedaba todo el día en una plaza a varias cuadras de distancia.

Así estuvimos casi un mes. Una noche, después de varios días en que Luis no llegaba temprano, le pregunte a mi suegra:

-¿Por qué Luis no llega todavía?

-Mire -me contestó-, usted no se preocupe, porque el hombre cuando se casa tiene que seguir viviendo su vida. El sale a

trabajar todo el día, está cansado y tiene que ir a ver a sus amigos. Su mujer lo tiene que esperar aquí en la casa, a la hora que él llegue. Yo a mi esposo le dejo su comida en este brasero para cuando vuelva esté calentita.

Eso no me gustó. Y a las tres de la mañana cuando él llegó le dije muy molesta:

-Por qué llegas a esta hora. Nosotros estamos de allegados, mira la forma en que estamos, la niña durmiendo acá...

No me dejó terminar la frase y contestó:

-Tú no me preguntes nada, no quiero que me preguntes nada, déjame tranquilo. Yo quiero salir, quiero estar con mis amigos, no quiero estar aquí.

-Un momentito, tú no quieres estar aquí y yo sí tengo que estar aquí.

-Viste todo lo que sucedió en tu casa, yo no quiero saber de esa familia, yo no quiero saber de nada. Yo no sé cómo me casé contigo.

Y ¡paf! me manda una cachetada. Fue tan fuerte que vi estrellas, ahora puedo decir que es verdad que se ven estrellas. Como atontada por el golpe intenté incorporarme, en eso estaba cuando se me vino encima y me comenzó a ahorcar. Ese ya no era mi marido, era un hombre completamente transformado.

-Por tu culpa me sucedieron todas estas cosas, no sé por qué te traje para acá, no sé para qué me casé contigo.

En mi desesperación grité y mi suegro se levantó:

-Suéltala, cómo se te ocurre hacerle eso, cómo se te ocurre tratarla así, qué te pasa, estás loco.

Eso me dejó muy mal, terriblemente mal. En el desayuno se sentaron conmigo tres brujas -y la verdad es que eso vi- tres brujas alentándome para que me fuera.

-Usted es una niña joven, la niña está chiquita, es mejor que usted se vaya, usted tiene a sus papás, tiene su casa, viva con ellos, no esté pasando estas cosas -me aconsejó mi suegra-.

-En su primer matrimonio él también era violento y alterado -agregó la tía-.

-El siempre te va a dar las cosas para la niña, terminó de decir la bruja de mi cuñada.

Cuando regresé de noche a buscar mis cosas, mi suegra le habló a Luis apenas entró.

-La Lela se va, vino a buscar sus cosas, a la niña no la trajo y ella no quiere volver. Déjala no más, para qué te haces problemas.

El, con las manos en los bolsillos y muy terniado, como siempre andaba, fue hasta el baño donde yo estaba y apoyando un brazo en la puerta me dijo:

-Te vas a ir. Vienes a buscar las cosas. Perfecto, llévatelas no más.

Esa actitud me dolió todavía más.
Tres meses estuve en la casa de mi madre sin aceptar verlo. El

desde el inicio de la separación me visitaba y me traia cosas para la niña, pero yo no quise nunca recibirlo ni aceptar sus cosas. Fué mi mamá quien me convenció.

-Conversa con él, habla con él, está arrepentido, él viene a verte.

Yo sabía que si hablaba habría una reconciliación. El amor que yo sentía por ese hombre era más fuerte. Y así fue. El se disculpó por lo ocurrido, yo lo perdoné y nos volvimos a juntar. A los dos años de vivir en la casa de mis padres, porque donde mi suegra no volví, arrendamos una casa donde estuvimos cerca de 8 años.

Ese fue mi primer error, pensó Eredia mirando fijo el colectivo. O el gran error de mi vida, no haberme separado ahí. Todo habría sido más fácil hoy.

La inestabilidad

El taxista manejaba diestramente su automovil, de ahí que Cecilia nunca se encontraba a más de dos a tres autos de distancia. Incluso había momentos en que Eredia le podía ver su larga cabellera negra.

-De dónde saca tantas fuerzas si sólo tiene 17 años -comentó Eredia en voz alta, después de un largo silencio-.

-Es verdad, es fuerte tu hija, yo le tengo terror a Luis, no sé cómo ella piensa enfrentarlo sola.

-Es fuerte y es débil a la vez, por eso me da miedo que vaya sola.

Eredia sabía bien de su fortaleza, conocía la rudeza con que enfrentaba a Luis cuando en ella la unica respuesta era el llanto. Recordaba también las muchas veces que Cecilia le llevó té a la cama y la animó a tomar aliento. Pero asimismo no olvidaba el momento de gran desesperación que llevó a Cecilia casi al suicidio.

Era el cumpleaños de Raulito y como tenía muy poco dinero lo invité al cine y a servirnos una bebida y un completo. Cecilia no quiso ir, aunque le insistí varias veces al notarla muy extraña, pues según ella quería visitar a mi hermana. En la estación del metro nos abrazó de una forma inusual, me quedó mirando y se fue. Como nosotros llegamos primero al andén contrario al de ella, pude ver como bajaba la escalera. No nos buscó con la mirada y su andar era cabizbajo. No era la misma Cecilia que yo conocía, activa, hidalga, que nos hacía bromas. Y quizá por esas intuiciones que tenemos las mamás le dije a Raúl: "espérame aquí", y corrí por el andén hasta estar frente a ella.

-Cecilia, Cecilia yo te quiero mucho, nosotros con tu hermano te queremos.

Ella no levantó la cabeza y siguió andando hacia el final del andén donde ya no hay sillas.

-Cecilia -insistí- no vayas donde tu tía, vamos al cine con Raúl, queremos estar contigo.

Entonces levantó su cabeza y me quedó mirando fijo, sin hacerme ningún gesto.

-Cecilia -volví a repetir con desesperación mientras se acercaba el metro- yo y tu hermano te queremos mucho, te queremos Cecilia, ven con nosotros al cine.

El carro celeste me tapó por segundos su figura, pero después la vi subirse. No me volvió a mirar. Me fui muy inquieta, aunque me tranquilicé diciéndome que quizá eran cosas mías, cosas que uno ve que no corresponden. Esa misma noche, a solas, Cecilia se puso a llorar amargamente cuando le pregunté que pensaba hacer en el metro.

-Llegó un momento en que tú te pasaste por mi cabeza y yo dije no, no le puedo hacer esto a mi mami, no le puedo hacer esto, tenemos que salir adelante, si hay que salir adelante yo la tengo que apoyar.

Quizá, volvió a pensar Eredia, mientras seguía mirando el colectivo, ella decidió enfrentar a su padre porque piensa que yo jamás voy a atreverme a hacerlo. Las lágrimas le corrieron por las mejillas y su pena se volvió más inmensa cuando reparó en la canción que tocaba la radio del taxi. A pesar que el volumen estaba muy bajo, esa música se había grabado en la memoria de su tristeza. Años atrás, cuando Raúl era un niño de tres años todavía le daba pecho, escuchó esa misma canción, pero entonces su ritmo aún le provocaba alegría.

A los 12 años de casados empecé a rebelarme, aunque todavía no decía esto quiero y esto no quiero. Después comencé a decir claramente lo que no me gustaba. Entonces Luis me dijo que yo había cambiado, que yo quería más independencia, que quería vivir mi vida y eso a él no le gustaba. No le gustaba tampoco una mujer que le dijera cosas, que le preguntara: ¿por qué tú ya no compartes con tus hijos?, ¿por qué no estás con nosotros?

Desde hacía un tiempo venía con el asunto de las contabilidades. Su horario de llegada a la casa eran las 11, 11 y media de la noche y el día sábado también tenía que trabajar, además de las muchas actividades extraprogramáticas que según él tenía en el

colegio donde se desempeñaba como contador. Siempre iba solo, nunca nos invitaba. Claramente había cambiado desde que lo estafaron y perdió todo, incluso debió vender el auto. A partir de ahí se vino abajo y le costaba mucho aceptar lo poco que ganaba en ese colegio.

Una de esas tardes, mientras se escurría el agua de la artesa, escuché el último éxito de Rafaela Carrá. La ropa ya estaba tendida. El lavado no había sido tan cansador porque el sol veraniego y la radio portátil que Cecilia había llevado al fondo del patio, donde estaba la artesa para enjuagar, me habían animado en la tarea. Con el ritmo de la música nos fuimos bailando con mi hija en dirección a la casa. Raulito, al vernos, vino corriendo, y cuando estaba a pocos metros de nosotras me estiró sus bracitos. Puse entonces la radio debajo de mi brazo izquierdo y a él lo tomé con el derecho. Pero el niño hizo un mal movimiento y en un intento porque no se cayera aflojé un poco el brazo con el que sujetaba la radio. Por supuesto que se fue al suelo y dejó de sonar. Mientras me agachaba a recogerla, escuché de lejos los gritos de Luis que se acercaban: estúpida, mira lo que hiciste, eres una idiota y otros tantos calificativos. Al levantarme sentí que me apretaba muy fuerte uno de los pechos, mientras me seguía insultando.

-Cuidado, me duele, suéltame por favor.

Luis, claramente enfurecido, pálido y con los ojos desorbitados, como siempre cuando se alteraba, siguió gritando, aunque me soltó. A la mañana siguiente me amaneció ese pecho terriblemente hinchado y morado, entonces decidí ir a ver a una amiga nutricionista que trabajaba en un consultorio. Al revisarme no le costó preguntar:

-¿Te pegó tu marido?

-Se te ocurre -le respondí- cuando lavaba me caí sobre una radio.

-Espérate un poco, voy a llamar a la matrona.

La matrona me volvió a preguntar lo mismo, claramente no creían. A pesar de eso, me mantuve en lo dicho.

Luis ese día llegó muy temprano y preocupado. Le preocupaba lo que yo había contado en el consultorio.

-No te preocupes, sólo dije que me había caído.

-Lela, tú sabes que no lo quise hacer, fue una casualidad, perdóname, nunca más va a pasar, respondió muy arrepentido.

Una semana dormí en la cama de mi hija, una semana le serví su comida sin casi hablarle. El, en cambio, estaba todo atento, risueño y conversador, como si nunca hubiera habido un golpe y fuéramos una pareja feliz. Al octavo día y un poco porque veía que yo no cedía, tocó el tema y conversamos sobre el asunto. Las promesas se sucedieron y el "nunca más" fue una palabra en la cual yo volví a creer. Y al poco tiempo estaba todo olvidado, pero me di cuenta que le tenía mucho temor. Vivía tratando que no se enojara: "que no se enoje, ojalá que hoy llegue de buena". Entonces mi vida definitivamente comenzó a girar en función de él, de atenderlo, de mantener sus niños impecables, de que jamás tuviera un motivo para reprocharme.

Alzando la voz

El colectivo se detuvo frente a un pasaje, Cecilia bajó y caminó hacia el fondo. No tenía conciencia que su madre la seguía, sólo quería estar frente a esa casa, frente a su padre y reprocharle todo lo hecho. Eredia mientras tanto esperaba que Lucía pagara el taxi.

Sin motivo aparente, las dos amigas comenzaron a reírse casi

de manera nerviosa. Cinco años atrás Eredia se había reído con la misma soltura, aunque también en un contexto difícil. Una tarde de sábado, después de una discusión muy fuerte con Luis, echó alguna ropa en un bolso y partió con los dos niños al hogar de su madre.

La verdad es que estaba muy, muy molesta, pero no se me pasaba por la cabeza separarme. Vivía encerrada en la casa con mis dos hijos, en una rutina que ya no me agradaba y él se daba el lujo de vivir su vida. No le faltaban fiestas, no le faltaba donde ir. Quizá por eso, cuando llegó mi suegro en la mañana de ese sábado para ayudarnos a arreglar el piso del comedor, por primera vez me quejé de Luis ante él.

-Ahí está su hijo acaba de llegar (eran las 10 de la mañana) y se está cambiando de ropa para irse a trabajar.

-Es mi vida, yo sabré lo que hago -salió casi gritando, mientras me miraba como diciendo: "con esto te sentenciaste-".

-No puh, he trabajado toda mi vida de obrero, día y noche, y te vengo a ayudar a poner el piso para que tú ahorres, pero no para que salgas a servirte cosas con tus amigos.

-Yo quiero conversar con usted y con Luis, dije aprovechando el momento. Estoy muy molesta con esta situación que viene de hace mucho tiempo. Luis como usted lo ve ahora, llega a las 8, a las 10 de la mañana, no son invenciones mías. El se va a trabajar y yo no sé si va a regresar. A mí esto no me agrada, yo me estoy sacrificando aquí y aquí no hay un papá, no hay esposo ni un hombre en la casa, yo soy una mujer sola. Mucho tiempo que estoy viviendo como una mujer sola.

-Sabe papá -dijo él a modo de defensa-, yo también estoy aburrido, cada vez que paso por la casa de ustedes ella me alega: "¿por qué pasaste por donde tus papás?".

-Eso es mentira, eso es mentira -repetí con desesperación-.

-Es verdad -afirmó él sabiendo que ese cuento iba a poner abiertamente a su padre en su favor-.

Mi suegro creyéndole todo me miró duramente.

-Usted no tiene por qué molestarse porque Lucho nos pase a ver.

-Sabe yo le voy a decir por qué me molesta, aunque en realidad yo nunca he puesto en cuestión el hecho mismo de visitarlos. Me molesta que nosotros siempre estemos en cuarto o en quinto lugar. Muchas veces que llega tarde la excusa es que pasó a ver a sus papás.

Así continuó la conversación hasta que él se fue a hacer sus famosas contabilidades y su padre, sin hacer el trabajo, también. Me fui entonces con mis dos hijos adonde mi mamá. Alojamos ahí y al día siguiente partimos con algunos de mis hermanos al Parque O'Higgins. Fue una maravilla, todo muy divertido, nos reimos cualquier cantidad. Pero al otro día era lunes y Cecilia tenía que ir al colegio, además tampoco me podían tener ahí. A las 12 de la noche, porque me costó decidirme, partí con los niños para la casa. Yo vivo en el paradero 33 de Gran Avenida y en el 25 subió mi marido. Como la micro venía llena no pudo ir donde estábamos, pero me miró con una mirada de esas que matan. Me bajé muy tranquila y nos fuimos caminando en silencio. En nuestro cuarto me dijo con mucha rabia:

-Yo quiero que tú sepas que no te puedes ir nunca más de esta casa, ahora, si tú quieres irte no vuelves nunca más.

Y para dejar bien claro el asunto me mandó una cachetada. Inmediatamente me defendí, pero me sujetó las manos, entonces le pegué con los pies en las canillas, en las rodillas, donde le

llegara. El me siguió pegando. En eso salieron los niños y mi hijo se metió entre nosotros y le empezó a dar puñetes como loco.

-Nunca más le pegues a mi mamá, yo no quiero que tú le pegues a mi mami, no quiero, no quiero.

Cecilia también intervino, aunque llorando:

-Papá te suplico que no le pegues a mi mamá, te suplico.
-A esta desgraciada yo la quiero matar -gritaba mientras me golpeaba como enajenado-.

El enfrentamiento.

Eredia entró corriendo al pasaje. Luis estaba en la puerta de la casa donde Cecilia había tocado. Mientras Eredia avanzaba escuchó como discutían.

-Y usted ¿qué está haciendo acá? -dijo Luis apenas me vio-.
-Y tú, ¿que estás haciendo acá? -respondí muy segura, pero con el corazón palpitando-.
-Estoy haciendo una contabilidad, pero vamos, vamos -y nos intentó arrear como al ganado-.

Entonces yo toqué el timbre con insistencia. Una niña muy joven se asomó a la puerta.

-¿Qué pasa, mi amor? -preguntó sin entender lo que pasaba-, qué quieren estas personas.
-Mírame a mí, papá -le dijo Cecilia a punto de llorar- y mírala a ella, podría ser tu hija. ¿Papá por qué tú nos haces estas cosas?

Eredia, sin casi poder pestañar sintió como un sudor helado le recorría la espalda. Se sentía lejana, ausente, le parecía estar en medio de una película muda; ni siquiera escuchaba las palabras que Cecilia le decía a esa muchacha. Sin embargo, la respuesta de esa niña le retumbó en los oídos.

-A mí no me importa, no me importa -respondió con un gesto de desdén-, no me interesa porque Lucho sufrió mucho con ustedes.

No todo era parte de un sueño pensó Eredia y esa mujer con menos de 18 años tenía que saber algunas cosas y no hablar con tanta liviandad.

-Mira, esto que te está haciendo a ti y que me hizo a mí lo va a hacer siempre -dijo Eredia con voz segura-. Los niños no le interesan, porque este caballero que tú tienes acá es un mentiroso. Esto lo hizo una vez y lo va a hacer por tercera y cuarta vez. Pero a mí no me importa, porque yo vengo acá para que me entregue las llaves de la casa. El va a cualquier hora, anda como Pedro por su casa y me exige que me acueste con él. No tiene respeto.

-A mí nunca me va a hacer nada, nunca me va a hacer esto, porque yo soy muy especial, soy muy especial para él.

Eredia la miró con lástima, con la misma lástima con que miraba su vida pasada: esos hermosos años en que ella creía ser la reina para él. Pues los ocho años que siguieron al primer golpe, cuando se mudaron de la casa de sus padres, fueron años muy felices. Incluso al comienzo Luis contrató a una empleada para que le ayudara en las labores de la casa. En ese tiempo no llegaba nunca tarde, la casa pasaba llena de amigos y salían varias veces a pasear. No obstante, habían detalles. En ese entonces los miraba

como detalles, porque las prohibiciones y el temor que le guardaba no los entendía como parte de una relación violenta. El se molestaba cada vez que partía a ver a su familia: "las mujeres que andan en la calle son frescas y mugrientas", siempre repetía. No podía tomar decisiones fuera de las del hogar, ni comprarse nada porque el dinero era de él. Las monedas contadas para las compras y si lograba adquirir una blusa, un pinche o un lápiz labial con el ahorro del siempre escaso dinero, le debía contar que una de sus hermanas o su cuñada se lo habían regalado. Para qué decir con los cigarrillos. No aceptaba que portara una cajetilla y tampoco que fumara en público, sus amigos qué iban a pensar. Menos aún podía conversar o bailar con otros hombres en las reuniones sociales a las que asistían. No, él tenía que darle el visto bueno.

Un día, cuando esperaba su segundo hijo, Eredia se dio cuenta, si bien lo sabía a nivel inconciente, que no podía salir sola ni demorarse. Tenía que estar en la casa, no salir de esa casa; mientras ahí estuviera todo andaba bien.

La tarde de un miércoles se grabó con tinta indeleble en su memoria. Ese día ella fue a la consulta para realizarse un control. Durante todo su embarazo había tenido síntomas de pérdida; su marido no deseaba esa guagua, aunque después de algunos meses y de grandes peleas se resignó a tenerla.

En la policlínica la demoraron cerca de tres horas. Cuando Eredia tomó la primera micro de regreso era un atado de nervios. Luis estaba con gripe en la casa y a Cecilia la llevaría la camioneta a las siete en punto y su temor era no alcanzar a llegar para recibirla. Al bajarse para tomar la combinación casi la atropellan y, a pesar de sus ocho meses de embarazo, corrió las últimas dos cuadras. Apenas cerró la puerta Luis gritó:

-A la hora que vienes llegando, seguro pasaste a comadrear, sabiendo que yo estoy enfermo. A mí en esta casa

nadie me atiende, llegó Cecilia y me tuve que levantar para recibirla.

-Yo estaba en el médico Luis, tú no sabes lo que me pasó -contestó sin poder contener el llanto-.

-Invéntame no más, pero por favor no pienses que yo soy imbécil para creerte que estuviste casi cinco horas en el médico -dijo con una agresividad que hizo a Eredia estallar en sollozos-.

-Casi me atropellan, si no es por un caballero que me alcanzó a tomar una micro me arrolla. Me sentaron en una banca, me tranquilizaron y después bien apurada tomé la liebre.

Las explicaciones de Eredia continuaron y la incredulidad y rudeza de Luis siguieron acrecentándose hasta que Eredia se desmayó. Sólo ahí Luis dejó de gritar.

Aunque la discusión que Eredia y Cecilia sostenían con Luis y esa muchacha no era, hasta ese momento, más fuerte que ese último recuerdo, Eredia sintió deseos de llorar. Pero se retuvo al ver a Luis golpear a Cecilia con las llaves en la cabeza por gritarle a su amante.

-Pégame a mí, maricón -gritó interponiéndose entre él y su hija-.

Junto a ese garabato perdí toda la compostura. No hallaba con que defenderme. A la cartera se le cortaron los tirantes porque en un principio con ella le respondí a sus golpes. Después me agaché a recoger piedras no podía dejar que nos pegara a su gusto. Estoy en eso cuando veo que la muchacha se comienza a reír de Cecilia, quien destruida se largó a llorar. Entonces mis sentimientos de lástima se transformaron en rabia. Mi marido nos insultaba y ella, con la seguridad que le daba ese hombre que la apoyaba, se permitía reírse. Fue entonces que le dije enérgicamente a mi hija:

-Cecilia, cállate, no digas nada más, no te rebajes. Vámonos.

La mujer se volvió a reír. Al verla burlarse y sin pensarlo con una sola cachetada le di vuelta la cara.

-De mi hija tú no te ríes, ¿no te bastó con lo que hiciste?

Entonces Luis comenzó a darme patadas:

-¡Qué te creís, concha de tu madre, qué te creís, mugrienta, con qué derecho te venís a meter aquí!

La boca la tenía llena de sangre, pero lo único que me preocupaba era Cecilia, poderla sacar de ahí.

Cuando ya nos había arrastrado hasta la calle a punta de patadas, Luis, enfurecido, agregó:

-Ahora vas a conocer quién soy.

-¿Más de lo que te conozco, de lo que estás haciendo, te voy a conocer más? -le contesté con rabia y seguridad, pero con la convicción de que teníamos que escaparnos. Su cara era la de un hombre capaz de hacernos cualquier cosa. Comencé entonces a gritar pues me tenía las manos tomadas y no me podía soltar-.

-Por favor, llamen a los Carabineros, este hombre nos quiere matar.

Cecilia logró soltarse y se devolvió donde la muchacha que se encontraba algunos pasos más atrás. Al verla venir, ésta la arañó, y Cecilia -como me contó después- le respondió también con sus largas uñas.

-Algún día nos vamos a encontrar las dos solas, la cosa va a ser

diferente, ya no vas a ser la misma, porque este caballero no va a estar, vamos a encontrarnos tú y yo.

Me imagino que por mis gritos pidiendo auxilio el chofer de un colectivo detuvo su auto. Luis se desconcertó y me soltó. Entonces le grité a Cecilia que subiera.

-Parta rápido, por favor, mi padre nos quiere matar porque lo pillamos con esa mujer.

Dos hombres que iban como pasajeros abrieron las puertas del vehículo con el claro propósito de irle a pegar. Entonces Cecilia les suplicó casi llorando:

-Por favor, no se bajen, no se bajen, dejémoslo no más.

Mientras que yo, con el vestido y la cara llena de sangre y un ojo que sentía todo hinchado, no quise pronunciar palabra alguna. Creo que no habría podido. Estaba como choqueada, realmente no esperaba una respuesta así de Luis. Lo había imaginado asumiendo su culpa: "sí, en realidad tienes razón, yo aquí tengo esto, toma las llaves de la casa", soñaba que me diría. Pero no fue así. Finalmente todo se había acabado.

La justicia

El colectivo continuó su camino. Abracé a Cecilia. Las lágrimas comenzaron a caerme de las mejillas. Pensé entonces en la casa de mis padres, en la soledad que ahí también encontré y sentí más tristeza.

Para mi papá su ideal de familia eran los hijos hombres, nacía una mujer y no le gustaba. Nosotras no íbamos a continuar su

apellido. Cuando yo nací, él tenía 55 años. Después que enviudó de su primera mujer, le llevaron una sobrina haciendosa -mi mamá- para que cuidara la casa y se acostara con él. Ella de joven era muy bonita, entonces se casaron y tuvieron nueve hijos.

Todos nosotros teníamos derecho a estudiar pero hasta primero medio nada más, después a trabajar. Si desobedecíamos a mi padre en cualquier cosa, con la tabla en que afilaba sus navajas nos golpeaba. El era peluquero, el más famoso de Gran Avenida.

Mi casa fue eso. No hubo comunicación, no hubo cariño. Mi papá era una persona muy dura con nosotros, pero a través del tiempo también me di cuenta que nos quería. Se preocupaba de cada uno y nos sacaba a conocer Santiago, la costa y la cordillera. Le gustaba salir con nosotros el día domingo, con toda la chorrera de hermanos.

En mi casa la autoridad fue siempre él, mi mamá nada, en un rincón como las estufas, calladita, haciendo las cosas bien apurada. Siempre mantuvo las sábanas blancas, los cojines blancos y el almuerzo a las 12 en punto. Ella no salía ni a comprar el pan. Sin embargo, una vez a la semana partía al cine, pero incluso debía llevar a mi hermano que amamantaba. Nunca tuvo vida propia, mi papá no la dejó. Tal vez su única exigencia y su vital escape fue ir todos los lunes, llevando sandwichs y una botella de jugo, a instalarse a ver tres películas seguidas, esas bien lloronas, casi todas mexicanas. Cuando mi hermana mayor se casó, el que venía se fue a vivir donde los padrinos porque estaba aburrido, principalmente por mi papá. Quedé entonces como hermana mayor. Ahí me tocó hacerme cargo de la casa cuando mi mamá se iba a la maternidad. Por eso suspendí en dos ocasiones el liceo nocturno, donde asistía después de trabajar; me había propuesto sacar cuarto medio. Además, y para colmo, el sueldo por mi trabajo no lo podía usar, se lo tenía que pasar entero a mí mamá.

Quizás por eso siempre sentí que nunca tuve nada mío, nada; y por lo mismo yo creo que defendí a mis hermanos más chicos. Mi papá, ironizando, me llamaba el abogado de la casa.

Cuando el colectivo llegó a Gran Avenida estaba Lucía esperándolas. Al verlas bajar se derrumbó. Hasta el día de hoy se siente muy culpable por no haber superado su miedo y haberse arrancado. Eredia, sin rencor, la abrazó, sentía, a pesar de la agresión, como si se hubiera sacado un peso de encima.

En la Posta a Cecilia le vino un ataque de histeria y ahí Eredia se pemitió llorar también. Hasta las 12 de la noche estuvo en la comisaría haciendo trámites y al día siguiente cambió la chapa de la casa. Desde ese momento en adelante decidió que toda su relación con Luis iba a ser a través del Juzgado, todo lo haría legal. Estaba claro que no podía confiar en él. Luis por su parte y a modo de respuesta la mandó a amenazar.

Fui en dos oportunidades más adonde los carabineros para pedir que por favor si él venía mandaran un radiopatrullas. Mi vecina, que tenía teléfono y a quien le conté todo, les avisaría. Yo sabía que él podía volver, pero desde ese día le perdí el miedo: había visto a un hombre que quiso mostrar una imagen ante una persona. No era entonces el hombre agresivo que me pegaba y me hacía callar a gritos, sino una persona débil.

Una semana después de esa gran golpiza, Eredia retomó las clases de gimnasia aeróbica que impartían en el colegio de su hijo menor. Sabía que debía terminar esos estudios iniciados un año antes de que Luis abandonara la casa. Sentía que le gustaban, además de hacerlo bien y hacerle bien. Para muchas mamás esos cursos eran sólo una distracción, en cambio en Eredia fueron convirtiéndose en la posibilidad de un trabajo futuro.

Por eso, cuando seis meses más tarde fue al Juzgado por la pensión alimenticia, Eredia se encontraba mucho más segura. Finalmente había concluido sus estudios y ya tenía dos talleres en los cuales impartía lo aprendido. Comenzaba a tener recursos

propios. Se sentía contenta, aunque su situación todavía no estaba resuelta .

El día del comparendo me di cuenta que yo había cambiado mucho. No tenía idea como eran los juzgados ni las cosas que tenía que hacer y decir, por eso pedí a Cecilia que me acompañara. Luis llegó al rato con una carpeta llena de papeles y certificados y se sentó en otra banca. Por momentos y sin que se diera cuenta lo observé. Pensé entonces en su capacidad para mentir, para convencer a la gente. Sabía también, por mi hija, que él se había entrevistado días antes con el juez que asumiría el comparendo. Me dio miedo. Yo tengo que ser fuerte una vez más -me dije entonces-, si me quiebro ahora pierdo todo, si él me ve quebrarme me va a destruir. Debo respirar profundo, igual como le enseño a mis alumnas, debo calmarme.

Vivía esa angustia cuando nos llamaron. Al entrar a la sala busqué al juez, era una mujer. Ella con mucha amabilidada nos invitó a sentarnos y después de hojear la carpeta que tenía entre sus manos, me preguntó:

-Por qué usted pide pensión de alimentos para los niños si él está dando dinero todos los meses.

-Es cierto que él esta dando su plata -contesté- pero yo quiero que me la dé aquí y que esto quede escrito. Mis hijos están estudiando y no quiero que les falte.

-El se está preocupando de muchas cosas -agregó la jueza-.

-Se está preocupando de dar la plata para la comida, pero esa es su obligación -respondí mirándola a los ojos-.

Luis, al darse cuenta que la magistrada le daba en alguna medida la razón, aprovechó de contar todo lo que hacía por los niños, agregando cómo yo podía pensar que él iba a dejar a sus hijos botados.

La jueza escuchó atentamente lo que decía; sin osar interrumpirlo, lo dejó explayarse en lo que yo sabía, sus mentiras. Cuando Luis finalizó, ella se dirigió a mí con un dejo de ironía:

-No cree usted que es mejor conversar las cosas, todos se merecen otra oportunidad.

-Van a ser dos años que él se fue de la casa -contesté con rabia contenida- porque se entusiasmó con una alumna del liceo donde él trabaja. Ahora está con ella y cuando yo y mi hija nos presentamos en esa casa para que nos devolviera las llaves de la nuestra nos agredió a las dos. No podemos confiar en él. Sólo quiero asegurar a mis dos hijos. Además, él tiene dos hijos anteriores que abandonó cuando tenían meses y no aspiro a que a los míos les pase lo mismo.

Luis no había contado esa verdad. La magistrada se echó para atrás en el asiento y lo miró con ojos muy serios.

-Sí, es cierto, lo reconozco. Pero uno puede cometer errores y sé que yo no lo voy a volver a hacer.

La jueza, emocionada por la nobleza de sentimientos que teatralizaba Luis, volvió a dirigirse a mí:

-Usted tiene que agradecer que él está dando la plata para los niños. No se la va a negar, se la va a dar aquí como usted quiere, pero eso usted lo tiene que ver.

Entonces ahí yo me sentí molesta, porque vi a una mujer igual a mí, pero que no se comprometía con mis argumentos, sino claramente le daba el favor a él. Y para colmo me pedía que le agradeciera.

-Mire, señora jueza -le respondí sin ofuscación, porque sabía

que ella se podía situar definitivamente en contra mío-, yo me casé con un hombre que dijo que no quería que su mujer trabajara, que quería una dueña de casa que se preocupara de él y lo esperara. Con los años pasé a ser un mueble, un mueble de cocina. Cuando él quería se iba, yo no tenía derecho ni a abrir mucho la boca. No tuve derecho a preparame, a estudiar, porque según él mi oportunidad ya había pasado. Ahora este señor, después de 18 años de vivir conmigo, se manda a cambiar y me deja botada con los niños. Usted ¿qué, quiere que haga?, ¿qué agradezca lo que está haciendo por mí?

Era tal mi vehemencia que sin darme cuanta me acerqué donde ella y continué:

-Ahora él quiere rehacer su vida y pretende que de la noche a la mañana salga a trabajar. Como usted ve, no me está haciendo ningún favor.

La jueza entonces se limitó a calcular la pensión: 23 mil pesos. El sólo había mostrado lo que ganaba en el colegio y no las boletas por trabajos de contabilidad que hacía aparte. Cuando se tocó el tema del vestuario dijo que eso lo iba a entregar en función de sus posibilidades, no se podía comprometer con una cantidad fija. Luego entramos al tema de las visitas:

-¿Usted va a aceptar que él vaya a su casa -me preguntó la jueza- cuando quiera ver a los niños?

-El altera la convivencia del hogar -contesté muy seca-.

-Usted comprenderá que es bueno para los niños. Usted lo puede hacer pasar al comedor solamente.

-Le repito que altera la convivencia del hogar, además nos agredió hace poco tiempo y constantemente expresa agresividad y prepotencia.

Entonces ahí la jueza dió por terminado el comparendo y me dejó a mí la decisión sobre la entrada de Luis a la casa.

-¿Es todo? -pregunté con mucho esfuerzo-.
-Sí, es todo.
-Gracias -contesté- y sin despedirme de Luis me retiré de la sala lo más entera que pude.

Afuera, en la entrada, oí la voz de Luis:

-Espérate, quiero hablar contigo -en un tono alto y enérgico-.

Ahí me di cuenta que yo podía hacer mucho más. Porque dentro de mi angustia me pude dar vuelta y responderle frente a toda la gente que esperaba:

-Contigo no tengo nada más que hablar, todo lo que tenía que decir lo dije ahí adentro, y todo lo que tú quieras hablar lo volvemos a hacer en el mismo sitio. No te preocupes si no tienes más plata para darle a los niños -y le dije eso porque tenía mucha rabia por las mentiras que había contado-, guárdate tu dinero, cómprate todo y échatelo encima, no te esfuerces, yo veré cómo vestir y dar estudios a mis hijos.

Me di media vuelta y me puse a caminar. El continuó llamándome, pero no me siguió. Al bajar las escaleras del juzgado, sentí las piernas temblar y no pude resistir el llanto. Lloré por lo recién vivido en la sala, por el cierre definitivo del pasado, por haberme casado con un hombre que valía tan poco. Lloré por la soledad futura; sin embargo, y esa fue mi esperanza, sentí también que eran las últimas lágrimas derramadas.

MARIA ELENA

Cada cuatro o cinco pasos María Elena se sorprendía riendo en plena calle, y para no parecer loca, modificaba rápidamente el rictus de la cara y apresuraba el caminar. No hallaba el minuto de llegar luego a casa y compartir su alegría. Desde que se puso a vivir con Jorge, a los 26 años, dejó de trabajar, y ahora, que recién había cumplido los 40, decidió volver a su oficio de soltera y se presentó en una antigua fábrica donde había trabajado.

Sin embargo, al subir las escaleras a contarle a Jorge, esa felicidad, que parecía no caber dentro suyo y auguraba permanecer en su semblante, comenzó a apagarse. Sus palabras, que se tropezaban unas a otras al contar la noticia de su contratación, fueron perdiendo fuerza y sentido ante cada gesto o respuesta de Jorge.

-Ah sí, decidiste ser obrera.
-Por esa porquería de plata te vas a ausentar de la casa.
-Qué te alegras tanto si sólo vas a ser una "fabricana" más.

A pesar de la ironía María Elena no dejó de ir a la fábrica al día siguiente. Había aceptado el cargo, sería nuevamente remalladora. Con el sueldo podrían tener una situación un poco mejor, pues hacía dos meses que él estaba cesante. El último mes de diciembre habían comido gracias a la caja de mercadería regalada por su madre y a los pocos pesos que ella ganaba vendiendo en la feria paños de cocina. Al faltarles té y azúcar, María Elena

se desesperó y comentó a una amiga su situación. Esta de inmediato la aconsejo:

-Por qué no te ofreces, ofrécete como remalladora.

La verdad es que María Elena, después de catorce años de convivivencia con Jorge, había olvidado completamente que poseía un oficio.

-Hay pocas remalladoras buenas -dijo su amiga incitándola a trabajar fuera de la casa-.

María Elena también había olvidado la valoración de su destreza y habilidad. Por eso, al solicitar trabajo donde se había desempeñado de joven y tener de inmediato una respuesta afirmativa: "preséntese al día siguiente", se sorprendió de ella misma.

Al mes de estar en esa textil le consiguió trabajo a Jorge. Una compañera de labores lo contactó con unos familiares que se dedicaban a la construcción, ahí siempre salían trabajos para cerrajeros. Jorge aceptó, pero el bajo sueldo lo deprimía mucho.

-Jorge, no te vas a quedar ahí para siempre -le animaba María Elena-, ese lugar sirve para mostrarte, luego vas a armar tu propia clientela.

La frustración que provocaba en Jorge, obrero calificado y acostumbrado a trabajar y a cobrar bien, lo volvió cada vez más hosco y mal humorado. Y una noche de marzo, tres meses después que María Elena entró a trabajar, la agredió abiertamente.

Esa noche en la casa había trago y jaleo. Estaban casi todos mis hijos. Yo les digo míos porque me tocó criarlos desde chicos. El

mayor, que es infante de marina, había llegado de Valparaíso, y el segundo, del regimiento donde estaba haciendo el servicio militar. Paola todavía no se casaba e Irma y Boris, que son los más chicos y de mi misma sangre, también estaban sentados en la mesa. Entonces Jorge empezó a acordarse de cómo yo trataba mal a los niños. De los gritos, de los castigos, de todas las cosas negativas. Y comenzó a decir que era la peor madrastra.

-Júzguenla ustedes -decía y me pegaba unos cuantos codazos y empujones-.

Cuando nos fuimos a dormir me había dado colitis de los nervios, y en la pieza y en el baño me siguió pegando, pero ya eran patadas.

Al día siguiente salí de la casa toda adolorida y dispuesta a irme donde mis padres. Así se lo comenté a algunas compañeras de trabajo. Pero a la hora de salida, a las tres de la tarde, mis tres hijos más pequeños estaban en la puerta de la fábrica esperándome. El corazón me palpitaba.

-El papá dice que vuelva a la casa -dijo Paola-, que no sea tan así.

-El no tiene que ser así -contesté con lágrimas en los ojos y abrazándolos-.

Supe entonces que no me podía ir, a pesar de saber que él estaba utilizando a los niños para que no lo hiciera. Al llegar a casa Jorge me dijo:

-Siéntate, ¿por qué no almuerzas, te sirvo?

La actitud atenta de Jorge en esos momentos y su manera de

comportarse como si nada hubiera ocurrido molestó más a María Elena.

Sin embargo, horas después se disculpó por lo ocurrido y todo volvió a su normalidad. Los golpes no se repitieron durante ese año, pero las actitudes agresivas y poco cariñosas se sucedieron cotidianamente.

En muchas ocasiones, cuando ella llegaba del trabajo cansada por las horas extras y con los pies hinchados producto de estar durante 8, 10 ó 12 horas en una misma posición, en la casa nadie la atendía. Mejor dicho, entraba y era como si no lo hubiera hecho. No se le preguntaba nada y menos le ofrecían una taza de té. Uno de esos días María Elena escuchó a Jorge decirle a la menor de él, Paola:

-Oye yo no sé en qué momento de este fin de semana gasté 45 mil pesos.

Sus lágrimas cayeron sin previo aviso. Sabía que lo hacía para molestarla, pero de igual forma le dolió; sintió rabia al oírlo referirse al dinero con tanta liviandad, como si les sobrara. Sabía que no habían sido 45 mil los gastados, pero el hecho de comentárselo a Paola y no a ella, la llevo a limpiarse varias veces las lágrimas con el mantel de la cocina, mientras se preparaba una taza de té.

En otras ocasiones, generalmente los días sábados cuando María Elena volvía a casa, después de trabajar horas extras, encontraba a Jorge tomando con uno de los vecinos. A veces lo acompañaba, pero otras llegaba con ganas de realizar alguna actividad familiar. Entonces todo se frustraba. Su alegría, producida por la buena relación con las compañeras de fábrica y por el dinero que significarían esas horas a fin de mes, se hacía polvo. Jorge no entendía esas ganas de salir de María Elena, más aún cuando había poco dinero para proyectar cualquier paseo. Por

eso cuando ella le repetía tres o cuatro veces que dejara de tomar y salieran a algún lugar, él respondía:

-Si no te gusta, te vas.

Esa respuesta a María Elena le dolía aún más, pues siempre que ella lo enfrentaba para manifestar sus diferencias o deseos, él contestaba despidiéndola del hogar. La casa era de su propiedad y no aceptaba que ella le viniera a decir lo que debía o no debía hacer.

-Las puertas son bien anchas, ándate no más. ¿Quién te necesita a vos?

En otras ocasiones, cuando ella hacía calzones rotos, sopaipillas, ensaladas u otras comidas para vender entre sus compañeras de trabajo, su marido -ella lo sentía así a pesar de no haberse casado por el civil- se encargaba de decirle cualquier cosa negativa:

-Esas porquerías no te las va a comprar nadie. Cuánto tú crees que te van a pagar por eso, vas a a quedar toda encalillada. ¿Estás segura que no lo haces para lucirte ante ese amorcito que tienes en la fábrica?

María Elena no contestaba, lo dejaba hablar, sabía que callando al poco rato todo volvería a la normal tranquilidad.

Un pasado cercano

Silencios similares a ese había protagonizado muchísimas veces en su hogar paterno. Su padre, que con mucho esfuerzo había hecho una carrera funcionaria en un banco, a menudo

le reprochaba lo distraída y poco hacendosa que era en la casa.

-Ten presente que yo no te voy a sostener toda la vida, aquí en esta casa todos se ganan el pan.

A María Elena le costaba entender las exigencias de su padre. No comprendía por qué no podía gozar con tranquilidad la parcela que tenían. Por lo mismo, cuando él llegaba del trabajo, ella se iba al fondo del patio o a su pieza. Allí inventaba historias y personajes, allí vivía mundos de alegría, hasta que un grito, ordenándole alguna tarea, la sacaba de su ensoñación de niña.

Una noche, después de haber terminado el ciclo básico de enseñanza, y quizá por su actitud contemplativa y poco concreta, su padre decidió llevarla a vivir donde una tía.

-Si me la quieres dejar, déjala con todos sus papeles- escuchó María Elena tras la puerta del cuarto cuando sus padres conversaban acaloradamente con esa tía-.

Un año después regresó donde sus padres. Y cuando terminó la secundaria, como era la mayor, su padre le exigió que trabajara. Le buscó uno, dos, tres, cuatro trabajos, a los cuales siempre terminó renunciando, porque no eran de su agrado o porque sentía que le pagaban muy poco. Nunca ahorró un peso. A pesar que su padre le abrió una libreta, ella prefería gastar su sueldo en ropa y dulces para sus cinco hermanos menores y en tardes de cine con todos ellos.

Al tercer verano de haber egresado del colegio, tras no cumplir con una orden, pues pensaba que le correspondía a sus hermanos, su madre, inducida por su padre, la echó de la casa. Después de un año, María Elena, cansada de vivir en condiciones precarias y venciendo su orgullo, regresó al hogar paterno. Su

madre la recibió con lágrimas en los ojos y sostuvo una fuerte discusión con su marido para que ella se quedara.

Tres años más tarde, María Elena decidió irse definitivamente. Los roces permanentes con su padre, por uno u otro motivo, le hacían la vida insostenible. Sentía además que tenía un trabajo que le gustaba y que por primera vez ella había elegido. Y esa pasión la había hecho esforzarse y llegar a ser considerada una de las buenas remalladoras de la industria.

El inicio

Trabajando en esa misma industria María Elena conoció a Jorge. En ese tiempo expresaba fuerza e independencia. Vivía sola en una pensión y una o dos tardes de la semana iba a algún cine. Estaba contenta, aunque desde hacía un tiempo quería formar un hogar. Dos años antes se había ido de la casa de sus padres y hacía ocho meses que había despachado a todos sus pololos o pretendientes para esperar al hombre que iba a amar.

Yo soy muy romántica, pensaba que si el hombre, el verdadero, el que me iba a tomar en serio, me veía muy rodeada de jóvenes, no iba a aparecer, mejor dicho, no iba a dar el paso. Además, como me gusta escribir, en ese tiempo ponía en mi diario de vida: yo sé que en alguna parte está. ¿Cómo irá a ser? ¿Cómo se irá a llamar? ¿Qué voz tendrá? Era como esperar un hijo.

Finalmente llegó el día. María Elena se encontraba caminando frente a la pensión donde vivía. Esperaba a una amiga, habían quedado de ir juntas al cine. Después de un rato un joven que esperaba micro y la observaba le dijo:

-Te dejaron afuera.

Ella no contestó. Pero la tercera vez que se lo preguntó aceptó ese motivo para conversar.

Al poco tiempo nos pusimos a pololear. Jorge no dio por ningún momento muestras de que fuera casado. Nada. Y yo que me creía tan astuta. Con mis 26 años pensaba que nadie me iba a meter el dedo en la boca. Pero caí redonda. A los pocos meses me enteré de que tenía mujer, pero ya estaba profundamente enamorada. Entonces me contó la historia más grande jamás contada, me mostró los papeles de separación y a sus dos hijos. Y yo acepté continuar la relación.

Al poco tiempo de ese hecho comenzaron a convivir juntos. Sin embargo, Jorge empezó a ausentarse de la pieza que compartían. Su permanencia era muy irregular. Le decía a María Elena que iba a ver a sus hijos y se perdía por tres o cuatro días.

Me enfermé de los nervios, nunca sabía si iba a llegar. Me despertaba en las noches con el más mínimo ruido pensando que era él. Finalmente pedí una licencia laboral. Y después de pensarlo mucho, aunque sabía que me estaba autoconvenciendo de algo que no quería hacer, una noche le dije:

-Lo pensé bien y esto llega hasta aquí. Yo me quedo con este gran amor y tú te quedas con tus niños y tus cosas.
-Yo venía a decirte lo mismo.
-Es demasiado tu orgullo, no podías ser menos, no.
-No, si ella se fue y mis niños están solos.
-Y que problema te haces con dos niños.
-Es que te he mentido, no son dos, son cuatro.
-Si cinco hubieses tenido yo te habría querido igual.
-¿De verdad me lo dices?
-De verdad.

Sin más preguntas Jorge la invitó a vivir con él. María Elena ordenó sus cosas y esa misma noche partieron a su casa.

Sólo habían dos camas para cuatro niños. No habían frazadas

buenas y los chiquititos estaban mal abrigados. Las ampolletas eran de 25 a 40 watts, así que todo era muy fúnebre. A la mañana siguiente cuando abrí la puerta me di cuenta que estaba metida en un caserío con rejas de tabla, una cosa que yo nunca había visto mas que en películas. Ese mismo día me puse en campaña para reconstruir ese hogar.

En la casa había un cajón con cosas de invierno, de verano, sucias, limpias, rotas, por parchar. Me encargué entonces de ver lo que servía, de lavar la ropa, de ordenar la casa, de comprar lana. Tejí rápidamente con punto liso a cada uno; no tenían casi nada que ponerse. A las dos semanas me decían mamá.

No alcanzaron a pasar tres meses y la primera mujer de Jorge se presentó en aquella casa, quería ver a sus niños.

-Hijo, cómo te ha ido en el colegio -le dijo al más grande con mucha ternura después de saludar a los más chiquitos-.

María Elena, quien hasta ese momento observaba la situación, dijo con rabia:

-Usted debería ponerse una máscara en la cara para venir a presentarse así, acaso se olvida que hace tres meses los abandonó y yo me he tenido que encargar de ellos, si no estarían botados a la suerte de la calle.

Felisa, como se llamaba la primera mujer de Jorge, le respondió casi obviándola, como si no existiese. María Elena sintió entonces que todos sus ancestros italianos la incitaban a contestarle, y sin pensarlo estiró el brazo para darle una cachetada. Jorge detuvo el golpe. Se inició una gran discusión entre las dos mujeres. Para calmar los ánimos Jorge pidió a Felisa salir de la casa y conversar los dos afuera. Después de largas horas regreso en silencio. María Elena comenzó el diálogo.

-Con esto se terminó todo.
-Sí.
-Entonces tendré que irme.
-Sí.
-Es por la tuición de los niños.
-Sí.

Sin más palabras María Elena una vez más ordenó sus cosas y partió a su antigua pensión. A la mañana siguiente visitó la fábrica de calcetines con el objeto de ser recontratada. Lo consiguió. Concurrió al médico para confirmar si estaba embarazada como lo presentía. Lo estaba. Se alegró de ese niño que venía en camino, era el gran regalo de ese amor perdido. Dos días después se encontró con Jorge, pero no hablaron de lo sucedido. Sólo supo que Felisa había vuelto a la casa. No le importó, ya se había hecho la idea de perderlo, sin embargo, aceptó que esa noche se quedara. A la semana siguiente Jorge le contó que Felisa se había vuelto a ir. Volvieron a pololear, pero ella se mantuvo en la pensión. Un mes antes de dar a luz, María Elena se instaló definitivamente en la casa de Jorge, asumiendo nuevamente el hogar y los niños. El día del parto su hijo nació muerto.

La pérdida de esa criatura fue por la forma en que hice las cosas. Pensé que las había hecho bien, pero todo fue ilegal. Desde niña en mi casa se hablaba de lo hermosa que me iba a ver con traje de novia. Nunca me casé. Me eduqué en colegios de monjas y siempre vi a mis tías preparando ajuares. Me acuerdo que cuando me hacían regalos eran cosas para mi futuro ajuar.

Yo hice todo lo contrario con mi vida. Llegué a un barrio completamente diferente y además me pusieron un sobrenombre. Me trataron de la otra, pasé a ser la apuntada con el dedo. Todo eso se tiene que haber metido dentro mío sin darme cuenta.

Después del parto María Elena decidió amamantar con la

leche que tenía a la hija más chiquita de Jorge, estaba por cumplir los tres años y tenía grandes problemas digestivos por la mala alimentación recibida hasta ese entonces. En alguna medida ese vínculo le permitió superar la tristeza. Los años que vinieron fueron de una intensa dedicación a su casa y a sus hijos. Jorge era autoritario y de mal carácter como su padre, pero a diferencia de éste era un hombre tremendamente gozador. Le encantaba la vida en familia, hacer asados y salir con todos sus hijos y María Elena a la montaña o a la playa.

Los miedos

Diecisiete años habían pasado desde que se habían puesto a convivir definitivamente. Era año nuevo, el primer año nuevo después que María Elena había empezado a trabajar.

Al terminar la tradicional cena familiar decidieron visitar a los padres de María Elena. Eran momentos muy alegres ya que se reunía toda la familia y, como tenían una situación económica más holgada, el vino y las botellas de champaña nunca faltaban. Bastante mareados, a las 4 de la mañana, decidieron atravesar Santiago y volver a su casa. María Elena, que venía semidormida en el auto y se sentía muy cansada, al entrar al living, y antes de subir la escalera, se recostó en el sofá del living y cerró los ojos; Jorge, por su parte, empezó a seducirla para que fueran a hacer el amor. Como ella no aceptaba respondió con insultos.

Entonces insistió en que andaba con otro. En otras ocasiones yo había accedido para complacerlo, no me hacía ningún problema, pero esa vez me encontraba casi dormida. Al final sólo oía los gritos de Jorge, aunque muy lejanos. Fue en ese momento que sentí el primer golpe.

La verdad es que no lo esperaba. Según él yo había nombrado a otro hombre mientras me hacía la dormida. Después vino otro

golpe y otro más, a pesar de mis gritos no se detenía. Después de pegarme en forma brutal salió de la casa. Ahí aproveché ese momento y comence a empacar. Antes de terminar, él volvió, aún más borracho. Logré escaparme y llegué a la comisaría pidiendo a los Carabineros que me acompañaran a la casa para poder sacar mis cosas. No me atrevía a ir sola. Cuando llegamos Jorge estaba tirado en la cocina, totalmente ausente. Paola me fue a dejar hasta la esquina.

Era la primera vez que me iba de la casa. Me tenía que ir, no podía soportarlo.

-Ahora tengo trabajo -me dije- tengo más seguridad y los niños están más grandes.

En la Posta, después de ser atendida, me cambié de ropa y partí. Al llegar a la casa de mi madre le dije:

-Mamá por favor déjeme quedarme aquí.
-Tienes que preguntarle a tu padre, tú sabes que él decide.

Y él, sin preguntar nada y sin querer mirarme, contestó:

-Aquí no te puedes quedar, tu lugar está al lado de tus hijos y de tu marido. Quizás qué cosas habrás hecho.

Con lágrimas en los ojos, pero resistiéndome a llorar, insistí en que me dejara por lo menos pasar la noche. Finalmente aceptó.

A la mañana siguiente, María Elena fue a trabajar. Hasta ese momento no sabía la impresión que podía causar su cara. Su ojo inflamado concitó cientos de miradas durante el trayecto hasta la fábrica. Al llegar, y a modo de respuesta ante su amiga Silvia, María Elena dijo:

-Me fui de la casa.

-Hasta cuando vas a soportar a ese bruto.

-Me fui y esta noche voy a dormir en un retén, en la posta o en cualquier lado hasta que encuentre un lugar donde quedarme.

-Cómo se te ocurre, te llevo a mi casa. Mi hermana está de vacaciones y hay una cama libre.

Estas son mujeres de coraje, pensé cuando Silvia me contó su vida la primera noche que dormí en su casa. Mujeres que han tenido hijos, han enfrentado a sus maridos y han salido solas adelante.

Al otro día, ante la dificultad para trabajar sin sus anteojos, María Elena pidió a su vecina, quien también trabajaba en la textil, que por favor pasara a su casa y se los trajera. Al otro día supo que Jorge mismo se los entregó e incluyó un mensaje:

-Dígale que vuelva, que no sea tontita, que venga.

-Gracias -dijo María Elena a la señora Maura- pero no diga nada más, porque es ridículo que después de golpearme diga que no sea tontita y vuelva. Es cierto que estaba borracho, pero no es como para que me mande a decir eso.

-Me contó también -agregó la vecina- que Paola está enferma.

La enfermedad de Paola intranquilizó a María Elena; durante todo el día sintió una gran culpa por involucrar a sus hijos, por hacerlos vivir un dolor que no se merecían. Igual decidió no regresar. Pero la presencia de Jorge en las puerta de la fábrica a la hora de salida la turbó aún más. Silvia, que venía junto a María Elena, la alentó para que no aceptara sus explicaciones, la alentó a no regresar.

-Te vengo a buscar -dijo Jorge después de saludarla-, los niños

están enfermos. Paola está con fiebre y Boris amaneció igual. Te vengo a buscar porque a lo mejor tú no vuelves.

-Es muy probable -contestó María Elena, aunque ya sabiendo que regresaría-.

Silvia, quien la había esperado unos pasos más adelante, al oír las primeras explicaciones de María Elena volvió a insistir en que no lo hiciera:

-No regreses junto a Jorge, él no va a cambiar.

-Mis hijos están primero Silvia, después están mis problemas -agregó a modo de respuesta y se fue-.

Seis meses pasaron sin golpes, aunque el carácter agresivo de Jorge se agudizó. María Elena comenzó a retrasar cada vez más sus vueltas a la casa. Aceptaba más horas extras o se quedaba charlando en el casino con sus compañeras. Inconcientemente no quería regresar. Uno de esos días, porque además le encantaba conversar con sus compañeras, acompañó a una de ellas a su casa, pues estaba embarazada y no se sentía bien. Esa misma tarde Jorge la fue a buscar a la fábrica. Sólo le dijeron que se había ido hace un rato. Entonces al llegar a la casa, más bien tarde, supo por sus hijos que Jorge estaba borracho. No se atrevió a entrar. Sólo cuando él se durmió ingresó silenciosamente y se recostó sobre el sillón del living. A las cinco de la mañana Jorge la despertó a golpes.

Ahí me volví a ir y la Silvia me volvió a acoger. En esa ocasión un montón de compañeras, que se las daban de sicólogas, porque teníamos un grupo grande que siempre se reunía a conversar a la hora de almuerzo, dieron sus opiniones. Todas manifestaron que no debía regresar con mi marido.

A pesar de sus opiniones, a los cuatro días Jorge me fue a buscar a la fábrica y nuevamente volví a la casa. Esa vez la Silvia se enojó conmigo. Ella estaba separada y vivía con su mamá. Su ex marido le tiraba papeles encendidos por el tragaluz de su casa. Una vez casi se le incendia el dormitorio. Claro que ella siempre mantuvo su decisión. Pero en ese tiempo yo consideraba que mis hijos todavía me necesitaban, sólo evocarlos me causaba un inmenso dolor.

Los cuatro días que pasé en la casa de Silvia pensé constantemente en ellos. ¿Qué estarán haciendo?, ¿Cómo les afecta el que me haya ido?, y así un sinnúmero de preguntas. Por eso al ir Jorge a buscarme y arrepentirse de lo hecho fue imposible que tomará otra decisión.

La otra violencia y el escape

Dos años pasaron sin grandes golpizas. El mismo Jorge decía sentirse mal por haber golpeado a María Elena de esa forma. Sin embargo, los golpes "menores", las descalificaciones y humillaciones, en el marco de frecuentes discusiones, continuaron. Por esas actitudes no se disculpaba, mejor dicho, no tenía conciencia del daño que provocaba cotidianamente en María Elena.

-Que estai fea, puchas que eres fea.

-Cuánto valís tú, quién eres tú.

-Agradece que te tengo aquí en la casa, agradece que te recogí, estabai más botá que estropajo.

Otras veces, adelante de María Elena, hablaba fanfarronamente a su futuro yerno:

-Oye, está estupenda la de la botillería, me la mandaría al pecho.

La persecución sicológica, producto del miedo al engaño, se acentuó desde el momento en que Jorge vio a María Elena hablando con un individuo afuera de la fábrica. Ella insistió en que se trataba de un hombre al cual sólo le estaba dando un recado de una compañera de trabajo, pero él nunca le creyó.

-¿Crees que soy imbécil que te voy a creer ese cuento?
-No sé cómo me vine a vivir con una puta.
-Ya estas escuchando la canción que te recuerda a tu amorcito.
-No me abraces o acaso te estás arrepintiendo de lo que hiciste.

La norma cotidiana comenzó entonces a ser el insulto y la culpa, aunque Jorge no actuaba con violencia física. En alguna medida sentía que si volvía a cruzar ese límite, ella se iría definitivamente.

En ese tiempo María Elena empezó a participar en Alcohólicos Anónimos. Al principio fueron los dos, pero después de un corto período él se retiró.

A María Elena le sirvió para abandonar el alcohol que sin darse cuenta se había incorporado a su vida como una necesidad. Fueron muchas las veces que ambos se entretenían en torno a unas copas de vino. Por lo mismo, poco a poco, había empezado a tomar junto a él.

Meses después de estar en esa Institución, ya sin ninguna adicción, decidió continuar ahí. Se sentía acogida y a su vez útil en la labor de apoyo que comenzó a realizar. También, con los sicólogos, inició una terapia y casi sin darse cuenta empezó a valorarse en muchos aspectos. Ya no era la tonta, la fea, la que no servía para nada, como cada tanto le decía Jorge. Su vida adquiría sentido y quizá por esa misma razón, por esa fuerza que irradiaba, Jorge abandonó los golpes, aunque continuó con la agresión verbal. María Elena, cansada de tanto insultos y descalificacio-

nes decidió dejar la fábrica. Imaginaba que haciéndolo todo cambiaría. Otra razón para desistir de su trabajo fueron sus piernas, sufría de mala circulación y permanentemente las tenía hinchadas. Sabía que no le dejarían de doler si continuaba con las dieciséis o diciocho horas de trabajo diario, contabilizadas entre el tiempo dedicado a la industria y a la casa. Por lo mismo, un mes después de regresar a la casa empezó unos cursos de gimnasia en un local cercano.

Como las clases comenzaban a las 8 de la mañana dejaba el almuerzo del día siguiente hecho la noche anterior. Antes de salir en la mañana sólo acomodaba la comida ya lista. En esa ocasión puso en la ollita de Jorge tallarines con salsa y en una "taper" vació un buen poco de ensalada surtida. Para coronar las verduras se le ocurrió agregarles un poco de mayonesa. No imaginó nunca el escándalo que produciría.

-Tú le echaste mayonesa -dijo Jorge al revisar la comida-.

-¿No te gusta?

-No se trata de gustos, eres idiota o te haces.

-Por qué me dices eso.

-¿Acaso no sabes que con este calor la mayonesa se corta y se vuelve asquerosa antes de la hora de almuerzo?

-No lo sabía Jorge, perdóname.

-¿Acaso crees que nos tienen refrigerador en el trabajo para que los lindos guarden su almuerzo al llegar?. Francamente eres tonta.

-Perdóname Jorge, no lo pensé.

-No lo pensé, no lo pensé, no sé en qué andas pensando todo el día.

Jorge siguió y siguió diciendo cosas cada vez más hirientes hasta que María Elena no aguantó más y se puso a llorar. En el preciso momento en que rompió en llanto, él metió la olla con los

tallerines en el maletín y se fue sin despedirse. Al sentir el portazo se permitió llorar amargamente. Estaba sola. Le dolía que Jorge sólo viera su equivocación y además se diera el lujo de gritársela en la cara. Es decir, no reconocía el trabajo que ella había realizado con mucho amor la noche anterior.

Aún lloraba cuando escuchó a las vecinas, quienes también iban a la clase de gimnasia, llamarla desde la calle para irse.

Ya tenía el buzo puesto. Sin dudarlo, les grité que me esperaran, me lavé la cara para que no notaran que había llorado y salí. No hablé de lo sucedido mientras caminábamos hacia el local. Las escuchaba hablar, estaba como ausente, sobre todo triste. Pero en un momento me dije a mí misma, tratando de olvidar todos los gritos recibidos:

-Ahora si que me voy de la casa, no aguanto más. Quiero vivir con más tranquilidad y amor, quiero vivir con un compañero no con un hombre que sólo me exige y no reconoce nada. Necesito que me traten con más amor. Si sigo así me voy a volver loca.

Cuando terminó la clase de gimnasia, María Elena regresó a su casa, se duchó, preparó un bolso grande con gran parte de su ropa y de sus cosas personales y salió pensando en no volver.

Después de quince días volví nuevamente a mi casa. Pero esta vez volví a ver mi situación. Tengo muchas cosas en esa casa, cosas que debo ordenar. Podría haber arrendado una pieza y habérmelas llevado, sí. Pero tengo que organizar primero todo, claro que con un plazo, yo me lo di. No se lo he dado a él, pero voy a cumplir 20 años desde que lo conozco y no quiero ser la tía Teresa o mi amiga Mercedes que han tenido que soportar 30 años a sus cónyuges. Yo he llegado a sentir una envidia sana por las compañeras que han logrado decirles chao, chao, a sus maridos.

Ellas supieron en qué momento terminar. Yo hasta hoy no puedo saberlo, o mejor dicho, hacerlo.

Parece que mi actitud tiene que ver con la comodidad, con la seguridad también. Lo que pasa es que Jorge es a su vez un tipo muy agradable. El se muere por sacarnos a pasear, se muere por darnos bienestar, que si nos falta ropa, que si nos falta esto o lo otro.

Quizá también tenga que ver con ese concepto de familia que yo tengo, que los niños no tienen que ser de padres separados. Tengo arraigado eso. Encuentro tan solitario a un niño de padres separados.

Capítulo 2
Historias de vida de mujeres de sectores medios

PAULA

Accionó el señalizador derecho y apenas dobló buscó el station rojo de Jorge. El reloj de su auto marcaba las 11 en punto, la hora que habían dispuesto encontrarse, pero Paula sabía que su ex marido, de quien se había separado sólo hacía dos meses, iba a llegar antes. Le dieron ganas de chocar ese autómovil que muchas veces había manejado, dejarlo todo abollado, pero se retuvo y frenó a escasos centímetros. Al descender un escalofrío le recorrió el cuerpo y al cerrar con llave la puerta se dio cuenta que su mano temblaba. No puedo estar más allá de las 12.30 -pensó, como una forma de controlar el miedo-, sólo cancelé las consultas de la mañana.

Al tomar el ascensor recordó la cara de su primer hijo, quien apenas tenía 8 años. No era posible que correspondiéndole a ella la tuición, Jorge hubiera sacado a Marquitos sin su permiso del colegio y no le permitiera verlo.

-¿Y Marquitos? -preguntó Paula inmediatamente después de abrir la puerta del departamento-.

-No lo traje.

-¿Cómo, no lo trajiste, si en eso habíamos quedado?

-Tú habías quedado en volver conmigo y no lo hiciste.

-¿Qué tiene que ver lo nuestro aquí?, yo solamente quiero ver a mi hijo.

-Sí tiene que ver, tú me traicionaste, me pediste que me fuera

de la casa por un tiempo y después me dijiste que estabas muy bien sola y que no volviera.

Paula sintió que no debía contestar más esos argumentos. Hacía dos meses, desde que decidió separarse definitivamente de Jorge, que él la llamaba casi todos los días por teléfono para decirle exactamente lo mismo. Hacía mucho tiempo, también, se había cansado de las constantes presiones de su marido, siempre exigiéndole cosas y no queriendo entender nada. Se desplazó entonces hasta el sillón donde había dejado su cartera. Si no podía ver a su hijo, como habían quedado, no tenía sentido permanecer un minuto más en ese departamento.

Cuando se disponía a tomar el bolso, Jorge lo hizo primero y lo tiró con mucha fuerza contra la pared del fondo. Las diferentes cosas que llevaba dentro quedaron todas dispersas en la alfombra. Paula, con miedo, pero a su vez con entereza, se devolvió a recoger los documentos y las llaves del auto.

Cuando me fui a agachar, comenzó a golpearme. Recuerdo la sensación de sangre en la boca. Traté de defenderme. Eso hizo que reaccionara peor. Entre patadas y combos empezó a arrastrarme hacia el dormitorio. Jorge tenía una obsesión sexual, pensé entonces que me iba a matar y a violar. Traté, por lo mismo, como pude, de que no lograra llevarme hacia la pieza, pero me arrastró hasta la entrada. Quedé en una posición muy incómoda, entonces volvió a golpearme y me tomó el cuello.

-Si tú me dices que vuelves conmigo, yo te suelto -me repitió no sé cuantas veces mientras me apretaba la garganta-.

Pero yo estaba empecinada en no aceptar ni siquiera verbalmente lo que él me pedía. No me daba cuenta que se me iba la vida. Pero cuando sentí que no tenía fuerzas y empezaba a marearme, le dije: voy a volver, voy a volver contigo. Me soltó

inmediatamente, me ayudó a levantarme y me sacudió la ropa. Tenía el vestido todo desecho y con sangre. Me coloqué entonces la chaqueta y los lentes y le dije:

-Me siento muy mal, en estas condiciones no vamos a poder hablar.

Aceptó. Salí de ese departamento y de ese edificio lo mejor que pude. Tomé el auto, fui donde mi única hermana y le pedí que me acompañara a la Posta a hacer la denuncia".

-Me volviste a traicionar, ahora sí que te voy a matar -fueron las primeras palabras de Jorge, cuando Paula se negó a recibirlo dos días más tarde-.

El día anterior, al otro día de la golpiza, Paula supo que su hijo Marcos había regresado al colegio. Concurrió entonces inmediatamente a ese recinto y pidió una audiencia con la madre superiora. Jorge, quien se destacaba por lo convincente que era, le había dicho a esa directora, cuando se llevó por primera vez a su hijo, que él se iba a hacer cargo de ahora en adelante porque su mujer estaba absolutamente mal de la cabeza. Por otra parte, el propio Marquitos, una día que la directora pidió hablar con él, le dijo que prefería vivir con su padre. Esos dos hechos llevaron a que la madre superiora le dijera a Paula, casi sin escucharla y en forma tajante:

-Si quiere sacar al niño, lo tendrá que hacer con la Fuerza Pública.

Paula, con mucha rabia por todo lo sucedido y sin detenerse a pensar en el daño que podía provocar en su hijo esa acción, recurrió a Carabineros y horas después lo retiró del colegio.

Marquitos no dejó de llorar durante todo el trayecto a la casa y cuando Paula le preguntó por qué lo hacía si estaban juntos, si estaba con su mamá, él le repitió varias veces:

-¡Me va a decir que lo traicioné, me va a decir que lo traicioné!

Al llegar a la casa Paula llamó a su hermana y a su cuñado y les contó lo sucedido. A su vez, le pidió a él de que cada ciertas horas diera una vuelta por su consulta privada, ya que su trabajo quedaba relativamente cerca. "Cuando no lo puedas hacer -le dijo- por favor llámame, Jorge puede reaccionar muy mal después de todo esto".

Paula inició también un juicio legal para conseguir que se lo castigara por esos golpes, incorporando como antecedente otra golpiza recibida antes de separarse.

El teléfono de la casa de Paula comenzó a sonar a horas extrañas:

-Si no vivo contigo no quiero estar vivo. Y si me mandan a la cárcel por haberte golpeado, más vale que te mate y me mate yo también.

Después de algunos meses, y de un día para otro, esas sugerentes declaraciones de amor dejaron de existir y Jorge se transformó en el ex esposo respetuoso y amable. Mientras tanto, los trámites judiciales avanzaban en forma muy lenta, y un día, inexplicablemente, todos los papeles del caso se extraviaron. Jorge asumió lo acontecido con mucho asombro y días después le dijo a Paula que quería hablar muy seriamente con ella.

-Parece que el destino quiere que nos volvamos a juntar, ¿por qué no olvidas lo sucedido?,¿ por qué no vuelves conmigo? -le rogó esa vez y otras cientos de veces a su ex mujer-.

-Estás loco, tú nunca vas a cambiar -le repitió Paula otras tantas veces-.

Ya no había amenazas, todo lo contrario, su actitud en aquel período era la del novio encantador que había tenido en su adolescencia. Además, desde hace un tiempo venía comportandose como un ex-esposo ejemplar. Siempre preocupado por las cosas que a Paula pudieran faltarle, no olvidando nunca de entregar la mensualidad que le correspondía y preguntando con gran interés por sus padres, por su hermana y por el desarrollo de su trabajo. Incluso, para su cumpleaños, si bien no participó en las fiestas, ya que Paula no lo invitó, le envió hermosos y costosos regalos. También se hizo cargo, sin que ella tuviera que pedírselo, de todos los gastos extras que Marquitos y Carolina, la segunda de tan sólo dos años de edad, significaban.

El regreso

Seis meses más tarde y antes de detener el motor del auto, Paula tocó la bocina. Sus hijos, con quienes había hablado por teléfono la noche anterior avisándoles su regreso, salieron a recibirla. Su hijo mayor al ver a su abuelo corrió hacia sus brazos, sabía que estaba enfermo, por lo mismo, no le pidió que lo levantara como siempre lo hacía. La madre de Paula inmediatamente sacó de su cartera los regalos que les traía y antes de entrar a la casa se los entregó a cada uno.

-Los abuelos vienen a vivir un tiempo con nosotros -les dijo Paula dirigiéndose principalmenbte a Marquitos, ya que Carolina todavía no cumplía los dos años y medio-.

-El papá también está viviendo con nosotros -agregó Marquitos ya sin poder contener el secreto-.

-¿Cómo? -preguntó Paula con mucho asombro-.
-Cuando tú te fuiste a ver a los abuelos mi papá se vino a acompañarnos. El nos dijo que de ahora en adelante íbamos a vivir todos juntos.

Paula, sin poder controlar la indignación que le significaba esa situación de hecho se quedó muda observando a su hijo.

-Di que sí, mamá -agregó Marquitos-, di que sí.

Sin contestarle tomó las maletas y cruzó el umbral de la puerta. Jorge, que se encontraba al fondo de la habitación, al verla se levantó del sillón de cuero y se acercó a saludarla.

-Y qué haces tú aquí -dijo Paula modulando cada sílaba como una forma de expresar su desacuerdo-.
-Creo que es importante para los niños que nos demos otra oportunidad -le contestó Jorge en voz alta para que los padres de Paula, que venían entrando, escucharan-.

Ella, sin querer iniciar en ese momento una discusión frente a sus hijos, decidió hablarlo más tarde. En la noche, después de una tranquila velada familiar, aceptó que se quedara. Ser separada no era un estado civil aprobado por sus padres y por el resto de la familia, y más cuando todos veían las transformaciones de Jorge. "Serías muy egoísta de tu parte si no le das una oportunidad a tu matrimonio", le había dicho su madre esa misma tarde en el dormitorio mientras disponían todo para que su padre se acostara.

Esa noche cuando Paula se acostó en su cama tuvo miedo. Dos veces antes de separarse, sin contar la golpiza del departamento, Jorge la había golpeado, además de presionarla sexualmente durante todo el último período de su matrimonio.

Las dos primeras golpizas habían sido por celos, si bien él era quien, al parecer, la había engañado. Casi dos años antes de nacer Carolina, Paula encontró una caja de anticonceptivos en el automóvil de su marido. En esa ocasión él afirmó que se le habían quedado a un amigo que las había comprado para su esposa. Un año más tarde, cuando Paula se encontraba en los primeros meses de su segundo embarazo, descubrió nuevamente otra caja de anticonceptivos en el mismo auto. Jorge aseguró que se trataba de la misma caja del año anterior.

Prefiero que me digas que andas con alguien a que me consideres tan poco inteligente -le dije en aquella ocasión-. Entonces me alteré mucho. Recuerdo que estábamos veraneando y suspendimos el veraneo porque yo decidí venirme para Santiago.

A partir de ahí, la crisis que ya traíamos se profundizó. De los nueve meses de embarazo, cinco no nos hablamos y eso es bastante. Y fue en ese período que me empecé a dar cuenta de algo que quizá siempre lo había tenido en el inconsciente: que yo me podía valer por mí misma y que esa persona me molestaba.

Miró, sin moverse, el reloj de mesa que estaba en su velador. Marcaba las tres de la mañana. El miedo y la rabia eran sensaciones que la hacían no poder conciliar el sueño. Sin embargo, Jorge, después de conversar largamente con su padre en el living, entró en silencio al dormitorio, sin intentar averiguar si estaba despierta. Eso la tranquilizó.

Pensó entonces que quizá lo que más le molestaba de él era su insistencia en términos sexuales. Intentando engañar al insomnio con otras imágenes Paula recordó como había conocido a Jorge. El había sido su único novio. Por su formación, en la adolescencia sólo había existido su familia y sus estudios. Su madre había cursado hasta 6to. preparatoria y, por lo mismo, lo único que posteriormente quiso en la vida, siempre se lo decía, era que sus dos hijas fueran profesionales. Paula recuerda no

haber hecho nunca nada en la casa más que estudiar. Fue tanto su encierro que a los 21 años su misma madre la tuvo que incitar a salir y a pololear.

El primer verano que fui sola, sin mi hermana a Tongoy, mi madre me dijo: "usted tiene que salir, tiene que conocer gente". Días después que llegamos se encontró con el hijo de una familia amiga e inmediatamente le dijo que yo estaba sola, que me fuera a visitar. Yo lo recordaba de cabro chico, pero nada más.

Cuando a los días me pidió pololeo mi madre me dijo: No tienes por qué querer a una persona, primero lo tienes que conocer. Acepté, me atraía pero no era para escribirlo en el diario de vida. Alcanzamos a pololear cuatro días y cada uno se fue para su ciudad. A los seis meses quiso ponerse las ilusiones. Entonces, a partir de ahí mi madre, aterrada por la posibilidad que no terminara la carrera, le inició una verdadera guerra.

Reiteraciones amarga

Seis meses más tarde, después de una relativa coexistencia pacífica, que la llevó, incluso, a pensar que su matrimonio podía ahora tener futuro, Jorge comenzó a exigirle que hicieran el amor cada vez más seguido.

Paula sentía que podía prescindir de ese aspecto en su vida matrimonial y no entendía el por qué para él la sexualidad era tan importante.

Poco a poco el asedio a que se vio sometida se fue volviendo cada vez más violento. No quiso decírselo a sus padres. Sentía que ella era la que fallaba, que Jorge tenía razón al pedirle hacer el amor y violentarse cuando ella se negaba. Sin embargo, un día Carolina lo contó: abuelita, mi papá le pega a mi mami.

Inmediatamente los padres de Paula intervinieron conversando largamente con Jorge, quien se comprometió a no volverla

a presionar en ese aspecto, ya que, según dijo, no quería por ningún motivo separarse. De igual forma Paula sintió la presencia silenciosa del asedio y tres meses más tarde cuando debió partir a dejar a sus padres al norte, donde querían seguir viviendo, Paula le pidió que se separaran definitivamente.

-Jorge -dijo Paula la noche anterior a su partida y para concluir una larga discusión- no quiero que te encuentres en esta casa cuando yo vuelva, te pido que te vayas, creo que no podemos vivir juntos.

Al regresar de dejar a mis padres y cuestionarle el por qué seguía en la casa, me dijo: "el acuerdo fue que yo no te iba a tocar y no lo voy a hacer hasta que tú no me lo pidas". No pasaron ni dos meses y me tenía la ropa toda hecha pedazos. En ese período yo esperaba que se durmiera y bien callada me metía a la cama. De repente, cuando menos lo esperaba, saltaba sobre mí y empezaba la pelea. Pero un día me dijo: te doy plazo hasta las 6 de la mañana, si no te mato. Yo sabía que realmente hablaba en serio.

Antes de cumplirse el plazo, al amanecer, la empleada se dio cuenta de que algo grave pasaba y salió a llamar a mi hermana. Cuando minutos después llegó con mi cuñado, Jorge, antes de que ellos entraran a la casa, me dio un solo golpe en el estómago. Perdí el conocimiento.

A partir de ese momento Paula supo que nunca más volvería a vivir con Jorge, pero a partir de esa vivencia supo también que difícilmente perdería el miedo. Tres semanas estuvo viviendo con sus hijos en la casa de su hermana. No se atrevía a volver a vivir sola con sus hijos. El psiquiatra que la trataba la convenció de que era el lugar más seguro, si es que no podía permanecer con su hermana, ya que todos los vecinos la conocían y si alguna vez Jorge reintentaba agredirla, era más probable que la ayudaran.

Días después de esa sesión de terapia decidió volver a su casa. Jorge comenzó insistentemente a intentar verla. Una noche, después de llamarla durante tres semanas, casi todos los días, llegó a la casa. Paula no le abrió y al patear él la puerta ella gritó que iba a llamar a los carabineros. Jorge al sentirla marcar el teléfono se fue enfurecido. Al día siguiente, y sin previo aviso, entró sin anunciarse a la consulta que ella tenía en un colegio. Como Paula atendía en ese momento a un paciente, le pidió que la esperara afuera. Accedió a condición que después lo atendiera.

La secretaria de la institución, que trabajaba muy cerca mío se quedó preocupada al verlo entrar. Ella algo sabía de los golpes anteriores. Entró y empezamos a conversar bastante tranquilos hasta que cometí el error que pensé que no iba a cometer. Mi hermana me lo había advertido: "Paula, nunca se te ocurra decirle nada, ni siquiera en talla". Yo en ese momento estaba muy molesta y además pensé que quizá era la única forma de sacármelo de encima.

-¿Estás saliendo con alguien? -me preguntó-.
-Sí, estoy saliendo con alguien.
-Es fulano de tal.
-Sí, es fulano de tal.

La verdad es que sólo estábamos saliendo como amigos, pero de igual forma dejé que Jorge lo interpretara de otra forma.

Entonces, lo vi acercarse a tomar uno de mis instrumentos dentales.

-Deja eso ahí porque lo voy a ocupar -dije alzando la voz-.

Cuando le hablaba en ese tono siempre me obedecía. Retiró la mano. Ahí me descuide unos segundos; segundos en los que giró sobre sus pies y comenzó a golpearme con los puños. Al

pillarme desprevenida me botó al suelo y comenzó a patearme. Los golpes eran fortísimos, sentí la sangre en la nariz y en la boca. De igual forma no pedí auxilio. Sin embargo, cuando me tomó del cuello y quisó golpearme la cabeza contra la pared dí un gran grito. Los funcionarios que estaban afuera y se encontraban atentos a auxiliarme entraron corriendo. A pesar de los tirones que ellos hicieron Jorge siguió intentando golpearme la cabeza contra la pared. Entonces mi amiga, como una forma de protegerme me cubrió con su brazo, llegándole a ella todo el golpe. Su grito hizo reaccionar a Jorge quien me soltó asustado. Aproveché entonces para irme, aunque él se quedó diciendo groserías.

Paula fue entonces a la Posta y a Carabineros y siguió paso a paso desde su convalecencia el juicio iniciado. En alguna medida podía sentirse contenta, ya que su abogado le aseguraba que esta vez Jorge sí iría a la cárcel, pues las lesiones habían sido de mediana gravedad. Sin embargo, toda la situación posterior que se había gestado en el colegio la hacían sentirse profundamente desvalida e impotente.

Cuando volví al colegio, después de un mes de reposo, me enteré que la secretaria que supuestamente era mi amiga, por presiones de la directora había pasado sus lesiones por accidente de trabajo. Además, cuando quise reintegrarme, la directora, para asombro mío, me pidió que dejara el cargo. Jorge había venido a hablar con ella y además de decirle que me había golpeado porque yo andaba con otro, la amenazó diciéndole que si seguía trabajando en ese recinto el nuevamente volvería a maltratarme. La posibilidad de que su colegio apareciera prontamente en la crónica roja de los diarios y la creencia de que Jorge en parte había tenido "razones", la llevaron a mantener su decisión de despedirme. Pero no lo pudo hacer. Recurrí a abogados e intentó aislarme en el colegio. A partir de ese momento no me llegó nunca más una invitación a participar de alguna actividad extraprogramática.

A pesar de la fortaleza que mostró Paula al enfrentar a la dirección del colegio y al mismo Jorge, que claramente intentaba invalidarla laboralmente, su antiguo miedo se transformó en terror.

Comenzó a utilizar diferentes horarios en sus movimientos, nunca llegaba exactamente a la misma hora ni se iba a la hora supuestamente acordada. Cuando se quedaba hasta tarde en su consulta privada le pedía al mayordomo del edificio que la acompañara hasta su auto. Andar sola en la calle dejó de permitírselo. Y a través de amigos consiguió que Carabineros realizará cada ciertas horas una ronda por donde trabajaba. De igual modo le comenzó a costar abrir la puerta de su consulta, siempre imaginaba que en algún momento Jorge volvería a aparecer y a golpearla.

Varias veces, antes de que ella saliera a buscar a su hijo al colegio, Jorge volvió a recurrir a las amenazas por teléfono: "ten cuidado porque un día de estos te voy a matar". En otras ocasiones, encontrándose ella en las inmediaciones del colegio de su hijo, Jorge apareció en su automovil con actitud claramente intimidatoria. En dos ocasiones encerró su auto, frenando en seco en una luz roja y bajándose en forma amenazante. Otras veces, adelantándola con su vehículo, la apuntó con sus dedos en signo de pistola.

Los límites que sirve

Después de pensarlo largamente Paula hizo un gesto afirmativo a su abogado. "Creo que no me queda otra salida. Estaré el martes a las 6:30 firmando".

Paula sabía que a Jorge se lo había citado a la misma hora, aunque el trámite judicial que iban a gestionar se debía legalizar antes de las 6 de la tarde. Si no era así, la declaración

que Jorge y ella firmarían ese día asegurando no haber sufrido hasta la fecha ninguna actuación violenta, quedaba sin valor legal. Y así el trámite para conseguir la encargatoria de reo seguiría claramente en curso. Jorge no había querido contratar un abogado. Por lo mismo, al abogado de Paula se le había ocurrido utilizar este recurso para protegerla en parte un poco más. De igual forma, Paula sabía que la decisión de intentar que Jorge fuera declarado reo le podía costar la vida.

Y justamente, tal cual Paula se lo imaginaba, la misma mañana que a Jorge le llegó la sentencia, veinte minutos más tarde, irrumpió en su consulta.

-¡Te voy a matar, ahora sí que te voy a matar! ¿Por qué me engañaste con tu abogado, por qué lo hiciste?

-Jorge, por favor, estoy con una paciente, por favor retírate.

-No, no, sigue atendiendo, yo de aquí no salgo.

A la paciente le puse sólo una pasta. Entendiendo la situación me dijo: "doctora, le pido hora". En el papel de la supuesta próxima consulta le escribí un número de teléfono para que llamara. Le indiqué el fono y ella con la cabeza asintió. Me quedé un poco más tranquila sabiendo que avisaría que estaba en problemas. Jorge, mientras tanto, lloraba como un niño.

-Si me salió la encargatoria de reo no me importa matarte, si total igual yo estoy adentro.

Con una calma que me sigue asombrando hasta el día de hoy, prendí un cigarro, me senté tranquilamente sobre mi silla de trabajo y mirándolo fijamente le dije: "no sé de qué me estás hablando. Explícame, ¿de qué me estás hablando? Por favor pre-

gúntale a mi abogado, porque no es mi especialidad. Si quieres llámalo de aquí mismo. Yo creo que se trata de una equivocación así que por favor, cálmate".

Tomé mi cartera y le extendí una pastilla para los nervios. Se la tomó y siguió llorando.

-Pero Paula, ¿cómo se te ocurrió hacerme esto?

En un momento abrió bruscamente su maletín y yo pensé que iba a sacar un arma. Después se calmó nuevamente, aunque en más de un momento me dijo que me iba a golpear. Yo no me moví ni un milímetro del asiento. Hasta que al final lo convencí de que se fuera.

-Tienes que verificar primero, por favor conversa con mi abogado, a lo mejor es una equivocación.

Un mes después, cuando volvimos a hablar, aunque sólo por teléfono, me dijo entre otras cosas:

-Creo que si no hubieras tomado la actitud que tomaste yo te habría matado.

Jorge finalmente no fue encarcelado, pero quedó fichado y eso significa que nunca más puede ponerle una mano encima a su ex-esposa, porque si lo hace, no hay recurso legal que posibilite evitar su encarcelamiento. Sin embargo, esta encargatoria de reo se consiguió sólo porque los golpes a Paula fueron considerados de mediana gravedad y no leves, ya que en ese caso sólo le habría significado una multa.

Superado el arranque de rabia que Jorge tuvo cuando supo de la sentencia, y casi como un acto mágico, Jorge dejó de amenazar y presionar a Paula. Cambió radicalmente su estrategia para

intentar que ella vuelva con él. Hoy, desde su nueva situación económica, intenta volver a conquistarla.

-Te ofrezco una casa donde tú quieras, te ofrezco el vehículo que tú quieras. Paula, tú necesitas descansar. Yo te saco un pasaje a Hawai con una amiga si es que no quieres ir conmigo.

En las ocasiones que nos hemos encontrado me ha dicho: "Yo sé que si no me comunico contigo tú vas a estar más feliz. Sé que te estás acostumbrabdo a vivir sola y yo no quiero que lo hagas. Quiero que me extrañes, me vuelvas a necesitar. Si pudiera entregarte de a cinco mil pesos diarios la mensualidad lo haría porque eso te obligaría a verme. Yo sé que nunca voy a encontrar una mujer igual como tú, por eso nunca te voy a dejar de esperar".

La última vez que nos encontramos con Paula nos contó que poco a poco Jorge ha ido distanciando sus intentos por comunicarse con ella. Y ella día a día, en parte por lo más tranquilo que se encuentra Jorge con la prosperidad de su nueva empresa, ha comenzado a perder el miedo. Sin embargo, todavía no ha podido rehacer su vida con otro hombre, ya que Jorge sigue haciendo un control celoso de sus actos. Y la secuela de las golpizas continúa: la semana pasada le negó el finiquito al contrato de trabajo en el colegio donde Jorge le pegó por última vez. Los golpes para Paula siguen, entonces, existiendo como una realidad y a veces mucho más dolorosa.

PILAR

-¡Abranmé, abranmé por favor!

El ruido de los vehículos no permitía dimensionar la desesperación de su voz. Sus dedos aferrados a los barrotes de la reja de entrada, mientras sus manos remecían con toda su fuerza el portón metálico, eran testimonio del espectáculo que estaba dando. En tensión, eran casi partes del mismo fierro helado. Pero su angustia era más fuerte, nada importaba, sólo quería que le abrieran ese portón para entrar con el camión de mudanzas.

Al comprender que ninguno de sus futuros vecinos saldría a socorrerla -porque de eso se trataba, era auxilio lo que en realidad pedía a gritos-, recapacitó y miró el reloj. Eran las 10.30 de la mañana. La corredora le había dicho que a partir de las diez se podía mudar. Tenía derecho entonces a llamarla y a exigirle que se presentara inmediatamente con las llaves de la casa y de la entrada al pasaje.

Después de llamar a esa nada de puntual mujer -según reflexionaba su mentalidad alemana-, no recuerda cuantas veces más oprimió cada uno de los diez timbres en la pared aledaña al portón de entrada. Hoy también ha olvidado, porque la distancia aumenta la sensación de bochorno, la cantidad de veces más que gritó con la misma desesperación hacia el pasaje esperando que alguien se asomara.

Nadie le abrió y la corredora nunca llegó, pero sí los pintores.

Estos aún no habían terminado el trabajo. Así que dijeron que sólo podían poner a su disposición una parte de la casa. Pilar, que sólo quería un espacio para descargar lo traído en ese primer viaje y así poder regresar rapido a su ex-casa, donde sus hijas más pequeñas seguían embalando muebles y objetos, les dijo que no había problemas, que ella se conformaba con poco.

Al poner los primeros pies en la nueva casa, recorrerla y abrir cada una de las puertas, sin creer que se trataba de ese reducido espacio, empezó a llorar a gritos. Los pintores no entendían nada y Pilar tampoco intentó explicarles, sólo lloró y lloró.

Todo había sido una comedia de equivocaciones. Su hija mayor, quien vio la casa antes de arrendarla, no recorrió esa sino la vivienda del lado, que por coincidencia también se arrendaba. Era mucho más grande e incluso tenía terraza. Por eso llamó a Pilar a la oficina -donde no podía pedir muchos permisos para hacer ella misma las gestiones- minutos después de verla y contarle que era maravillosa, que no dudara en firmar el contrato esa misma tarde.

Pilar siempre vivió, mientras estuvo casada, en grandes caserones llenos de luz y atiborrados de todo tipo de artefactos eléctricos que hacen más fácil el trabajo doméstico. Su ex marido así la había acostumbrado. Por eso no pudo conformarse con la explicación de su hija; mientras Silvia avanzaba en las explicaciones ella más lloraba. Se sentía presa de la mala suerte.

La noche anterior a la mudanza no había podido dormir. Temía lo peor, sentía que Eduardo, su ex esposo, era capaz de todo. Tanto le temía que por primera y única vez había pedido a sus cuatro hijas que mintieran a su padre, mejor dicho, que no le contaran lo del cambio de casa. Pero cuando esa misma noche Eduardo llegó a visitarlas y preguntó por el conjunto de cajas reunidas en una y otra pieza, las más chiquitas, sin saber mentir, le dijeron que mañana se iban. Al llegar Pilar de la oficina y enterarse de lo ocurrido decidió llamarlo:

-Eduardo, como te habrás enterado, me cambio de casa. Te llamaba para preguntarte qué es lo que me puedo llevar.

Un interminable silencio fue la respuesta. Pilar, esperando por lo menos una grosería agregó para incitarlo a responder:

-Eduardo,¿ me estás escuchando?

La línea continuó en silencio.

-Eduardo, mañana me voy. ¿Qué quieres que me lleve?

Sin recibir siquiera el sonido de su respiración, aunque Pilar estaba segura que se encontraba tras el teléfono, decidió colgar. Su angustia era todavía más grande. Recordaba bien las dos veces, después de separarse, que él había ingresado con la fuerza pública a su hogar; y las muchas veces más que se había paseado por cada uno de los dormitorios aduciendo estar en su derecho, otorgado por ley, por estar todavía casado y pagar el arriendo.

La primera vez que entró con la policía fue cuando Pilar, cansada de que su empleada la llamara a la oficina para contarle que otra vez su ex marido estaba en la casa llevándose cosas, cambió un día la chapa. Eduardo, al darse cuenta del hecho recurrió a carabineros y minutos después se presentó con el oficial de turno para que se le entregaran las nuevas llaves.

La segunda vez fue sólo para dejar constancia de las últimas cosas que se llevaba. No hubo ningún inventario en vista de la ausencia de la dueña de casa. Los carabineros se remitieron a observar como Eduardo se llevaba las cosas que él decía eran suyas.

Ese día Pilar perdió sus tres cuadernos más queridos, además

de su pasaporte. En ellos estaban anotados sus sentidos más íntimos. Hacía 6 meses asistía a un Taller sobre sueños, y desde el primer día, cuando la luz de las mañanas no alcanzaba a borrar las lúdicas o fantasmagóricas imágenes oníricas, ellas las describía una a una en esas páginas. Amaba esos cuadernos por sobre todo y su marido lo sabía.

De una forma casi similar se había encariñado con cada uno de los objetos de su hogar, por lo mismo le resultaba casi imposible determinar de cuales podría prescindir. En la desesperación causada por todos esos pensamientos, y que a esas alturas de la mañana y de los hechos ya bordeaba la histeria, Pilar dijo entre llantos:

-Aquí no cabemos, en esta casa no cabemos. ¿Dónde voy a meter los muebles?

Su cuñada, que también la acompañaba esa mañana como una forma de apoyarla en los momentos difíciles, pues entendía el desafío que implicaba para Pilar mudarse en esas condiciones, creyó oportuno intervenir por primera vez:

-Pilar, aquí tienes dos posibilidades: o llamas a la corredora y le dices que te equivocaste y echas para atrás todo y vuelves a la casa, hablas con Eduardo y le dices lo mismo, que te equivocaste y te vas a quedar ahí hasta encontrar algo más apropiado; o te haces mujer de una vez por todas y asumes esto. Además, pienso que con el dinero de que dispones, este tamaño de casa es el único al que podrás acceder.

Pilar no fue insensible a la dureza de esas palabras, pero supo también que en ellas había un gran cariño y una clara mirada a la situación que enfrentaba. Hacía tres meses que Eduardo no pagaba la casa que estaba dejando, el dueño la había llamado

diez días antes reclamando ese dinero, sabía que no lo podía hacer y no tenía ninguna seguridad que Eduardo asumiría esa deuda si le explicaba esa negra comedia de equivocaciones. No tenía, además, ninguna de las cuentas al día, todo el traslado lo estaba haciendo sin salvoconducto, por tanto, en cualquiera de esos viajes podría ser detenida.

Irme donde Eduardo -pensó Pilar- ni por nada. Volver y decirle que me equivoqué, de ninguna manera. Aquí vamos a caber como sea. Sé que si vuelvo, él va a barrer otra vez conmigo y con mucho más saña. Tengo miedo. Una vez renuncié al trabajo por querer salvar la relación y Eduardo se comportó mucho peor. Me quedo. Que sea lo que Dios quiera.

Transacciones

Acomodó su espalda contra la ventana, el sol entraba a raudales. El frío que sentía comenzó a disiparse. Sin haberlo pensado y casi como un símbolo Pilar quedó ubicada justo frente a la puerta de salida de la habitación. No pudo dejar de pensar que lo mejor sería traspasar ese umbral. La inyección, a pesar de sus 19 años, le parecía cada vez más grande y Eduardo le había advertido que era dolorosa ya que era de las del tipo aceitosas. Antes que Eduardo introdujera el líquido en la jeringa Pilar tomó la decisión: Anda a dejarme por favor a mi casa, yo no me voy a poner esta inyeccción.

-¿Dónde andabas? -preguntó su madre a modo de saludo cuando Pilar cruzó el hall de entrada sin mirar hacia el living y queriendo estar dentro de su cuarto para que nadie la molestara-.

-En lo de Eduardo -respondió Pilar, sin dejar de subir la escala-.

Ya en su pieza prendió la radio y se puso a llorar aferrada a su almohada. No quería que su madre se enterara, siempre estaba vigilando y escuchando todo.

-Yo sé poner inyecciones -recordó las palabras de Eduardo días atrás-. Mientras hice el servicio militar me toco hacerlo con muchísimos caballos. Unos amigos me contaron que existe una inyección para abortar, yo me la podría conseguir.

Ese día Pilar sintió la angustia en el estómago. En realidad esperaba otra respuesta, imaginaba que él no iba a dudar en casarse. Sin embargo, cuando Eduardo terminó su larga explicación, en gran medida por la tranquilidad que trasuntaba, pensó que era la mejor solución. Nadie se enteraría y menos su madre, y con Eduardo podrían seguir unos años más pololeando. Cinco días después, al ver la jeringa y ese líquido que se notaba espeso, el miedo pudo más que todas sus ganas de complacerlo. Miedo siempre había sentido cada vez que se vacunaba, pero enfrentar esa aguja era igual a un terror incontrolable.

Las alegres salidas en moto con su pelo rubio al viento, las noches de sábados con los pies exhaustos después de tanto bailar, las habituales idas al cine y a comer, sentía que eran parte de un pasado muy lejano, aunque tan sólo llevaba tres días sin salir con Eduardo, luego de haberse separado después de toda la historia de la inyección.

Una semana más tarde Eduardo la convenció para que se vieran. Siempre lo hacía. Pilar sentía en él un poder especial. Quizá por eso su madre no lo quería, o bien por ser diez años mayor y ya tener una profesión.

-Ese gallo encontró arcilla -le decía cada tanto su mamá- y no hay duda que la quiere moldear.

Quizá de tanto repetirlo y también porque a veces ella misma vivenciaba la posesividad de Eduardo, Pilar, en los dos años que llevaban pololeando, a veces tuvo dudas de seguir con él. Pero en realidad lo pasaba estupendo. Entonces, esas actitudes de Eduardo no las podía explicar más que por un "qué rico, se preocupa de veras por mí".

Cuando Pilar y Eduardo se volvieron a encontrar, él había cambiado de actitud, quería casarse, el aborto era algo olvidado lo que a Pilar confundió mucho. En alguna medida ella, desde que hizo por primera vez el amor, sabía que más tarde o más temprano lo haría. En su concepto se podía perder la virginidad, pero sólo con el hombre con quien uno iba a contraer matrimonio.

Yo le tenía miedo a mi mamá. No sabía como plantearle lo que me pasaba. Un día me animé y le dije que me iba a casar. Ella, sumo dos más dos son cuatro, sin tener nada que adivinar. También optó porque yo abortara. Me dijo que íbamos a ir al médico y que si estaba realmente embarazada iba a averiguar donde podía hacerme un aborto. Eduardo, al contarle, hizo un gran escándalo diciendo que él iba a defender lo suyo.

-Si tú te haces un aborto, yo denuncio a tu mamá con todo el apoyo médico y con el mejor abogado del mundo.

Ante esa doble presión, Pilar terminó convenciéndose de que la mejor opción era casarse.

Ahí me dije: en realidad casarse con él no puede ser tan malo, no puede ser como me lo pinta mi mamá. Creo que soy capaz de asumir todo eso, además, me imagino que va a ser bien entretenido, porque él es una persona bastante entretenida.

Siete meses después nació Ana María. Una propuesta de trabajo en Estados Unidos los hizo viajar tres meses después

de su nacimiento. Pero en ese primer período de lactancia Eduardo intentó apartar sistemáticamente a su suegra de esa guagua.

-No dejes que tu mamá la toque; si tu mamá no la quiere.

Desde el momento en que Eduardo defendió la vida de su hija borró de su conciencia lo que fue su opción en un primer momento. Incluso, hasta poco antes de separarnos Eduardo seguía culpando a mi mamá, según él fue ella quien quiso que yo abortara. Y yo por muchos años me creí ese cuento, y te digo que por mucho años, hasta que un día recordé que su primera reacción fue salir arrancando y no asumir sus responsabilidades.

El trabajo

La puerta del dormitorio estaba cerrada, sin embargo, los gritos de Eduardo se oían en toda la casa.

-¿Por qué lo hiciste?
-Porque tenía ganas de hacerlo.
-¿Pero por qué?
-Pero Eduardo, yo necesito trabajar, necesito salir de la casa.
-¿Pero por qué, acaso yo te fallé como hombre?
-No se trata de eso.
-¿De qué se trata entonces?
-Estamos con problemas económicos, tenemos una situación diferente.
-¿Pero por qué no me lo dijiste a mí primero?
-Yo soy la más sorprendida, no pensé que me iban a llamar tan luego.

Pilar, cuando envió su primer currículum jamás imaginó que la iban a seleccionar y una semana más tarde le ofrecerían el cargo. Estaba tan alejada de las urgencias y los ritmos del mundo laboral que se contentaba con conseguir algo antes de cumplir los cuarenta. Como tenía 37, y así se lo dijo a una de sus amigas, le quedaban tres largos años para encontrar algo. Por lo mismo, sólo cuando el aviso del periódico fue evidente ante sus ojos, decidió mandar su currículum. Estaba consciente que se trataba de unas ganas y nada más.

Desde que habían vuelto de Alemania andaba con esa idea en la cabeza. En ese viaje de negocios a la tierra de sus ancestros, donde aún tenía familiares, se dio cuenta que dominaba perfectamente el alemán y se podía desenvolver con facilidad en el mundo del trabajo. Si bien era la secretaria personal de Eduardo, y en esa calidad viajaba, en la Feria Internacional a la cual asistían se sintió valorada. Esas relaciones la alentaron a pensar en un trabajo independiente.

-¿Cómo es posible que me entere por otras personas que mi mujer decidió trabajar?

Pilar no sentía un acto de traición el no haberle dicho, quizá porque no dimensionaba el miedo que a él le provocaban las omisiones aunque fuera por buenas causas. La madre de Eduardo, cuando el tenía 5 años y su padre desapareció, le dijo a modo de explicación que se había ido de viaje. Durante toda su infancia y adolescencia Eduardo vivió con un gran sentimiento de abandono; más tarde, al enterarse que a su padre lo habían internado en un hospital siquiátrico, sintió un enorme sentimiento de traición. Pero Pilar, como había olvidado ese pasado, casi no contado por Eduardo, con rabia e impotencia contestó:

-¿Y para qué te lo iba a contar, si sabía que me ibas a decir que no?

-Entonces, ¿por qué lo hiciste, sabiendo que te lo iba a prohibir?

-¿Pero con qué derecho tú me puedes prohibir algo? Además, si no te quieres dar cuenta, estamos mal económicamente.

Eduardo en su infancia sabía lo que era carecer de todo. Cuando su padre desapareció, tuvieron que deshacer la casa y partir con su hermana menor a un internado. Su madre había empezado a trabajar y no tenía con quien tenerlos. El alcanzó a estar un año, sin embargo, su hermana estuvo ocho. Cuando su hermana llegaba los domingos a la casa, Eduardo hacía las veces de papá con ella y de dueño de casa, con todas las preocupaciones que ese rol significaba. Tal vez por eso, desarrolló una carrera profesional muy rápida y se propuso surgir económicamente. Y también por lo mismo, la nueva inestabilidad económica lo llenaba de inseguridades.

-Nos restringiremos, pero no vas a dejar a las niñas botadas.

-Tú hablas de restringirte, cuando eres el que más gasta. Además, las niñitas no van a quedar botadas, son grandes y tú trabajas en la casa y las puedes ver cada tanto.

-Ah, ahora estás disponiendo de mi tiempo.

-No, no te preocupes, Eduardo, yo voy a poder hacer todo de igual forma.

Por mucho que Eduardo reclamara, Pilar se sentía comprometida con el trabajo. Pero a la vez, y sin reconocerlo ante él, no podía dejar de sentir una terrible culpa por abandonar a sus hijas. Ella siempre hacía las cosas para agradar a otros -cuando se casó con Eduardo se dedicó exclusivamente a su hogar-. Sin embargo, esa propuesta de trabajo era única, se

trataba de uno de los estudios de abogados más importantes del país.

Ocho años atrás, cuando la menor de sus dos hijas mayores tenía cinco años, había decidido por primera vez salir a trabajar. En ese tiempo todavía vivían en Estados Unidos y como en ese país no existe el servicio doméstico había conseguido que su suegra, quien también vivía allá, asumiera el cuidado de las niñas. Eduardo, bajo esa condición, aceptó. No obstante, buscando trabajo Pilar se dio cuenta que estaba embarazada otra vez.

Yo lloraba, gritaba, vociferaba de impotencia, pero tampoco quise hacerme un aborto. Recién cuando nació la tercera me empecé a relajar. Recuerdo que en ese tiempo me dije: si soy mamá más vale que lo acepte. Y fui feliz. De paño en la cabeza, empapelando la casa, con mi huerta, las dos mayores en el colegio y yo dedicada a esta otra. Fue tan así que quise tener una cuarta, para tener dos grandes y dos chicas. Aunque en esa época Eduardo no estaba muy bien económicamente, de igual forma la tuve. Fue la única de mis cuatro hijas que yo decidí tener. Eduardo me echó siempre en cara el haberlo contrariado: "saliste al final con la tuya".

A los tres días de estar en su trabajo, Pilar no podía creer lo fácil que resultaba todo. Además sentía que iba a ganar una fortuna por algo que le parecía un juego de niños. Dominaba perfectamente el inglés y el alemán y el oficio de secretaria lo había ejercido antes de casarse. Sin embargo, nada de eso podía contar en su casa, menos que estaba contenta. Eduardo continuaba profundamente molesto por la decisión tomada y su forma de expresarlo era no ayudarle en nada, exigirle el doble y discutir por todo.

Durante el día olvidaba que era mamá y dueña de casa, pero daban las 6.25 y me transformaba. En la micro era un atado de nervios y llegaba a la casa y me invadían las culpas. Al entrar levantaba la mesa del desayuno, luego lavaba y hacía la comida.

Parecía una autómata, no me sacaba ni la chaqueta y me ponía a limpiar, hasta que llegaban las niñitas y me decían: "sácate el abrigo, mamá, sácate la cartera por último".

Eduardo, en esa época comenzó a exigir todo. Que le faltaban botones a sus camisas, que la ropa estaba mal planchada, que en esta casa no se come, que a qué hora se come, que ya vamos a comer tallarines, etc. Antes de trabajar, le respondía: "repasa tú el planchado o anda tú a comprar". Pero a partir de ese período si llegaba a decírselo, inmediatamente me contestaba: "cómo se te ocurre, si para eso estás tú".

Los miedos que originan rabias

El reloj de la cocina marcaba las 7.30 de la mañana. El cornflake se había acabado. Decidió remplazarlo por avena, aunque sabía que a Eduardo no le gustaba. No importará que no coma un día, pensó Pilar rápidamente y dispuso sólo cinco platos en la mesa. No podía perder un minuto, la puntualidad en su oficina era una exigencia y aún quedaba por preparar los termos con el almuerzo para sus cuatro hijas. Si bien las dos mayores tenían 16 y 14 años y perfectamente podían hacerlo solas, ella resolvía todo lo que tuviera que ver con la casa, era una forma de compensar el tiempo que no les dedicaba en el día.

Eduardo, ya duchado, bajó primero que todos a la cocina, y al ver la caja de cornflake en la basura y la avena en los platos, comenzó una de las casi diarias discusiones desde que Pilar aceptó el puesto de secretaria trilingüe. Habían pasado cinco meses.

-Eduardo, por favor déjame tranquila -dijo después de oír una inmensidad de reproches- tengo que vestirme, se me hace tarde.

-¡Siempre tienes tiempo para otros! -contestó enfurecido, y luego cambió el giro de los improperios. De ser mala madre y mala dueña de casa ahora también era una puta, se acostaba con todos los hombres de la oficina-.

Pilar, acostumbrada en parte a estas escenas de celos, le fue respondiendo sin llorar una a una sus provocaciones. Generalmente no podía contenerse, la impotencia en esas situaciones era más fuerte y las lágrimas brotaban solas. Se sentía responsable de esos miedos, ya que durante 5 años le había mentido a su marido sobre lo que sentía sexualmente. Pero a la vez estaba cierta que lo había hecho sin gran conciencia, no sabía cuánto había que sentir, lo único que tenía claro era que había que complacer. Por lo mismo, cuando su marido, mientras pololeaban, le pidió que hicieran el amor, ella aceptó para complacerlo, y así, sin preguntarse mucho más, lo siguió haciendo de esa forma. Sin embargo, a los cinco años de casada y al interactuar con otras mujeres y darse cuenta que padecía de frigidez, lo reconoció ante Eduardo para transformar y mejorar su relación de casados.

Quizá por el convencimiento acumulado de que en esos años no había ninguna mentira de su parte, sólo el deseo muy honesto de trabajar, Pilar no lloró en esa ocasión. Fue rabia más bien la que sintió y por lo mismo le contestó a su marido en el mismo tono y en forma desafiante

-Acaso no te sientes hombre y piensas que me he metido con uno y otro.

Sin siquiera imaginárselo, se encontró en el suelo recibiendo una cachetada tras otra. Los golpes eran fuertes, primero habían sido en plena cara, después los sintió en la cabeza. No intentó defenderse, sólo protegió su cara.

No podía dimensionar cuantos segundos, habían transcurri-

do desde que comenzaron los golpes; imaginaba que eran muchos y sus hijas podían bajar. Le gritó a Eduardo que parara, que por favor se detuviera. Fue entonces que divisó a Susana, la más chiquita. Sus ojitos lo expresaban todo.

-¡Eduardo, para, está la Susana detrás tuyo!

Los golpes se detuvieron en el acto y Pilar, llorando, se incorporó del suelo y tomó en brazos a su hija. Sin poder contener la rabia y sin medir el daño que con ese hecho agregaba, dijo:

-Tu papá es un maricón.

Ahí me vestí y me fui al trabajo. No me veía como protagonista de lo que había sucedido, como si le hubiese acontecido a otra mujer y no a mí. Pero cuando pasó por segunda vez, dije no, esta cuestión no la puedo dejar así, y por las recomendaciones de una amiga partí a la comisaría más cercana. Ahí me di cuenta que la denuncia no tenía ningún valor, a no ser que yo hubiese seguido el trámite hasta el final. Y además no estaba segura que era lo que pasaba en esa última fase. ¿Lo mandaban a la cárcel?, ¿tenía que pagar una multa?, qué le iban a hacer a Eduardo si es que le hacían algo; no sabía.

La segunda vez que Eduardo la golpeó fue en primavera. Estaban los dos conversando en la puerta de la casa apoyados contra el auto. El tema era el dinero y para Eduardo era difícil dialogar con tranquilidad. Siempre se había proyectado como el único proveedor, por lo mismo, ella cada tanto le decía: "Eduardo, no dejas de ser hombre por tener problemas económicos".

Después de discutir un buen rato, Pilar, con mucha rabia por el hecho de que Eduardo no pudiera asumir esa realidad, dijo en un tono soberbio:

-No te preocupes, ya pagué el viaje de estudios de Ana María. Además, qué importa quien paga qué.

Eduardo, quien se había cuidado de no gritar por encontrarse en el patio delantero de la casa, le tomó con una mano la cabeza y se la estrelló contra el piso.

No fue tanto el golpe, pero me pegué en una de las cejas, una parte tremendamente sensible. El ojo se me puso de todos colores. Justo volvió Ana María de su viaje y coincidió con su cumpleaños. Vino mucha gente. Entonces, a pesar del maquillaje se me notaba igual. Ahí invente un cuento: la luz se apagó y choqué contra la puerta.

Fue después de esa pelea que Pilar decidió contar lo que sucedía a su cuñada.

-Debes controlarte, si él es loco no seas loca tú también. Tienes que aplicar lo que aprendes en la terapia o si no, no te está sirviendo para nada. No enganches en sus rabias.

Por momentos los consejos de su cuñada le resultaban difíciles de asumir y por lo mismo cada día le fue contando menos cosas. Eduardo la provocaba constantemente y si aunque muchas veces dejaba pasar esos tontos miedos, esquivaba una u otra cachetada y recibía alguna no esperada, también sentía que la rabia se acumulaba y no podía dejar de responder, verbalmente por supuesto. Las más de las veces sólo lloraba y se veía envuelta en un sin fin de justificaciones, pues Eduardo le pedía cuentas diarias de todo su quehacer.

Al año y medio de estar trabajando la situación en mi casa era insostenible. Entonces empecé a culpar a la oficina. Que me dan mucho trabajo, que aquí, que allá. Al mismo tiempo que me preguntaba cómo había dejado pasar tantos años sin trabajar si era tan fácil. Bueno, un día decidí renunciar, no quería que mi matrimonio fracasara. En la oficina no lo podían creer porque yo sólo dije que quería volver a asumir bien mi hogar. Sin embargo, de ahí en adelante todo lo que te diga es poco. No porque hubo más golpes sino porque las humillaciones no terminaban nunca. Qué quieres Eduardo, le decía, sin entender. Había imaginado que una vez que renunciara iba a recuperar la tranquilidad.

Eduardo se sentía muy orgulloso de que su mujer, con el primer currículum enviado, había sido aceptada en uno de los estudios jurídicos más prestigiosos -nunca lo reconoció ante Pilar, pero sí ante sus amigos-. Pero, asimismo, no soportaba que no estuviera en la casa bajo cuatro llaves.

Esta dualidad, y la supuesta humillación que para él significaba el desafío de Pilar al salir a trabajar, lo llevó a negarle el dinero, una vez que ella regresó a ser únicamente dueña de casa.

Según él, yo tenía plata guardada y ese dinero tenía que gastarlo hasta el último centavo. A los tres meses de estar en la casa me empecé a dar cuenta que mi renuncia no había tenido sentido, Eduardo seguía igual de violento y más encima ponía problemas para mantenerme. Además como él trabajaba en la casa estábamos todo el día juntos. Y al caminar por el pasillo toda su presencia me molestaba y la mía imagino que a él también.

Al cuarto mes de haber renunciado Pilar consiguió un reemplazo en las Naciones Unidas. Cuatro meses más tarde la llamaron nuevamente del estudio jurídico para que asumiera también otro reemplazo. Posteriormente le ofrecieron recontratarla. Ese reconocimiento profesional significó en Pilar una mayor seguri-

dad en ella. Para Eduardo fue casi imposible de asumir, las peleas eran casi diarias y el control en forma permanente. Pero Pilar comenzó a responderle cada vez con mayor dominio de la situación.

Una tarde, antes que ella volviera de la oficina, su marido salió con sus tres hijas mayores y algunas amigas de ellas a andar en bicicleta. Eduardo decidió no llevar a la más chiquita pués se cansaba rápidamente; además Pilar llegaría a las 7 como siempre acostumbraba.

Susana los salió a despedir hasta la reja de calle y los vió irse con sus atuendos de colores y sus bicicletas último modelo.

-Espere a la mamá -le dijo Eduardo a Susana al despedirse- está por llegar. No salga a la calle, juege en el patio.

Después de esperar un rato junto a la reja, Susana decidió entrar a la casa. Pero sus deseos se frustraron cuando se dió cuenta que la puerta se había cerrado. Alcanzó oir el teléfono e intentó cruzar entre las protecciones de la ventana, pero ya estaba más grande y por mucho que se esforzara no cabía. Era Pilar intentando por segunda vez comunicarse. Quería avisar que no llegaría a la hora acostumbrada, pués iría con una amiga a tomar once. Como nadie le contestaba pensó que todos andaban en el supermercado y decidió llamar más tarde.

A las 8 de la noche volvió a llamar y tampoco nadie le respondió. Quedó preocupada y por lo mismo volvió a discar a las 8 y media y a las nueve. Por fin su hija mayor contestó el teléfono.

-Mamá vente inmediatamente.

Cuando Pilar llegó a la casa Susana continuaba llorando en las faldas de su hermana mayor. Eduardo le dió el saludo:

-Adónde andabas puteando.

Mi primera reacción fue sentirme muy culpable de todo lo sucedido. Y dejé por lo mismo que Eduardo me subiera y me bajara; tenía toda la razón del mundo. Pero con los días fui pensando que en realidad no era tan así, que yo no era la única responsable. Entonces, en otra pelea, cuando salió el tema, se lo dije:

-Por qué estabas tan seguro que iba a volver a esa hora. Podría haberse quedado en pana la micro o también podría haber tenido trabajo extraordinario a último minuto. Además estaba tratando de avisar. Por qué no llevaste tú a la Susana o por qué saliste a andar en bicicleta un día de semana.

Pilar sentía que su respuesta había sido tardía, pero en alguna medida estaba contenta. Años atrás jamás se habría imaginado respondiéndole así a Eduardo. Su forma de reflexionar le parecía tan sólida que a ella ni siquiera se le ocurría que habían otras formas de mirar y actuar ante una determinada situación.

Ojalá hubiera tenido más rapidez mental para no enganchar en su lógica y para contestarle sobre la marcha. A los cuatro años de separación recién me estoy dando cuenta. Bueno, también fue un proceso de educarme así. Yo tenía 17 años y el 27 cuando nos conocimos. Además soy una persona tremendamente flexible, moldeable.

Dos meses antes de separarse un hecho similar volvió a suceder. Pero esa vez Pilar concientemente no quiso decirle a Eduardo que haría después de la oficina, sólo le comunicó a sus hijas que llegaría tarde.

No le voy a avisar donde voy -me dije- no tengo por qué estar siempre justificando todo y avisando cada paso que doy. No estoy haciendo nada malo. Salí entonces con una amiga a tomar

té. Volví tipo once de la noche. El estaba cenando con la mayor a la luz de las velas. Al principio fue tranquilo, pero cuando subimos a la pieza me gritó que cómo era posible que su hija tuviera que asumir los roles que yo dejaba de hacer, y que dónde andaba. De dónde vienes dijo, sugiriéndome que estaba con otro. Hacía dos años que venía escuchando sistemáticamente la misma fantasía. Entonces le contesté: a una pregunta estúpida vas a recibir una respuesta estúpida. Y ahí, con mucha crueldad reconozco, conté una mentira, inventé que andaba con otro. El creyó todo y a mí me dió entre risa y pena, sólo una mente enferma podía creerse ese cuento.

-Pégame, pégame si eso te hace sentirte más hombre, no te preocupes tengo alguien que me defienda -grito Pilar con más rabia aún cuando Eduardo intentó agredirla-.

Esa fue una de las últimas grandes peleas antes de separarse. Muy poco amor quedaba entre ambos, y la terapeuta que atendía a Pilar sugirió que era el mejor camino, que en cualquier momento, producto de las rabias acumuladas, podían perféctamente violentarse aún más.

CECILIA

Toda su figura era tristeza. Apoyada en el mostrador de la primera cafetería abierta, con la vista detenida en el teléfono público, sola, sin nadie con quien comunicarse, sintió que le costaba sostenerse.

No podía ser cierto todo lo ocurrido, pensó Cecilia. -¿Es qué acaso los Heraldos Negros existen?-.

Casi como respuesta acudió a su memoria la cara y las palabras de su suegra:

-Por qué vienes con estas mentiras Cecilia, mi hijo no es capaz de levantarle la mano a nadie. Por qué nos despiertas a las once y media de la noche para oir estas atrocidades.

La reacción de la señora Josefina la hizo enmudecer. Sólo siguió con la mirada a su suegra, que con una bata llena de velos recorría su fastuoso living cacareando como una gallina -Cecilia no pudo dejar de hacer esa asociación-. Sin embargo, cuando minutos después vió que tomaba el teléfono celular para llamar a su querido hijito, para corroborar, o mejor dicho, para desmentir todo lo dicho por ella, fue inevitable que le increpara:

-¿Es que acaso usted no me cree?
-¿Y tú esperas que yo crea este tipo de calumnias?
-Don Orlando -agregó Cecilia, dirigiéndose a su suegro que

se encontraba en silencio en el umbral del comedor- usted también piensa que yo vengo a su casa a estas horas de la noche a inventar historias.

El gesto mudo de su suegro lo expresó todo. Sintió entonces que no tenía nada más que hacer en esa casa, y sin esperar conocer lo dicho por Ricardo a través del teléfono, tomó su bolso y se marchó:

-Esta bien, hasta luego -dijo a modo de despedida-.

La noche estaba fría y no tenía claro a dónde ir. Fue entonces que decidió refugiarse en ese café para pensar con tranquilidad que iba a hacer.

El teléfono amarillo seguía esperando que alguien lo tomara. Pero Cecilia, el último cliente de la noche, todavía no tenía claro a quien llamar. Para apurar esa decisión sacó de su libreta telefónica y fue recorriendo página a página los números anotados. A pesar de la angustia, su dedo índice no se detuvo en ningún número y fue dejando atrás nombre tras nombre de cada una de sus tantas amigas. No las podía llamar, era una verguenza despertarlas para contarles que Ricardo la había golpeado y además agregar que sus padres y sus suegros no la habían querido acoger.

-Sí -pensó- mis padres también, -y sin poder evitarlo se le nublaron los ojos de lágrimas-.

Antes de ir donde sus suegros había recurrido a ellos sin encontrar ningún cobijo.

El espejo del mostrador le devolvió su imagen. Estaba empañada. No podía delinear sus contornos, asimismo le habría gustado recordar la respuesta de sus padres hasta borrarla.

-Es tú problema Cecilia -le dijeron casi a coro los dos- hace muchos años te fuiste. Tú sabes que nosotros no aprobamos esa decisión, podríamos habértela prohibido ya que eras menor de edad, pero la respetamos. Tú nos dejaste a nosotros y a tus hermanos porque según tú te sentías sobre exigida en esta casa.

Años después, cuando comenzaste con Ricardo nosotros te advertimos que ese hombre era mucho mayor que tú, con un matrimonio y tres hijos a cuestas y de un carácter complicado. Pero tú hiciste al final lo que quisiste y ahora, al enfrentar el primer problema, nos pides que te alojemos por algunas semanas hasta reubicarte.

No. No Cecilia, es tu vida y tú tienes que jugártela para rescatarla, salvarla, mantenerla o botarla. Sólo te ofrecemos llevarte a tu casa.

La frialdad de esas palabras, a pesar de las horas transcurridas y del café caliente que decidió servirse, aún la entristecían. Trató de explicarlas por el pragmatismo que los caraterizaba. Desde muy chiquita los vió siempre trabajando, siempre leyendo. Llegaban a tanto los deseos de ambos de formarse y surgir que le pedían a ella que los apoyara en todo. Y sí que habían salido adelante, de no tener nada, ni educación, ni apellido ni dinero, hoy eran una familia con excelente posición. De toda esta historia ella rescataba que nunca se hubieran vuelto arribistas, pero el costo que tuvo fue la falta de comprensión afectiva, nunca habían tenido tiempo para ese ámbito de la vida.

Cuando me fui de la casa de mis padres no conocía todavía a Ricardo. Había terminado mi carrera universitaria super acelerada porque había salido a los 16 años del colegio y en tres años tomé todos los ramos, solamente me quedaba hacer la práctica profesional. Como conseguí que me la pagaran decidí irme. A los 14 años había descubierto el rol agotador que recaía sobre mí. Me acuerdo que a esa edad decidí ir a terapia. Un día, que me sentía muy sola y tremendamente exigida por ser la mayor, busqué en

la guía de teléfonos y llamé al primer siquiatra que encontré. Después de algunas sesiones el tipo me dijo: "bueno, tenemos que hablar con sus papás". Sin embargo, ellos nunca fueron, siempre tuvieron una excusa, entonces yo decidí que la única solución era alejarme al más breve plazo. Eso implicaba ponerles muchos límites e irme. Y así lo hice a los 18 años.

Cuando Cecilia llegó a la casa de sus padres habían pasado cinco años, hacía solamente dos que estaba casada con Ricardo. Cada tanto se veían, pero era la primera vez que les venía a pedir algo. Ellos después de escuchar atentamente le dijeron:

-Come algo, dile a la Emilia que te prepare algo, nosotros vamos a conversar un rato.

Su nana, la Emilia, la cobijó entre sus brazos, ahí pudo por fin llorar amargamente mientras sus padres debatían sobre la respuesta más indicada. Finalmente salieron del dormitorio y después de esa larga argumentación se ofrecieron a llevarla.

-No muchas gracias, no me vayan a dejar a ninguna parte, les estoy pidiendo otra cosa y si no me lo pueden dar, hasta luego.

Fue entonces cuando Cecilia vió la posibilidad de ser acogida por sus suegros. Y más tarde, ante la negativa de ellos, decidió refugiarse en ese café.

Eran las doce y media de la noche y ahí se encontraba sin saber a quien recurrir. Cuando el dueño del bar le llamó la atención respecto a la hora, diciéndole que en diez minutos más iba a cerrar. Quizás el apremio de encontrarse nuevamente en la calle, sola, sin un teléfono y una dirección a donde ir, la impulsó a tensar sus intuiciones e imaginó a quien podía llamar. Se trataba de una mujer que conocía a través de su trabajo. Nunca

habían conversado mucho, pero en algunas ocasiones se habían contado una que otra intimidad. Casi siempre tenían que ver con el sentirse humilladas, mal en el rol de esposas, mal en el rol de dueñas de casa.

El número telefónico marcaba libre. Se demoraban en atender. Le dieron entonces ganas de colgar. Pero cuando sintió caer las monedas en la caja metálica se animó a preguntar:

-¿Podría hablar con Magdalena?

Sin mediar muchas palabras, Magdalena, que años atrás había vivido una larga experiencia de golpes, entendió lo que sucedía y la invitó a alojarse en su casa. Hasta altas horas de la noche compartieron sus experiencias.

Al día siguiente Cecilia partió a su trabajo. Su vida debía seguir, sus problemas tenían que quedar atrás, y así se lo propuso, por lo menos durante esos días. Cuando se disponía a irse del recinto laboral, mucho más tranquila consigo misma, advirtió la presencia de Ricardo.

Me desarmé entera. Pensé cuánta culpa tenía yo, yo, que no hacía las cosas que él esperaba de mí. Sentí rabia, dolor, todo mezclado. Quizás por ello acepté hablar con él.

Cuadras y cuadras caminaron conversando. Y paso a paso fueron saliendo las penas, las rabias y el dolor vivido. Al caer la noche se juraron un nunca más. Nunca más se permitirían llegar a agredirse verbalmente de esa forma, nunca más Ricardo podría utilizar su fuerza física para dirimir un conflicto.

Las imágenes que duelen

Sintió que se intensificaba la ya característica y a veces odiada oscuridad de la oficina. Quizás, pensó, es un problema de voltaje.

Miró la única ampolleta que había en la pieza. Detrás del gran sillón donde se sentaba Charosky -que por otra extraña razón le pareció aún más grande, más fastuoso- había una lámpara de pie con una ampolleta de intensidad no mayor de 60 watt. Por lo menos eso no había cambiado, se dijo, recordando las varias veces que se había detenido en esa luz mientras mascullaba lo dicho por el terapeuta. O quizás, volvió a pensar en el enigma de esa oscuridad, se hizó de noche y el leve foco de luz que entraba por la única ventana ubicada a sus espaldas ya no estaba. Curiosamente no se atrevió, o mejor dicho, no creyó oportuno girar la cabeza para comprobarlo. Era evidente que habían cosas más importantes, por ejemplo lo dicho recién por el doctor Charosky.

-Después del detenido estudio de personalidad que les he expuesto sobre cada uno, no me queda más que recomendarles que sería más adecuado la separación. En rigor, podrían seguir juntos, pero con un costo muy alto. Hoy son todavía golpes pequeños, mañana no lo sabemos.

Cecilia sintió una opresión en el pecho, sintió que no sólo le faltaba luz sino también aire. Ella había decidido tomar esa terapia, ella misma había dicho a Ricardo que por amor a su relación asistieran donde ese terapeuta. Con mucha angustia buscó la cara de su marido, necesitaba saber que expresaba su rostro. Lo vió tranquilo, abnegado, como asintiendo la veracidad del diagnóstico. Separarse -se oyó decir en silencio- vivir la cotidianidad sin Ricardo, sin ese ser tan tremendamente querible -se volvió a repetir sin poder imaginarlo-.

Trató entonces de recordar en qué momento se gestaban los golpes. Como siempre, sólo pudo ver imágenes dispersas de ella llorando, de portazos, de platos rotos. La razón específica por la cual ocurrían no se quedaba ni siquiera en su recuerdo; sólo la

sensación de estar discutiendo sobre algo que a ella le parecía importante y de pronto la cachetada, el remezón, el puño cerrado en el estómago.

Sabía que tenían que ver con el no cumplimiento de su rol asignado como mujer. Lograba asociar como las agresiones se gestaban junto a su molestia al hacer cosas que no quería hacer. Cada vez le producía más rabia preocuparse de la casa y de los niños de Ricardo; que sin ella decidirlo le había tocado asumir gran parte de su cuidado y crianza.

Cuando conoció a su marido éste venía llegando de Canadá. Tal vez por eso imaginó que su forma de relacionarse, de compartir los quehaceres del hogar, iba a ser distinta.

Pese a esas intuiciones, lo cierto es que no lograba tener certeza sobre el motivo exacto. Cuando Charosky, sesiones atrás, había preguntado por las razones concretas que ocasionaban los golpes, Cecilia respondió:

-Es como si de repente se pusiera a llover, pero en el trópico. Y tú no alcanzas a saber cuando comenzó, sólo sientes el chaparrón.

Después de esa primera vez en que se juraron nunca más, la violencia continuó. Cecilia tampoco recordaba que tiempo hubo entre una situación y otra, sólo sabía que se repitió y se repitió y siempre terminaban las peleas en encuentros como de luna de miel. En esos momentos trataba de recordar sus palabras, recorrer una a una sus frases para intentar a través de ellas mirarse. Llegaban a tanto sus deseos de entender lo que pasaba, que Cecilia incluso hablaba al revés. Reconstruía los diálogos. Necesitaba descubrir la clave, la palabra exacta que había detonado el golpe. Sin embargo, nunca la encontraba.

-Podíamos estar acostados después de hacer el amor, felices,

y sin mayores preámbulos, se iniciaba una espantosa pelea, Ricardo se indignaba y me daba un combo y yo me quedaba llorando.

Lo peor, sentía Cecilia, era cuando Ricardo le pedía perdón. Antes de una disculpa muy sincera, él, taciturno y no comprendiendo lo que acontecía, le decía que en su familia nunca habían sucedido hechos de violencia; en cambio, en la familia de ella sí. La familia de Cecilia era la exigente y violenta; se preguntaba entonces, quien había traído esa carga negativa a la relación.

Esa situación hacia que Cecilia quedara literalmente aplastada de culpas, de golpes y de verguenza.

En ese primer período nunca respondía físicamente a los golpes. Me paralizaba el hecho de estar siendo violentada. Tenía también un gran sentimiento de culpa, de estar haciendo algo inadecuado; de ahí que ocurría lo que ocurría. Y lo peor es que ocurría algo que había visto suceder en mi familia, algo muy censurable.

Una mañana, cuando Cecilia recién cumplía los 8 años, su madre le pidió que la acompañara.

Mi papá recién se había ido a trabajar. Nosotras salimos tras él, aunque por otras calles. Cuando llegamos a unas pocas cuadras de la empresa donde trabajaba vimos a su secretaria, la tía Mónica, quien por mucho tiempo fue una persona muy querida por todos, incluso por mi madre. Ella estaba dándole un gran beso a mi papá. Efusivamente lo recibía al encontrarse antes de entrar al trabajo.

Mi mamá empezó a llorar. Me había invitado a comprar pan a una tienda que quedaba cerca de esa empresa. Ibamos con la bolsa del pan, parece que intentaba disimular su actitud de vigilancia, ya que esa situación me imagino le dolía. Compramos pan y mi mamá me compró un pastel, nunca lo hacía.

Al devolvernos iba feliz comiéndome el pastel, aunque per-

cibía que mi mamá estaba muy angustiada. De pronto nos dimos cuenta que mi papá venía detrás de nosotras. Le dije que lo esperáramos, pero ella no se detuvo.

Llegamos a la casa y mi mamá despertó a mi abuela paterna. Mi papá entró golpeando las puertas. Recuerdo que yo la fui a abrazar. Fue una escena muy fuerte. Entonces mi abuela salió y lo echó de la casa, le armó una maleta y lo echó.

-No vuelvas nunca más a esta casa -dijo-, a no ser que te disculpes frente a tu hija, tu madre y tu esposa.

Mi mamá estaba embarazada de mi hermano menor. Meses después que él nació, un día domingo, mi padre volvió a vivir con nosotras.

Mi mamá siempre me dice, que si mi abuela no hubiera intervenido quizás habría seguido esa historia de violencia.

Punto Muerto.

Sentado en el sillón más grande de la oficina, el doctor Charosky, de corbata y terno, frío como el hielo, aunque certero en su diagnóstico, los volvió a mirar a los dos después de revisar los papeles que guardaba entre sus manos.

-Mi sugerencia es esa, ustedes deben separarse.

Cecilia sintió rabia, impotencia por el destino trazado. Encontraba además que estaba en desventaja respecto a la descripción de personalidad que Charosky había dado de cada uno. Años después entendió que esa mayor importancia valórica a las características de Ricardo se debían básicamente al rechazo que tenía ella de sí misma.

No podía negar el diagnóstico de esa eminencia de la siquiatría, sin embargo, le generaba mucha rabia. Su proyecto de vida y el de Ricardo no eran totalmente incompatibles -pensó buscando una salida- porque o sino no se habrían encontrado, no se habrían amado como lo habían hecho. Y eso -se dijo con taxatividad- eso era lo más cierto de lo cierto, se habían amado y se amaban a pesar de todo y eso Charosky nunca lo había preguntado.

Lo miró entonce a los ojos y sostuvo por largo rato su mirada.

-Sí, nunca nos preguntaste si nos amábamos -dijo sin articular palabra alguna-.

Y en el silencio, después de esa pregunta, se sintió más tranquila, más fuerte, más libre quizá. Sin ser conciente del todo Cecilia dió por terminada la sesión. Después supo que no volvería nunca más donde ese terapeuta, quería darse otra oportunidad, y aunque no era cristiana quería creer en los milagros, o mejor dicho, iba a poner todo de su parte para quebrarle la mano a ese destino. No se iba a separar, no quería hacerlo. Sentía que todavía quedaba mucho amor entre ella y Ricardo como para hacerlo.

Sin salida

La azafata anunció el término de las turbulencias. Cecilia aprovechó de soltarse el cinturón. Apoyó su brazo derecho en uno de los bordes del asiento y acercó la mejilla al extremo izquierdo de la ventanilla. Por fin podía mirar con nitidez el paisaje. El centro de esa ventana ovalada y el lado más cercano a su hombro estaban completamente rayados. Hacía media hora que se tenía que conformar con esa visibilidad.

Al observar las distintas tonalidades de la tierra sintió que su pena era más inmensa que todo ese desierto. Ahí había colores, matices, ondulaciones, en cambio, todo en ella era negrura. La perdida espontánea de ese hijo tan deseado y la fuerte discusión sostenida con Ricardo antes de partir a ese viaje la hacían presagiar el término de ese período de armonía que habían conquistado hacía un año y medio. Desde que Charosky, el siquiatra, les recomendó que se separaran, hicieron causa común, se encerraron en ellos como pareja y llegaron a sentir que nunca más iba a ocurrir nada triste entre los dos.

Modifiqué mucho mi conducta, empecé a hacer muchas cosas en la casa para establecer un nuevo nexo en nuestra relación. Las hacía medianamente convencida y también por el hecho de que alguno de los dos tenía que asumirlas. Ricardo trabajaba más horas en la calle. Pero igual yo esperaba ser valorada por asumir ese rol y él no me decía nada.

Ese mes de enero había decidido viajar a Bolivia a ver a unos amigos. Ricardo no quiso acompañarme porque uno de sus hijos venía de visita a Chile. Yo no estaba de acuerdo con esa breve visita, ya que correspondía que se quedara un buen tiempo y no ese corto período que sólo contribuía a desestructurarlo sicológicamente. Pero su madre había llamado desde Canadá a los papás de Ricardo y había presionado hasta que él aceptara la decisión de ella.

En gran medida por ello decidí irme sola de vacaciones. Era la primera vez que me oponía a algo bien concreto, algo que se entendía como de mi responsabilidad: aceptar la decisión de mi marido y recibir a su hijo mayor.

Cuando la azafata volvió a tomar el micrófono y solicitó a los pasajeros abrocharse los cinturones para descender, Cecilia se alegró en su tristeza. Tenía deseos de abrazar a Ricardo, mejor dicho, que él la abrazara, necesitaba que lo hiciera. Ella no sabía que estaba embarazada cuando partió a Bolivia, por lo mismo no

imaginó que esa fuerte baja de presión que sintió en las calles de La Paz le iba a ocasionar un aborto. Tres días antes de volver a Santiago sufrió la pérdida. Todo fue tremendamente doloroso; esperaba con ansias cobijarse en los brazos de Ricardo.

Pero su marido, al oir lo sucedido, en vez de abrazarla, inmediatamente la culpabilizó. Ella era la culpable de todo, de ese viaje producto de su obstinación y de la muerte de ese hijo que los dos esperaban hacía mucho tiempo. Se reinició entonces la violencia.

En esa época me sentía fuerte, de ahí que mientras discutíamos pude argumentar con energía:

-Primero, no fue mi culpa; segundo, si tú te quieres ir te vas tú; y tercero, si va a haber violencia va a haber violencia. No me voy a quedar gritando como una loca, yo también voy a tirar platos, voy a armar escándalos, voy a patear, voy a pegar combos, me voy a defender.

A partir de ese momento comenzó una nueva etapa de violencia, un período en que Cecilia comenzó a reaccionar, a contestar.

Una noche al regresar a la casa después de haber pasado el día donde unos amigos encontró a Ricardo y su hijo tendidos sobre la cama viendo televisión.

Todo era parte de lo cotidiano con la excepción de una marca, cubierta de crema, que tenía el niño en su cara.

-Qué le paso a Sebastián.
-Se quemó con agua caliente.
-Lo llevaste a la posta.
-No, le puse una crema.
-Le miraste bien la herida porque al parecer se trata de una quemadura profunda .

-Yo creo que es de primer grado.

-Eso es lo que tú crees, pero acaso eres ciego .

-No soy ciego, además creo que estás exagerando.

-Porqué no le tomas el peso a lo que significa una quemadura en la cara, que es por lo menos de segundo grado.

-Qué estás queriendo decirme, ¿que vaya a la posta?

-Evidente, se le puede infectar y si no sabemos bien como tratarla le puede quedar una gran marca.

-Yo no lo voy a hacer, no lo encuentro necesario, y no me interesa discutirlo más.

Cecilia se sintió en la misma disyuntiva de siempre, o hacía ella las cosas o no se hacían. Comenzaba a cansarse de tener que asumir todo lo que tenía que ver con ellos como familia. Sentía violencia en esa forma de repartirse el trabajo.

Hay muchas formas de violencia que tienen que ver con lo cotidiano y no son entendidas por uno como violencia. Son las típicas cosas que viven las mujeres. No sé, que te quedas tres horas esperando que tu marido llegue a comer. Uno es la que se encarga de todo lo que tiene que ver con los hijos, la salud, la educación. Si no pagas las cuentas no están pagadas. O si tú no pides hora al médico, tu marido no va. Entonces empecé como a retirarme de ese rol. Comenzaron a darme claustrofobia todas esas situaciones a asumir.

Esa fue una pelea gigantesca, en la que hubo combos, empujones, rotura de platos.

-No, no, yo no lo hago.

-Tú tienes que hacerlo, Sebastián tiene que ir al médico.

-Tú quieres joder, tú quieres molestar, tú me viste tranquilo viendo televisión por eso estás jodiendo.

-No, no te vi tranquilo.

Y ahí empezó la discusión en torno a mi exigencia. Y, entre otras, mi exigencia era que él tenía que ir porque por último era el papá de Sebastián. Y tenía que ir no más. Asumí un rol como muy de mamá, mamá enojona de ellos dos.

Las discusiones y peleas se sucedieron. Los grados de violencia eran variables, a veces terminaban en empujones, remezones o roturas de objetos, otras concluían en batallas campales con combos, rasguños, etc. LLevaban seis años de matrimonio y hasta ese momento Cecilia sólo había quedado con marcas rojas producto de esa violencia, nunca había visto sangre en ella ni una cicatriz que ocultar inventando un cuento en su trabajo y ante sus amigas.

Un día aconteció lo antes no ocurrido. A Cecilia le ha costado muchísimo recuperarse de ese hecho. Se encontraba en el baño de su casa. Estaba recién embarazada de su segundo hijo, aunque en ese momento no lo sabía. Ricardo quería entrar y comenzó a golpear la puerta.

-Oye, ya salgo, espérate un poco.

Estaba tranquila y por lo mismo los manotazos en la puerta no la hicieron apurarse, ni siquiera los interpretó como actos de violencia. Finalmente abrió y cuando fue a cruzar el umbral Ricardo le dió una gran patada a la puerta estrellándose el canto en la misma cara de Cecilia.

Empezó a caer la sangre. Ricardo me mira y se pone a llorar. Entonces yo le digo que es un hijo de puta, que se vaya a la mierda, que me golpeó y que me sacó sangre. Ricardo seguía llorando.

-Busca a un médico huevón -alcancé a a decir y me desmayé.

Yo creo que me desmayé de pura angustia. Desperté en la

Posta y Ricardo a mi lado llorando y diciendo: "lo siento, me descontrolé, perdona".

Siempre así, siempre los reencuentros han sido con la temática de que Ricardo se hace el niño chico.

Cecilia entró en una profunda depresión. Le pidió a su marido no verlo por varios días, necesitaba estar sola. Además sentía que si estaba frente a él se iba a violentar, era demasiada la rabia y la impotencia que todavía guardaba adentro. Una semana estuvo en su propia casa. Una semana dándose vueltas en la cama, recorriendo una a una las piezas, mirando tras las ventanas sin querer salir a la luz. Todo parecía sin sentido, el golpe había sido gratuito. En las otras peleas en alguna medida ella había intervenido, había presionado verbalmente. Pero el golpe del baño, la sangre, la cicatriz en su rostro, sólo habían sido producto de la violencia de Ricardo, de ese hombre a quien amaba y quien decía amarla. Todo parecía inentendible.

El hecho tan concreto de acabársele la comida la obligaron a salir a la calle. Y a pesar del dolor, de la rabia y de la verguenza su vida familiar se reorganizó. Sin embargo, a los dos meses Cecilia perdió ese segundo hijo que esperaba. La tristeza fue casi definitiva y sin ser conciente comenzó a rechazar sexualmente a Ricardo. Hasta ese momento la relación de ambos se sostenía en gran medida por la atracción sexual que se tenían. Era quizá lo más fuerte que los unía

Estaba realmente mal. Me sentía castrada. ¿Podía yo funcionar con otra persona en lo afectivo? ¿Alguien me podía querer a mí?, eran preguntas que me hacía constantemente. Necesitaba ser querida, construir una relación que no tuviera ninguna trizadura. Pero, llegado el momento de establecer una relación sexual con ese alguien que me comenzaba a gustar no sentía ninguna atracción. Volví entonces a tomar terapia y hablé con el médico de frigidez. Un año entero dejé de hacer el amor con Ricardo.

Aprendiendo a caminar.

Decidí cambiar de siquiatra. Una amiga me recomendó a Atilio Fuques, una persona maravillosa. Con ese terapeuta florecí. Empecé a tomar decisiones que eran solamente constructivas en torno a mi vida. Tomé muchos cursos, me reafirmé en mi trabajo, aprendí a manejar, no sé, hice todas las cosas que tenía pendiente porque me había dedicado a pasarlo mal o a estar triste porque lo pasaba mal, es decir, comencé a hacer las cosas que para mí eran importantes y necesarias.

Por otra parte Fuques nos planteó que yo con Ricardo nunca nos atrevimos a hacer un proyecto común, que toda nuestra vida juntos estaba basada en el deshecho de otras relaciones. Entonces nos pusimos como primera meta tener unas ricas vacaciones. Nos fuimos al sur, solos, a lugares nuevos para los dos. Y a la vuelta decidimos tener un hijo. Tener una guagua era una de las cosas que más me importaban. Había perdido dos y en gran medida esas pérdidas estaban relacionadas con nuestras peleas.

A los pocos meses Cecilia queda embarazada. La relación de ambos se transformó. Ricardo mostró facetas que ella desconocía, participó durante todo el embarazo con una gran alegría y en el período de lactancia la acompañó noche a noche. Para él, entrar al parto y ver más tarde como Sofía mamaba leche materna eran anhelos esperados. Con sus hijos anteriores nunca se planteó estas nuevas experiencias y tampoco su ex-mujer las planteó o estimuló.

Al nacer Sofía, el hijo mayor de Ricardo, Sebastián se fue a vivir nuevamente con ellos. Pero a los dos años su madre comenzó a pedir que volviera a Canadá. Entonces Cecilia empezó a exigir que no se fuera. Ella conocía bien cuanto mal le hacía, y el resultado escolar era un signo evidente. Ser bilingue, estudiar un año en un colegio y el siguiente en otro, vivir en un nucleo

familiar determinado y mañana sin esos referentes afectivos, eran elementos dañinos para su personalidad. Cecilia sentía que Sebastián no se merecía esa doble vida sólo por el hecho de ser el hijo mayor, en este caso, de padres separados, cuya madre era extranjera.

Al cumplir Sofía dos años se iniciaron otros conflictos. La sospecha de Cecilia sobre la enfermedad de su suegra se hizo clara frente al diagnóstico. La madre de Ricardo tenía una enfermedad llamada Alzheimer, enfermedad que hasta ese momento poco se conocía en Chile. Su tratamiento demandaba mucho apoyo familiar y dinero.

Empezó de nuevo un quiebre en nuestra relación. Por decisión familiar los hijos tuvieron que solventar el tratamiento. El papá de Ricardo tenía mucho dinero pero no lo quería gastar en médicos, según él lo tenía guardado para las herencias. A ello se sumó otra cosa que me parecía de locos, los otros dos hermanos de Ricardo, quienes tenían mucho más recursos, daban menos que nosotros. Alegaban que tenían más hijos y la Universidad les salía muy cara. Bueno, a nosotros nos significó vender mi auto.

Y así, sin darse cuenta, sin creerlo tampoco, reeditaron la violencia. Durante cuatro meses se gritaron, discutieron, se empujaron, se pegaron. La molestia de ambos era incontenible. Y lo peor es que los niños presenciaron muchas de esas agresiones.

Cecilia decidió entrar en un taller sobre violencia intrafamiliar. Sentía que era muy fuerte su relación afectiva con Ricardo, se sabía muy dependiente de ese amor, por lo mismo, necesitaba de mucha ayuda para pelear por lo que creía justo y necesario para ella y su relación de pareja.

Una noche nos pusimos a discutir. Sebastián estaba en la pieza viendo televisión y Sofía durmiendo. Ricardo en un momento me dice que soy negativa con sus padres y yo con mucha rabia le contesto:

-Uno, no los quiero; dos, no los voy a querer nunca, y tres, no los soporto más. No es posible que nosotros vivamos endeudados y ellos no toquen las 3 o 4 casas que tienen. Es de loco.

Después de mi respuesta Ricardo se puso a hacer las maletas, llamó a su hijo y le dijo:

-Me voy de esta casa y tú te vienes conmigo.
-Papá, y la Sofi.
-No sé, tú te vienes conmigo y la Sofi se quedará con su mamá.
-No, yo me quedo con mi mamá y mi hermana, yo no me quiero ir de esta casa.

Sebastián tenía 14 años y Ricardo tuvo que aceptar esa decisión. Al día siguiente Cecilia hizo algo que nunca había pensado en hacer, llamó a primera hora a una cerrajería y pidió que le cambiaran la chapa de la puerta. También telefoneó a una amiga:

-Vente. Tomémonos una cerveza; quiero celebrar que por fin estoy haciendo cosas que hace tiempo quería hacer.

Casi sin creerlo Cecilia y su amiga se sentaron a ver como cambiaban la cerradura. Justamente en esos minutos llamó Ricardo:

-Oye...mira...pucha...pensémoslo.

La respuesta de Cecilia fue categórica.

-Están cambiando la cerradura en estos momentos, estoy muy ocupada.

Ansiaba gritarle: no quiero más. Sin embargo, se abstuvo, sintió que con lo dicho lo estaba haciendo. Hacía muchísimo tiempo que no quería enfrentar más a Ricardo y a su familia, mejor dicho, quería que él la enfrentara solo.

A Cecilia le parecía sintomático la forma en que conoció a sus suegros. Llevaban ocho meses de pololeo y Ricardo nunca la había llevado a la casa de sus padres. Un día, por casualidad, se encontró con ellos y la ex esposa de él, que todavía vivía en Chile en ese tiempo y con quien tenía una relación amable. Ella fue la que les dijo que Cecilia era la actual mujer. Fue un momento muy desagradable -recuerda-. Los padres de Ricardo la miraron muy despreciativamente. También grabó con nitidez la expresión de Ricardo cuando supo de ese encuentro fortuito, "por fin ya pasó" dijo cuando ella contó lo sucedido.

Cecilia también quería alejarse de la agresión que recibía cada vez que asistían a reuniones familiares. La madre de Ricardo casi siempre se acordaba de alguna foto, comentario o regalo del pasado de Ricardo en el cual Cecilia no existía. Era tan recurrente, que Cecilia no podía dejar de interpretarlo como un intento de agredirla. Ella no provenía de la misma clase social y no se comportaba como ellos querían.

La vitalidad de ser uno.

Hacía más de veinte minutos que Ricardo revisaba la chequera. Sentado en una de las sillas del comedor, con el cuerpo arqueado sobre la mesa, sumaba una y otra vez los mismos números. No calzaban, a decir verdad calzaban pero su cuenta era cero y él tenía la impresión de que todavía quedaba algo de dinero. Molesto por ese resultado dijo fuerte:

-No tenemos nada de plata.

-Cómo no vamos a tener -contestó Cecilia, quien desde hacía un rato lo observaba con ganas de preguntarle qué pasaba-.

-He sumado como ocho veces para ver si hay alguna equivocación, pero no hay ninguna, sencillamente no nos queda, la gastamos.

Cecilia, metódica y rigurosa, se molestó ante tal afirmación. No quería hacerlo, pues se sabía receptora de una educación con mucha falta de respeto hacia el otro, se reconocía por sobre todo exigente y de carácter desagradable para decirle a los otros sus errores. A pesar de ello subió el tono y dijo:

-No puede ser, nos quedaban como cincuenta mil pesos.

-No tenemos nada Cecilia, ya te lo dije -contestó Ricardo impaciente y molesto-.

-Préstame la chequera -agregó Cecilia de mal modo-.

En la medida que Cecilia fue recorriendo el talonario, Ricardo comenzó a decirle pesadeces, ella contestó algunas, y así, sin explicarlo, iniciaron una fuerte discusión.

Hacía seis meses que se habían vuelto a juntar. Un año estuvieron separados. No fue fácil mantener la distancia; vivían con el temor de reeditar la violencia. Pero se necesitaban mutuamente, los dos lo sabían, aunque era Ricardo quien se lo manifestaba durante el tiempo que estuvieron separados: "Vamos a volver. Yo te quiero, yo estoy enamorado de ti. Vamos a volver, nos vamos a sanar de todo esto. Un día vamos a estar sanos".

Yo no le creía, no quería creerle. Si el regreso era de inmediato, sentía que no había sanción, que ninguno había aprendido nada. Todo habría sido demasiado fácil. Teníamos que aprender cuanto nos queríamos, cuanto nos dolía estar solos. Teníamos que aprender a modificar nuestras conductas más básicas. Habíamos aprendido tan fácilmente a violentarnos que me pare-

cía difícil construir el no hacerlo. Teníamos que volver a ganar la confianza perdida y eso era un camino largo.

Cecilia al separarse se dió cuenta como había postergado algunas de sus necesidades más sentidas, por ejemplo, había dejado de asistir casi al cine. Sólo iba cuando Ricardo podía ir y a las películas que él quería ver. También había postergado su desempeño profesional. Su marido en alguna medida sancionaba su dedicación a un trabajo que encontraba mal remunerado. Para él no era importante ese espacio de realización, su gran preocupación era el tiempo no dedicado por Cecilia a la casa. De hecho para evitar nuevas disputas, en un momento dejó de participar en todas las actividades extras y sociales de su trabajo.

Creo que si no me hubiera planteado el termino de la relación no habría sido capaz de hacer todo lo que hice, de ganar todos esos espacios para mí. Y pienso que si Ricardo no me hubiera visto tan fuerte como me vió, tan decidida a terminar lo nuestro, no habría cambiado. Básicamente él cambió su agresividad, la transformó en más empatía, en más capacidad para decir cuando quiere algo y cuando no lo quiere; a guardar menos resentimiento al aceptar cosas que no le gustaría aceptar. A tolerar lo diferente que eramos sin exigirnos la atención total o la renuncia por el otro.

Cuando Cecilia y Ricardo volvieron a estar juntos decidieron mantener distancia con sus familias.

Mis padres habían accedido por medio de la educación y el trabajo a una pequeña burguesía acomodada. La madre de Ricardo, principalmente, pertenecía a la alta burguesía, pero era una familia que venía en decadencia. Por lo mismo ambas no se toleraban, eran como enemigas potenciales. Y nosotros eramos el bastión de cada una de ellas. Decidimos entonces ir menos donde nuestras familias, necesitábamos poder mirarnos sin tanto prejuicio y así valorar y cuestionar nuestras virtudes y errores heredados. Definitivamente ambos éramos también muy depen-

dientes del afecto y aceptación de nuestras familias y eso nos hacía daño.

Cecilia continuó revisando la chequera. En un momento se detuvo en una de las colillas del talonario, avanzó rápidamente hasta la contratapa del mismo, revisó el detalle de todos los ingresos y egresos, volvió a retroceder hasta la colilla marcada y dijo:

-Aquí está. No anotaste este cheque.

Ricardo, quien continuaba molesto, principalmente por el tono utilizado por Cecilia, se mantuvo de pie sin acercarse a verificar el error exhibido.

-Ves, te equivocaste, siempre eres tan descuidado para manejar las platas.

Ricardo habló entonces con rabia...y Cecilia, a manera de respuesta final, dijo "Me voy a bañar, me voy a duchar, no quiero seguir discutiendo.

Al removerse el pelo con las manos y sentir como el agua caliente bajaba por su cuello y su espalda todavía tensa por la discusión, descubrió que volvía a apropiarse de ella misma. Con la presión del agua de la ducha se hizo algunos masajes en los nudos que minutos atrás había sentido en sus hombros. Se sintió más serena, más dueña de sí, pero tenía miedo, se sentía también responsable de esa discusión.

La violencia intrafamiliar es una dinámica que se construye entre dos. Tú no golpeas a nadie en el vacio, tú no vas por la calle y alguien te pega un combo. Entonces hay algo en la dinámica que es responsabilidad tanto de uno como del otro. No creo tampoco que él deba controlarse porque tiene más fuerza física,

sino que debe entender que no es la forma de resolver los conflictos.

Por el asunto del cheque no hubo ningún golpe y eso a Cecilia la tranquilizaba, pero aún había miedo. El agua caliente seguía cayendo sobre su cuerpo y en alguna medida sentía que ese calor la protegía. En ese momento Ricardo golpeó la puerta.

-Pasa -dijo con un leve temor pero con ganas de saber la disposición de él-.

-Quería decirte que me disculparas, tú sabes lo explosivo que soy, en realidad hace rato que te quiero decir que no me hables en ese tono de que me equivoqué, me faltó un dato no más, dímelo así. No lo hagas de la otra forma porque o sino me indigno y exploto.

Cecilia cortó el agua, envolvió su cuerpo en la toalla, salió de la ducha y se acercó a Ricardo.

-Estaba muy asustada de que empezáramos a discutir como antes. Perdóname por habertelo dicho de ese modo.

-Perdóname tú -le dijo abrazándola- yo también estoy asustado por nuestras discusiones.

Casi dos años después de ese conflicto, Cecilia y Ricardo decidieron tener un segundo hijo juntos. Se sentían seguros de la decisión; no podían vivir separados y ese amor querían cuidarlo. En el marco de ese nuevo encuentro un día Cecilia le dijo a Ricardo:

La única razón para estar contigo es estar enamorada. Ahora, no me preguntes que es estar enamorada porque yo no lo puedo entender, no tengo una explicación racional para que me pase lo que me pasa. Pero sí tengo claro lo que no voy a permitir que suceda por estar enamorada.

SEGUNDA PARTE:

CONSTRUYENDO UN NUEVO SABER:
Las sinrazones de la violencia contra la mujer en los sectores populares y en los sectores medios.

Capítulo 1
APROXIMACIONES A UN ANALISIS

"El que, aún sin dejar huellas o secuelas, maltrate de obra o de palabra a su padre, madre o hijo, sean legítimos o ilegítimos, o a cualquier otro de sus ascendientes o descendientes, a su cónyuge o a su conviviente, será sancionado de acuerdo al artículo séptimo de esta ley".

A las puertas del siglo XXI y sintiéndonos parte de una modernidad que se ha apartado de la barbarie -en gran medida porque con ella ha aparecido el rechazo a la violencia ejercida contra un/a semejante- todavía no aprobamos, como sociedad, una Ley contra la Violencia Intrafamiliar.

El artículo con que iniciamos está reflexión es parte del Proyecto de Ley elaborado por los diputados Adriana Muñoz y Sergio Aguiló que busca reformar el Código Penal en este aspecto; sin embargo, aún permanece archivado en una de las carpetas de la comisión parlamentaria que debe en primera instancia discutirlo.

Es sugerente que no exista hasta ahora legislación al respecto. No es fácil pensar que la ausencia de una Ley para sancionar a los sujetos que violentan a algún miembro de su familia, se debe a que esta realidad para muchos continua siendo una excepción. Más bien creemos que se trata de hacer oidos sordos ante una verdad a voces; pues resulta que históricamente se ha establecido que lo privado se resuelve en lo privado y los golpes que reciben las mujeres, los niños y los ancianos caben en el juicio de la propia dinámica familiar, y ahí la Ley -dicen- no debe intervenir.

Ateniéndonos sólo al maltrato ejercido contra la esposa o conviviente al interior de la familia -según estudios realizados a

partir de 1974 en otros países- un 75% de los casos de daños entre una pareja se efectúan contra la mujer. En un 23% la violencia se desarrolla entre ambos y sólo en un 2% el maltratado es el hombre.

Volviendo al mito de que la violencia contra la mujer no ocurre en proporciones relevantes como para ser considerada un fenómeno social, según uno de los pocos estudios exploratorios y cuantitativos hecho en nuestro país por un colectivo de mujeres, en 1988 (*), el 80% de las mujeres pobladoras encuestadas pertenecientes a 7 ciudades del país, reconocieron haber sufrido violencia al interior de su hogar.

Otra investigación, realizada por Guillermo Camus en 1990, estableció que el 91% de las mujeres que presentaron denuncias por agresiones ante los Juzgados de Policía Local, tenían un vínculo estable con el agresor. Judicialmente, un 83.3% de dichas agresiones fueron calificadas como lesiones leves, por tanto no existió sanción penal, a pesar que el 52% de estas mujeres habían concurrido por tercera vez a hacer la denuncia por este mismo motivo.

Otro de los mitos esgrimidos postula que ésta verguenza social sólo la padecen los sectores populares. Y como ellos -se afirma- son el "depositario" de cientos de carencias, la violencia contra la mujer es resultado del hacinamiento, el acoholismo, la falta de educación, etc. Por lo mismo, se concluye, solamente solucionando el estado de pobreza de estos sectores, esta forma de violencia podría superarse.

Sin embargo, gracias a la presencia y al desarrollo adquirido por las organizaciones de mujeres en Chile y la apertura de espacios de apoyo a la mujer maltratada, ha sido posible consta-

---

(*) "Equipo chileno de mujeres de Chile y Canadá unidas contra la violencia.

tar que son de diversa procedencia social las mujeres que allí acuden. En rigor, en estas instituciones sólo existen cifras sobre mujeres de estratos medios y populares ya que las mujeres de sectores altos no osan acercarse a estos espacios. Sólo sus psicoanalistas y sacerdotes, bajo el secreto de la confesión, saben de esta verdad.

Un último elemento, son las recomendaciones que desde 1985 las Naciones Unidas vienen haciendo a sus Estados miembros para que impulsen políticas que protejan a la mujer de la violencia. Estas recomendaciones supranacionales no surgen de la nada. En Centro América, por ejemplo, más del 50% de las mujeres víctimas de homicidios fueron asesinadas por sus esposos o ex-esposos.

Sin embargo, sólo Argentina, Brasil, Costa Rica, Puerto Rico y Uruguay se han destacado por lo avances logrados en este ámbito, pues han dictado leyes que reconocen la Violencia Doméstica como una figura particular de violencia, estableciendo un procedimiento judicial especial para sancionarla y a su vez creando diversas instancias para el apoyo a las víctimas.

Explicaciones y saberes.

Así como existen grandes desconocimientos acerca de la dimensión social que tiene la Violencia contra la Mujer, se han elaborado diversas explicaciones que intentan dar cuenta sobre esta realidad.

Una de las más extendidas y ya casi un sentido común, dice que la violencia es el resultado de relaciones sado-masoquistas para las cuales bastaría un tratamiento sicológico oportuno o bien que las mujeres y los hombres fueran capaces de superar su tendencia masoquista y/o sádica.

Este rótulo, proveniente de la psiquiatría, quizá da cuenta de

caracteres reconocibles en una mujer agredida y un hombre golpeador y en algún momento pudo servir como un saber para develar aspectos de esta realidad. Sin embargo, hoy la gente acude a esta carácterización no para descubrir pistas que contribuyan a solucionar el problema, sino para efectos de simplificar esta realidad y por tanto dejarla de observar.

Bajo esta mirada también se sanciona principalmente a la mujer. Es ella la que se deja violentar, es la tonta, en un lenguaje más común, ya que no hace nada por librarse de ese "bruto" que sólo la hace llorar. Es la "rara", la que no es igual a nosotras: las "normales". La compasión y muchas veces el comentario irónico son las reacciones cuando se sabe el chisme de una mujer conocida que es golpeada por su marido. Nunca se la mira como a una mujer educada en la sumisión y que vive el extremo de la agresión cotidiana, que en otra escala viven también cientos de miles de mujeres. Pues reconozcámoslo de una vez: la descalificación, la humillación, la persecución sicológica hacia la mujer no es solamente una realidad que enfrentan las mujeres golpeadas.

Quizá lo más perjudicial de esta mirada, amparada en el cientificismo, es como soslaya toda la dimensión social que tiene la Violencia contra la Mujer. Para ella no existe la sociedad que posibilita y encubre; las familias generadoras y formadoras de hombres violentos y mujeres sumisas; las instituciones que, llegado el momento en que la mujer violentada quiere salir de su situación, la animen, acompañen y protejan; para ésta mirada sólo hay seres individuales inmersos en prácticas primitivas que se deben tratar sicológicamente.

Si sólo intentamos recordar los cuentos de nuestras abuelas es muy probable que las caras llenas de sonrisas de varias tías abuelas adquirieran su verdadera faz. Y si escudriñamos en la cultura que antaño prevalecía, que en muchos ámbitos todavía prevalece, descubriremos la categoría de "hija" permanente que

tenía la mujer. Hija del padre y del marido y en caso de enviudar volvía a quedar bajo el cobijo y los mandatos de uno de los hombres de su familia o de la familia de su ex-esposo. Por lo mismo era común descalificarlas, encerrarlas o golpearlas al no cumplir con las expectativas de su padre de turno.

Al recuperar la Historia aparece Demóstenes, como un ejemplo entre otros, hablando sobre como se debía "conducir" a una mujer. Demóstenes afirmaba la necesidad de educar a las mujeres en el temor agudo para garantizar su honestidad y para asegurarse de que fueran fieles guardianas del hogar.

La irrupción de las mujeres en la Historia, que hoy se da bajo un nuevo signo ("Hoy llegamos para quedarnos"), ha permitido elaborar, entre otras cosas, la historicidad de la sumisión. Esta nueva mirada ha permitido, por ejemplo, estudiar ámbitos de las Ciencias Sociales antes desestimados, pudiéndose ahora afirmar que la Violencia contra la Mujer es un reflejo de la estructura de poder de la sociedad.

"Los nuevos enfoques comienzan a plantear que la violencia familiar está sustentada por una trama de estructuras sociales, que refuerzan una determinada forma de organizar la familia y sanciones cuando esa organización se desea modificar" [1].

Es significativo saber que los golpeadores no son seres desquiciados que durante sus arrebatos de locura maltratan a sus mujeres. El 90% de ellos son personas normales, pero educadas en una cultura en la cual el hombre es el que manda y la mujer la que obedece, otorgándosele así "derechos naturales" para castigar a la esposa que no cumple bien su rol o intenta cuestionar esa estructura familiar.

En nuestra reflexión nos hacemos parte de estas últimas tendencias, ya que queda muy claro en este estudio como la Violencia que se ejerce contra la Mujer es parte de un todo social y no sólo responsabilidad de seres individuales. Se vuelve fundamental entonces un gran cambio. No podemos seguir amparan-

do una concepción de familia que perpetúa la desigualdad de los sexos y la estructura jerárquica que avala y permite la violencia. Los centros educacionales no pueden seguir reproduciendo el modelo de hombres que sólo se deben a sí mismos y el de mujeres que siempre viven en función de otros. Los tribunales son edificios vacios si continúan sin ley para sancionar este tipo de violencia por estar supuestamente radicada en el ámbito sagrado y privado del hogar.

En lo inmediato es imprescindible llevar adelante políticas de prevención de la Violencia contra la Mujer. Diversos organismos han comenzado a coordinarse para trabajar en conjunto, lo que es un paso fundamental para que lo invisible se vuelva visible y a las mujeres maltratadas se les otorge una verdadera oportunidad para Vivir.

Amor y golpes son parte de una esquizofrenia social que deberíamos asumir todas/os.

(1) "Violencia Familiar: Caminos de Prevención". Soledad Larraín. Ediciones de la Mujer Nº 14. ISIS Internacional.

Capítulo 2
LAS MUJERES DE SECTORES POPULARES

1) LA HERENCIA

Convocar el pasado es un ejercicio muy subjetivo. Sin embargo, esa falta de objetividad, o mejor dicho, esa objetividad subjetivizada es la que asigna sentido, otorga identidad; en definitiva, es eso lo que buscamos en estas páginas.

Al acceder al pasado de las mujeres de sectores populares, surgen las emociones y sentimientos de ocho vidas que desde su infancia aprendieron la sumisión. Mujeres niñas, mujeres solas, mujeres que por diversas circunstancias no contaron con el respaldo de un hogar.

Es interesante destacar que sólo dos de ellas vivieron los golpes desde su primera infancia, es decir, la escuela posible para una futura repetición de la misma historia. En cambio, las seis restantes tuvieron un pasado, que en varios casos, no es más trágico que el de otras mujeres no agredidas en su nuevo hogar.

Sin embargo, el común denominador de todas es un pasado muy triste, y es esa tristeza la que anima una vida signada por la debilidad.

Todas recordaron como un período gris y difícil las circunstancias que las llevaron a salir de la casa paterna. La nostalgia presente en esta parte del relato de sus vidas nos remite a las carencias, a los deseos de haber tenido otro tipo de hogar. La casa de origen no fue el referente de protección, apoyo y afecto que ellas hubieran querido tener. Por lo mismo, cuando se vieron envueltas en un matrimonio que incorporó la agresión en toda su

brutalidad, sólo dos de estas mujeres se ampararon en su antiguo hogar.

Además, ninguna contó con las "armas primeras" para salir en defensa de su integridad. Nadie les dijo que el golpe no debía ser nunca la respuesta, nadie les entregó el cariño suficiente para que cuando las comenzaran a descalificar no aceptaran la humillación, nadie las escuchó para así saberse oir y poder plantear con fuerza por lo menos sus sentimientos. Nadie estuvo junto a ellas en el proceso de hacerse mujer. Fueron sólo niñas -y así se reconocen en ese gran período de golpizas a las que se les sometió-, niñas-madres que algo debían estar haciendo mal como para recibir ese castigo.

Las sin hogar

Tres de estas mujeres fueron madres en la primera etapa de la adolescencia y abandonaron o fueron expulsadas del hogar a temprana edad. Después de peregrinar por diferentes campamentos hoy viven en La Pintana. Las tres reconocen no haber encontrado ningún cobijo en su hogar paterno. Dos de ellas fueron directamente expulsadas de sus casas. Una por quedar embarazada a los 12 años y la otra porque su madre la obligó a irse a los 14 años. Esta última debía casarse con el hijo de un compadre de la familia, al cual antes de morir se la prometió por nuera. La tercera se fue a los 15 con el primer pololo que encontró. Estaba cansada de tanto golpe y encierro a que la tenía reducida su hermano mayor. Sus dos progenitores eran alcohólicos y ella los recuerda totalmente ausentes de su diario vivir.

La violencia que viven estas mujeres comienza entonces en su niñez. Sólo una recibió golpes físicos, pero las tres fueron marcadas por las carencias afectivas.

La presencia de alguna hermana o hermano como reemplazo afectivo de los padres es fundamental. En primer lugar para paliar la soledad en que se encontraron producto del aislamiento que les impuso o impone el marido. Y en segundo lugar, como respaldo concreto ante las agresiones que recibieron.

De estas tres mujeres "marginales" claramente la más dañada es la que no cuenta con ningún apoyo familiar. Desde los 12 años y hasta hoy, a los 25, ha soportado grandes golpizas de su marido. Su casa queda pareada a la de su suegra y es tal el estado de desamparo y debilidad, que su marido se da el lujo de ir a almorzar casi todos los fines de semana a la casa de su familia, dejándola a ella y a sus hijos con contados pesos para comer.

En cambio, otra recuerda que varias veces su hermana mayor, que la apoya, acudió a auxiliarla cuando su marido, borracho, asaltaba su casa con el objeto de romper todo y agredirla por haberlo abandonado. Entonces, para esta mujer su conciencia de soledad es menor y ha logrado finalmente abandonar a su cónyuge, en especial gracias al apoyo de un hermano, que aloja en su casa a su ex marido para que ella pueda vivir tranquila con sus hijos.

La realidad que viven estas tres mujeres, en las calles de La Pintana -según las palabras de una dirigenta del sector- "es pan de todos los días". Hijos que reciben más golpes que cariño y las madres que no son agredidas constituyen la excepción.

Una de las dos mujeres que ya no son violentadas hoy se cuestiona el por qué se dejó golpear. Da el ejemplo de una hermana, que casándose con un hermano de su marido, igualmente alcohólico, a ésta nunca la llegó a tocar. "Lo que pasó -dice responsabilizándose- es que mi hermana no le aguantó ni una, desde un principio se le fue como araña encima. Yo en cambio di el brazo a torcer muy joven. Cuando nosotros pololeábamos este hombre me pegaba. Después me pedía disculpas y yo, estúpida, imbécil como todas, llegaba y lo perdonaba".

De cualquier forma este "destino", que para un amplio sector de mujeres pareciera ser el único devenir, no es transformable por una sola decisión, pues son diversas y complejas las variables que intervienen cuando se aspira a modificar esta realidad. Con todo no dejan de ser cruciales las fuerzas propias que se anidan en cada mujer, ya que posibilitan, en un contexto favorable (con personas que las apoyan y acogen o con un trabajo que les permite mínimamente autosostenerse), abandonar el hogar cuando los golpes significan demasiada humillación, o bien, pararlos e iniciar un proceso de cambios en la relación.

Hay que destacar que este tipo de mujeres violentadas a nivel doméstico (mujeres muy pobres, provenientes de hogares sin capacidad de protección, con maridos o convivientes insertos en mundos laborales en los que se les invita a tomar y a tener otras mujeres como una práctica semanal y varonil, y que sus llegadas a la casa generalmente terminan en golpes a sus hijos y a su mujer), es el referente más conocido de violencia intrafamiliar. Acudiendo de manera unilateral a esta realidad comúnmente se habla y generaliza sobre la violencia doméstica, fundamentalmente se cree que sólo en este sector acontece esta realidad.

Las mal amadas.

Las otras cinco mujeres de sectores populares entrevistadas viven actualmente en poblaciones más establecidas y las cinco cuentan con padres que a su modo las quisieron. No es rechazo abierto ni abandono lo que las lleva a salir del hogar, son otras las razones. El excesivo autoritarismo del padre (es el caso de dos de ellas) o diversas situaciones fueron las que apresuraron la construcción de un nuevo hogar.

Reconociendo esas diversas situaciones que las llevaron a

casarse encontramos a Inés, expulsada a los 18 años de la casa de sus tíos al narrarles ingenuamente que se había acostado con su pololo, quien (después de haber comprobado su virginidad) quería casarse de una vez. Su madre vivía en el campo y su padre las había abandonado sin dar señales de existencia cuando ella era muy pequeña.

También está Mercedes, a quien su padre por ser muy cuidadoso, como ella misma dice, la encerró junto a sus hermanas en las cuatro paredes del hogar durante toda su niñez y adolescencia. No podían ir a ningún lado, de la casa al colegio, del trabajo a la casa. En gran medida por ello se casó con el único hombre que pudo cruzar la puerta familiar -por ser medio pariente- a pesar del rechazo abierto de su suegra hasta el momento del matrimonio.

Alicia, por su parte, se casó "motivada" por una pistola: si no lo hacía con el compañero de estudios que la perseguía, se mataba él y la mataba a ella. Alicia da esa explicación. Era el hombre que le prometía eterno amor y, a pesar de no quererlo, sus sueños quizá dejaron entrever la posibilidad de que juntos podrían asumir de mejor forma el hogar que ella sostenía: su padre había muerto, sus dos hermanas eran enfermas y la madre incapacitada por formación para trabajar fuera de la casa. Alicia hasta hoy sostiene ese hogar.

Más allá de lo anecdótico que puede parecer esta parte del relato nos encontramos ante cinco mujeres que crecieron sin comunicación y apoyo de sus mayores. Todas se sienten hijas de madres sin decisión de mujer. Dos de ellas hablan de sus madres como las máximas exponentes de la sumisión: siempre calladas, casi sin habla, haciendo sus labores de hogar en forma perfecta, y sin decisión sobre nada, ni siquiera sobre lo que se iba a comprar.

En el caso de las otras tres entrevistadas es importante reparar que en sus recuerdos sus madres son las grandes ausentes y

cuando las nombran es para señalar su falta de carácter y cómo su vida giraba en torno a la de su marido.

No es de extrañar entonces, que ninguna de estas mujeres haya conversado con la madre sobre su sexualidad, o haya sido aconsejada sobre las dificultades del matrimonio y como saber enfrentarlas.

Si nos detenemos en los consejos, más precisamente en las palabras de una de estas madres cuando su hija le narró en parte la violencia que vivía con su marido, nos acercamos a la crudeza de la aceptación transmitida: "Hija hay que tener paciencia, al hombre hay que aguantarlo. La mujer que se separa es mal mirada. Yo aguanté a su padre hasta que murió y nunca lo pasé tan bien con él".

En el mismo orden, el padre de otra de estas mujeres le cerró la puerta en las narices cuando ella recurrió a su casa de origen con la cara casi transfigurada por los golpes: "La mujer se debe a sus hijos y a su marido ¿quizás por qué te habrá pegado?", le dijo como única respuesta ánte su solicitud de quedarse a vivir por un tiempo ahí.

Los padres en estas cinco historias son las figuras que más vigor adquieren en el relato que hacen de su niñez y adolescencia, ya sea por presencia o ausencia. El padre de Mercedes la encerró por su "bien", el de Inés desapareció de su vida cuando recién cumplía los 7 años, el padre-héroe para Alicia, antes de cumplir los 12 años, la preparó para dirigir el hogar. Los padres de Eredia y María Elena: el primero, profundamente autoritario y golpeador, aunque cariñoso; y el segundo, rígido, no escondió sus ganas de que su hija mayor abandonara la casa cuando ya era una mujer, pues según él debía autosostenerse.

Estas imágenes paternas sumadas a las madres ausentes y a la soledad que vivieron por ser las cinco hijas mayores, son las situaciones que llevan a estas mujeres a añorar un nuevo hogar.

El profundo deseo de ser amadas, de tener un espacio propio,

son dos necesidades que están presentes en todos los pasajes de las entrevistas y explican en parte el largo tiempo que se aferraron a ese amor que "además" las maltrataba.

Al resumir esta parte del pasado de ellas no buscamos una razón de causalidad: a determinado hogar determinadas hijas. Sería demasiado simple. Nos interesa sí rescatar los sentimientos que se anidaron en estas mujeres, el sentido de obediencia, de autoridad, el concepto de amor-temor, los referentes de mujer que abrigaron, la realidad de desamparo y el poco amor que se fueron teniendo a sí mismas. Todos estos elementos y otros más contribuyeron a formar los gérmenes de la sumisión o estructuraron un carácter que, al enfrentarse con un marido que por diversas razones era violento y en un contexto favorable, permitieron sin querer que se incorporara en su relación la violencia.

2) COLONIZACION VERSUS DESOLACION

Analizar la historia de los golpes concretos que vivieron en su matrimonio o convivencia (hablaremos de aquí en más, de matrimonio, ya que la relación de convivencia es tan estable, en estos casos, como la de estar casada) estas ocho mujeres fue una tarea difícil de realizar.

Cómo analizarlos: ¿por la frecuencia?, ¿por su tipo?, ¿por los factores intervinientes?, ¿por los sentimientos que les significaron a ellas?. Cómo relatar en un todo la furia que se apoderó de estos maridos, transformándolos por momentos en hombres de una película de terror. Es difícil explicar su actuar sin reducirlo a una mera respuesta patológica.

Es un hecho, o por lo menos el relato de estas historias lo demuestra, que la violencia ejercida no fue la respuesta de

maridos desquiciados que necesitaban golpear a sus señoras para descargar su rabia incontrolable. Pués, si así fuera, por las cifras de violencia doméstica que se manejan, estaríamos inmersos en una sociedad desquiciada. Sin embargo, no creemos estar muy lejos de serlo, aunque no por la sinrazón total que reinaría con tanto "loco" suelto, sino por la elección de una lógica que construye un aspecto de su poder sobre la base de la sumisión de un amplio sector de la sociedad.

Buscando algunas constantes en la actuación de estos varones que permitieran unificar este tipo de prácticas y darles un sentido vital y social, encontramos dos elementos que se suceden a lo largo de estos relatos de vida.

Primero, que la violencia ejercida tuvo un norte: adaptar a estas mujeres a lo que ellos querían y necesitaban como señoras estar de a su lado. Y segundo que esta modificación se materializó a través de la culpabilización, la descalificación y el miedo.

Acudiendo a las peleas más significativas que estas mujeres rescatan de sus recuerdos (porque hay una cantidad de golpes que fueron parte del cotidiano ejercicio de esta práctica y ni ellas mismas recuerdan lo que aconteció) y extrayendo los motivos más visibles en estas grandes peleas -por llamarlas de alguna forma- se suceden los celos, la frigidez, la desobediencia.

La ingerencia de alcohol algunas, la integran dentro de las razones explicativas, sin embargo, este hecho, digno de tomarse en consideración por su recurrencia y que requiere estudiarse en profundidad, al parecer no es el motivo de los golpes sino el factor potenciador de la descarga de rabias acumuladas por otros factores. La mayoría de estas mujeres casi siempre fueron golpeadas bajo el efecto del alcohol, sólo un marido no tomaba, y ellas dicen que en ese estado sus cónyuges perdían muy fácilmente el control.

En definitiva, era un estado de barbarie durante el cual todo podía pasar; por eso la "borrachera" del marido se vivía

siempre con miedo, ya que les significaba un estado de indefensión total.

Paréntesis sobre el poder

Antes de intentar una sistematización de los factores, quisieramos compartir una percepción del fenómeno de la violencia doméstica visto como totalidad.

Esta tragedia no se puede leer como un simple ejercicio de poder, sino se debe inscribir y comprender como un sistema de dominación. Pues, una práctica de poder constante, como fue la ejercida contra estas ocho mujeres, utilizando la fuerza física y sicológica, y llegándo a despojarlas incluso del habla, nos remite al modelo histórico de la colonización.

No estamos -por lo menos frente a estas mujeres- hablando de golpes aislados en el marco de una convivencia relativamente armónica, sino de vidas en las cuales la impronta ha sido el despojamiento de sus derechos a través del dominio del miedo y la culpa. En ellas se repite lo vivido cinco siglos atrás, cuando los aventureros conquistaban tierra virgen. Se enamoraban de ella por cierto, pero a su vez desarrollaban todo su poderío de acuerdo a sus razones y humores, su palabra era ley. Si los habitantes de esa tierra se sublevaban, guerra tenían y si los designios del amo y señor no eran comprendidos, castigo sus súbditos también recibían.

Es significativo que el despliegue de la dominación en este caso se inicie con el casamiento, pero su imperio se impone durante el nacimiento del primer hijo/a. Casi la mayoría de las mujeres recuerda el primer gran golpe en su estado de embarazo o bien cuando nace la primera guagua. Y todas a su vez explican su permanencia en la relación por la existencia de estas nuevas y hermosas criaturas. Es decir, que ellas se convierten en los

vínculos atávicos con sus dominadores y sus maridos lo saben, por tanto no es una mera casualidad que la libertad para golpear la desarrollen justamente a partir de esa etapa.

El despojamiento de derechos es sistemático. Este se desarrolla durante toda la convivencia matrimonial y los golpes, que son frecuentes por períodos, vienen a ser los desbordes de rabia frente a esa mujer que no es capaz de cumplir con sus deseos y reglas o bien que abiertamente osa transgredirlas; así como también los precedentes de su ley, la cual se debe respetar. En otros casos, lo decíamos más arriba, los empujones, las descalificaciones, los insultos y los golpes, son parte de una práctica de destrato que se merecen por la condición que ellos les asignan.

Son simbólicas, para citar un ejemplo, las palabras del marido de una de estas mujeres, Eredia, quien cada vez que se enojaba le recordaba el tipo de mujer que quería, porque o sino: la guerra. En su caso, con muy pocos golpes, pues ella se adaptaba fácilmente a lo que él quería y disponía; a ella se le había educado para cumplir ese rol. "Yo quiero una mujer, no una mujer que trabaje, quiero una mujer para la casa, que cuide mis hijos y a mí me atienda, y cuando no llegue me espere"; "Yo te quiero advertir que cuando vayamos a una fiesta tú vas a bailar conmigo, y cuando una persona se te acerque a bailar yo voy a decidir si bailas con él. Porque yo no quiero que bailes con nadie, converses con nadie, te rías con nadie"; "Tú eres una mujer que ha cambiado, que quiere su independencia, quieres ser una mujer que quiere vivir su vida, y eso a mí no me gusta"; son algunos entre muchísimos ejemplos que se pueden citar para mostrar como los golpes se inscriben en una práctica de dominación que tiene por objetivo sojuzgar a sus mujeres para así sentirse seguros en sus dominios.

El por qué precisan reinar sobre sus mujeres y no convivir en paz, compartiendo todo, creo que es parte de otro aspecto del análisis que tiene que ver con la historicidad del poder en manos

de los hombres, con la categoría social en que se tenía y se tiene inscritas a las mujeres; con la competitividad o frustración laboral que diariamente ellos mismos viven, las cuales les crean una terrible inseguridad; y también con la negación constante que hacen, por medio de la razón, de todo lo mágico que les acontece y rodea y la mujer es el exponente mayor de ese mundo subjetivo e inasible que se rige por leyes que no entienden y por tanto desdeñan.

El por qué de los golpes

Volviendo al intento de sistematizar los motivos que hay tras los golpes, queremos insistir en que estos se deducen del relato que hicieron estas mismas mujeres sobre los acontecimientos previos al desencadenamiento de la violencia, ya sea del período que estaban viviendo como pareja y/o de la situación concreta que precedió al golpe.

Es evidente que el factor gestor de las cachetadas, los empujones, las patadas, los gritos, etc, no es sólo uno sino un conjunto, y a su vez aparecen en el marco de una relación de dos personas. Imaginamos, cuando se inicia la agresión en una pareja, que son muchas las rabias acumuladas, las formas de actuar que molestan, los tonos de voz que alteran a ambos cónyuges; los golpes son entonces la respuesta a esa maraña de elementos intervinientes.

Por el hecho de trabajar con una de las partes, las mujeres, aquí solo proponemos una cuantificación de los motivos más visibles que ellas manifiestan tras los golpes. Un estudio sicológico, que profundice en la racionalidad y en los sentimientos de los dos protagonistas de una relación de violencia podría dar más luz sobre la interacción de motivos que están en juego. Es claro además que al tener solamente la visión unilateral de ellas, sus relatos seguramente omiten aspectos del actuar que a ellas les

compete, por ejemplo, las descalificaciones que emprenden, las agresiones verbales, las palabras hirientes, las posesividades abrumadoras, la actitud permanente de víctimas, los celos a veces enfermizos, la voz de mando agobiadora. Ojalá en un futuro se realice una investigación de este tipo, sería de gran utilidad la interpretación que también los hombres dan a sus arrebatos de rabia, aunque nunca para justificarlos.

Entonces, de acuerdo a lo que logramos visualizar, los maridos de nuestras ocho entrevistadas buscaban por medio de los golpes básicamente determinar o modificar cuatro conductas en sus mujeres.

Las sometieron a violencia principalmente porque:

-Necesitaban **mujeres que no pusieran en duda su virilidad.** Esta es la base primera de su seguridad como hombres y una mujer que no acepte acostarse con ellos, independientemente de las razones, cuestiona su calidad de amante.

-Precisaban **mujeres que no cuestionaran** su autoridad. Ese es el rol que les corresponde a ellos y, por favor, no vayan a decir que su mujer los manda. Además, si aceptan sus designios -generalmente dicen- en poco tiempo se sentirán capitanas del buque y todos sus derechos, entre estos el tiempo libre, podrían ponerse en entredicho.

-Necesitaban **mujeres que nunca los engañaran.** Pues un cornudo vale muy poco en el mundo de los hombres.

-Y requerían **mujeres que los atendieran y no desatendieran su hogar.** Porque, en primer lugar, un marido que asume la casa es un pelele ante sus amigos y segundo, para desarrollar todo su despliegue laboral requieren de tranquilidad y descanso cuando llegan a la casa o, simplemente porque así se los formó.

En definitiva requerían casi de objetos, nunca las mujeres con que se casaron.

Mujeres que no pusieran en duda la virilidad del marido

Una de las razones más frecuentes de golpizas en los sectores populares es el rechazo sexual de la mujer hacia su cónyuge. No importan las razones, el hecho es lo que se sanciona y, por sobre todo, no se permite esa posibilidad. "A la buena o a la mala, decídete", les dijeron con estas u otras palabras todos los maridos a nuestras entrevistadas.

De estas ocho mujeres sólo una reconoció haber vivido la sexualidad en forma placentera; cuatro indican haber tenido períodos de placer, en algunos casos muy cortos, lo que les significó vivir esta práctica amorosa como una exigencia más; y las otras tres reconocen haber sufrido frigidez total o casi total durante todo su matrimonio. Estas últimas mujeres, en mayor proporción, nos relataron el acoso sexual y la agresión de que fueron víctimas por este motivo.

El rechazo surgió en todas cuando sus maridos aumentaron el consumo alcohólico que, al decir de ellas, los transformaba por momentos en verdaderos animales que buscaban su presa, se volvían excesivamente más exigentes en el plano sexual. Entonces, generalmente sucedían los golpes y/o la imposición sexual cuando estos llegaban borrachos, pues casi todas las veces querían terminar esas noches acostándose con ellas.

Mujeres que no cuestionaran su autoridad

Yo soy el esposo y tú eres "mí" mujer, han oido repetir miles de veces nuestras entrevistadas. Quizá cuando estas mujeres polo-

leaban eran o creían ser iguales a sus novios, pero al casarse eso terminó. Ese cambio de estado todas lo sintieron o a todas se les manifestó abiertamente en más de una ocasión. Todas a su vez relatan más de una pelea con violencia en las cuales el centro del conflicto fue el concepto de autoridad. Por ello, este motivo es el segundo en importancia.

Para ejemplificar sólo algunas situaciones destacamos el caso de Alicia y las varias veces que fue golpeada por negarse a cambiar el canal de televisión que ella estaba viendo cuando su marido quería sintonizar otro. O cuando casi la mata porque no abandona la casa que él quería compartir con su amante (razón no manifestada durante toda la pelea).

La golpiza a Eredia por irse sólo un día a la casa de su madre con sus niños después de una fuerte discusión en la cual ella le reprochó a su marido el descompromiso con ella y sus hijos. O bien, cuando ella le exigió, en la misma casa de la amante, que le devolviera las llaves de su hogar y no la siguiera molestando si ya la había dejado.

La violencia que recibió Magdalena por gritarle a su marido, quien casi no dormía en casa, que si tenía otra mujer mejor se fuera de una vez.

El maltrato a Eliana que se intensificó al tener hijas mujeres cuando él le había dicho que quería hombres.

Y, para terminar, los golpes que recibió Mercedes delante de toda la familia de él por gritarle que por favor bajara la música pués eran las 3 de la mañana y la guagua no podía dormir.

Cuando a una de las entrevistadas se le preguntó si poco a poco en el matrimonio iba ganando terreno, dijo que todo lo contrario, que día a día fue perdiendo lo poco que tenía. El caso de esta mujer es representativo, ya que todas reconocen que vía el miedo fueron cediendo el poder de autonomía o el pequeño poder de autonomía que tenían al casarse. La autoridad del cónyuge, año tras año se fue volviendo más omnipresente y sólo

se vió cuestionada por momentos o períodos cuando ellas decidieron abandonarlos; dejar la casa temporalmente.

Esa situación de quiebre real de autoridad lleva a todos estos maridos a transformar su conducta y a prometerles a ellas que cambiarán. Es significativo que en todos los casos son los mismos conyuges los que salen en la búsqueda de sus mujeres y les suplican que vuelvan. Al parecer ese nuevo escenario: pies fuera del territorio de la autoridad, o bien la claridad de la mujer de hacerlo si el marido continúa en su conducta despótica, es el gran freno a los golpes. Sin embargo, si la mujer, habiéndose separado se mantiene en la casa que fue de ambos, se ve expuesta a constantes desbordes de violencia por parte de su ex marido, ya que él sigue considerando la casa como de él.

Mujeres que nunca los engañaran

El posible engaño, en definitiva los celos, es la tercera razón más constante que hay tras los golpes. Celos porque conversa mucho con el hermano del marido, celos porque regresa tarde de un cumpleaños a pesar de haber ido con su hija, celos porque se arregla y pinta, celos porque se demora en volver del trabajo, celos porque un compañero de fábrica le pide algo, celos porque llegó a la casa y no la encontró. Por estas u otras situaciones, tras las cuales podría esconderse un hipotético engaño, todas nuestras entrevistadas fueron agredidas.

Ninguna de ellas oso engañarlos, con la excepción de una, aunque no es engaño la palabra con la cual debería nominarse su actuar, ya que después de veinte años de golpes se enamoró de otro hombre y se fue a vivir con él. Mercedes es la única que abandona a su marido para vivir con otro hombre.

El temor de estos maridos a ser traicionados sexualmente llevó a que cualquier comunicación de sus mujeres con el sexo

opuesto fuera leida como engaño o futuro engaño. Por lo mismo, a todas se las "encierra" en las cuatro paredes de la casa, ya sea por imposición vía golpes, o a través del miedo que deriva en autocensura o con la no otorgación de permisos, o sencillamente porque deben cumplir una cantidad de quehaceres que nunca son compartidos. Y a las que trabajan se les controla ferréamente sus horarios de llegada. El espacio de diversión fuera del hogar, en su calidad de mujeres, no sólo de madres o esposas, está vedado, sólo se les permite visitar a sus familiares y ojalá no muy seguido.

Un ejemplo que retrata en su máxima expresión el miedo que incorporaron todas debido a los celos de sus maridos se refleja en la respuesta de Rosa ante la siguiente pregunta:

-Su marido fue el único hombre de su vida, ¿nunca le dieron deseos de andar con otro hombre, de engañarlo?

-Nooo, jamás, más que le tenía terror. Figúrese, como lo iba a...(suspira y no utiliza el verbo engañar). Yo creo que si alguna vez hubiera hecho eso me habría matado.

Como contraparte o en "honor" a la fidelidad exigida estos ocho maridos tuvieron historias con otras mujeres. Cuatro de ellos visitaron constantemente casas de prostitución, uno tuvo una historia pasajera con una vecina, otro vivió durante varios años como si fuera soltero, salía y llegaba cuando quería, y los últimos dos terminaron su relación de pareja, es decir, abandonaron a sus mujeres para formalizar, aunque clandestinamente, la relación con la última amante que tuvieron.

El ejemplo más revelador de esta doble moral son las palizas constantes que recibió Inés durante todo su segundo embarazo, pues su marido no creía que esa guagua era hija suya. El se

quedaba casi todos los fines de semana fuera de la casa, por lo cual, según él, perfectamente otro podría haberlo reemplazado en su ausencia.

Un ejemplo, que podría ligarse con el cuarto motivo: la desatención al marido y al hogar se debe incluir aquí. María Elena después de 12 años de casada se puso a trabajar para conseguir más recursos económicos, ya que su marido quedó cesante y ganaba muy poco en su nuevo trabajo. Durante los cuatro años que se desempeñó como remalladora -su oficio de soltera- recibió de su cónyuge humillación constante y palizas relacionadas con el posible engaño que en ese nuevo espacio laboral podía desarrollar. Es claro que tras esos golpes también primó la mermada autovaloración como proveedor.

Mujeres que los atendieran y no desatendieran su hogar.

La mujer se debe a su hogar y cualquier desatención al mismo es sancionada. Nuestras ocho entrevistadas reconocen haber sido formadas en esta concepción de roles, y cuando se casaron, muy jóvenes, sus nuevos "padres" se encargaron de transmitirles la lección: el marido está en todo su derecho a reclamar si algo en la casa no se ha hecho tan bien como se esperaba. Ellas son las mantenedoras del nucleo familiar y ellos los proveedores.

Es tan fuerte esta división de roles que la conducta asumida por ellas después de casi todas las peleas con golpes fue seguir sirviéndoles el plato de comida a sus esposos; en esos casos la máxima demostración de rabia fue no hablarles o no acompañarlos mientras ellos comían.

Otro ejemplo elocuente fue el final de la historia de Alicia: ella dejó de hacerle todos los quehaceres a su marido cuando éste dejó de proveerla económicamente para financiar a su amante. Este acto, que debería leerse como de estricta justicia, en un

esquema de diferenciación de roles, le significa a ella una gran paliza y un enjuiciamiento sistemático de su conducta.

Ninguna de estas mujeres de sectores populares tuvo grandes conflictos debido a sus quehaceres como dueña de casa, diríamos que este motivo es el que menos golpes les significó, pues todas tenían asumido ser super madres y esposas.

Sin embargo, también hubo violencia, pero ésta se ejerció no por la desatención misma que ellas hacían del hogar, sino más bien por los humores cambiantes de sus maridos cuando regresaban del trabajo. Cualquier detalle que encontraban mal hecho en la casa, principalmente en el caso de las tres mujeres de La Pintana, era la excusa para golpearlas o gritonearlas. El conversar con vecinas también es valorado y sancionado por sus maridos como abandono de sus quehaceres domésticos, aunque las palizas recibidas por ese motivo tienen relación también y así lo expresaron varias, con el miedo a que esas mujeres influyeran con otros pensamientos sobre ellas.

De las ocho, sólo Mercedes fue maltratada durante casi todo su matrimonio por negarse a hacer tareas extras, aunque después terminaba haciéndolas. Actividades que ella consideraba de esclava y no de esposa, como levantarse a las 2 de la mañana a servir comida cuando el marido llegaba borracho con sus amigos.

Deteniéndonos en otra faceta de lo que implicó asumir la casa, se vuelve singular el hecho que durante los períodos que los cónyuges "abandonaron" a sus mujeres (es decir, los años en que tuvieron amantes), las golpearon más seguido, tomaban casi diariamente alcohol y se perdían de la casa fines de semanas enteros. Esos periodos son cuando ellas ponen en duda al hogar como fuente de satisfacción. Por primera vez comienzan a darse cuenta que no les gusta tanto quedarse ahí. Generalmente coincide (o es resultado de) con su decisión de buscar trabajo fuera de la casa, ya sea con el objeto de conseguir recursos para comprar

cosas para ellas y sus hijos o para lograr estar en un espacio más tranquilo.

Otra razón más: la impotencia de resolver situaciones conflictivas.

Otro de los motivos que lleva a usar el golpe como respuesta es la incapacidad, convertida en impotencia, de resolver situaciones conflictivas.

Sistematizamos este aspecto separado de los otros porque creemos que está presente tras casi todo golpe y en algunos se transforma claramente en el "gran" motivo generador de la violencia. Si bien un estudio con enfoque sicológico podría afirmarlo con más fundamento, creemos que esta imposibilidad de transformar situaciones difíciles o realidades que les cuesta entender es una de las características de estos hombres golpeadores.

En general los maridos de nuestras entrevistadas antes de mediar cualquier palabra o argumento, o bien cuando ellos definían que éstas ya no servían para convencer o para fijarles límites a sus cónyuges, utilizaban el golpe. Era tanta la rabia producida al no ser atendidos en sus demandas, hayan sido exteriorizadas o no, que no podían contener esa fuerza que los hacía remecerlas, empujarlas, golpearlas y gritarles "imbécil", por decir lo menos.

Esta dificultad por entender y transformar hechos que los agobiaban está ligada principalmente al ámbito de lo erótico. Hay tanto desconocimiento y tantos mitos en esta esfera de las relaciones personales, que los tres maridos que no lograron una respuesta sexual de sus mujeres en ningún momento del matrimonio, iniciaron, después de más o menos tres años de espera agresiva aunque no del todo violenta, una sistemática agresión

en contra de sus esposas e interpretaron la conducta de ellas vía la existencia de otro hombre.

Otro ejemplo en que la incapacidad de estos hombres golpeadores para conseguir algo desata los golpes es el caso de Alicia. En el período final de su matrimonio, un día, a las 8 de la mañana, apenas ella entra a la cocina de su casa a hacer el desayuno, su marido le comienza a tirar todo lo que tiene a mano. No llegó a mayores porque intercedió la policía, sin embargo, cuando lo soltaron volvió a pegarle. Nuevamente se lo llevaron y otra vez la persigió, ahora para matarla. Ese arranque de rabia que bordea la locura, Alicia lo explica por la impotencia que él sentía al no lograr echarla de la casa de ambos, que quería compartir con su última amante.

También, cuando el contexto es conflictivo, sobre todo en términos laborales, la respuesta es la violencia contra sus más próximos. Maria Elena reconoce que el período de mayores golpizas dentro de su matrimonio coincidió con los años de semicesantía que vivió su marido. También Eredia fue golpeada cuando su esposo perdió el trabajo y asumió otro muy mal pagado. Y los golpes sistemáticos que recibieron las tres mujeres de sectores muy marginales, en gran medida se pueden asociar al grado de frustración laboral que vivían sus cónyuges.

La culpabilización, la descalificación y el miedo.

Los tres grandes mecanismos de estos hombres para sojuzgar a sus mujeres fueron la culpabilización, la descalificación y el miedo.

Los golpes mismos, si bien en gran medida generan el miedo, no son el pilar fundamental sobre el cual se sostiene la relación de dominación. Además, en la mayoría de los casos, las golpizas se suceden durante algunos períodos matrimoniales y no en forma

constante. En cambio, la culpabilización, la descalificación y las amenazas fueron parte del acontecer diario de estas mujeres.

De los ocho maridos, cinco casi siempre se disculparon después de cada gran pelea con golpes y dos de los maridos que viven en La Pintana sólo lo hicieron cuando sus esposas se fueron de la casa. Decían, tras esos arrebatos de violencia, que habían vivido un momento de descontrol, lloraban, se hincaban y suplicaban perdón. El arrepentimiento, según nuestras entrevistadas, era verdadero: "ellos no querían en el fondo hacerlo", no era su objetivo pegarles, pero una rabia incontrolable en esos momentos los dominaba. Además, como casi siempre lo hacían bajo el efecto del alcohol, este se transformaba en la gran disculpa. Quizá, por lo mismo, la mayoría de los golpes no son vividos por estas mujeres como un acto de agresión negativa en todo su sentido, y esto explica en parte el por qué no se recurra a la justicia cuando estos hechos suceden.

La descalificación es lo más diario que sufren estas mujeres, es la herramienta más cotidiana para disminuir su autoestima. Si agregamos además el aislamiento en que se encontraban -no tenían personas cercanas que las reforzaran positivamente-, el destrato verbal se vuelve una herramienta poderosa para conseguir mermar su dignidad. El garabato en vez del nombre, la no consideración del trabajo que realizan, el sistemático realce de las cosas negativas y el no reconocimiento de las acciones positivas, es la forma de profundizar la dominación con el objeto de mantenerlas en una posición inferior. Maria Elena decía: "Siempre que mi marido se refería a las cualidades negativas de nuestros hijos, decía 'tus' hijos; en cambio, cuando nombraba las positivas eran sólo suyos".

A toda esta desvalorización cotidiana se suma la culpabilización. Ellas siempre fueron las culpables de todo. De los golpes, en primera instancia, porque el arrepentimiento manifestado por los cónyuges siempre llevaba un pero, cual era la responsabili-

dad que a ellas les cabía en las peleas. Decían: "Si no hubieras hecho esto yo no me habría descontrolado". Son culpables entonces por tener conductas libres, por desafiar la autoridad, por responderles verbalmente, por no aceptarlos sexualmente, por no hacer bien los quehaceres del hogar.

Sólo dos ejemplos. El primero se refiere a la culpabilización sistemática que el marido de Inés le hizo por su frigidez: "eres poco mujer" le repitió durante años. Inés por su parte, no conociendo su sexualidad, al punto que se preguntaba por qué se hablaba tanto de algo tan "fome", asume la culpabilización y se envuelve en una dinámica autodestructiva. Además, el acoso sexual a que se ve sometida la hace rechazarlo cada vez más.

El segundo ejemplo es una vez que Maria Elena se quedó con su hijo mayor conversando en la feria con el patrón de éste. Al "pasarse" de la hora regresó a casa dispuesta a recibir un castigo. Pensaba que se lo había buscado. Se sentía culpable por haberse dado un rato libre sin preocuparse de la hora, "abandonando" su hogar y marido para conversar con un hombre sólo por el gusto de hacerlo.

El miedo es lo más visible en ellas, todas lo nombran para explicar el por qué dejaron de hacer cosas que no les gustaban a sus maridos y el por qué también no contestaron las agresiones. El miedo es dinámico, crece, y esto lleva a que casi todas lleguen a hablar de terror. Pero la amenaza es lo más cotidiano, es el golpe en estado de potencia, es la posibilidad de éste si es que no se cumple con lo dispuesto. De amenazas está llena la vida de estas mujeres.

3) LAS RESPUESTAS

Se suele creer que las mujeres agredidas soportan los golpes en

un estado de anomia total, que poco o nada hacen para salir de la dinámica de violencia en que están inscritas. Sin embargo, en la historia de estas mujeres se observan una infinidad de actos que buscan transformar su situación.

Todas, en primer lugar, confiaron y esperaron que la violencia en algún momento terminaría, que sus maridos, esperanzadas con las promesas que estos les hacían después de cada gran arranque de violencia, podrían vencer a ese "hombre malo" que llevaban dentro. Por lo mismo, y por la culpabilización que sienten, una de las primeras y más usadas respuestas fue perdonarlos y tratar de mejorar la situación hogareña para no dar lugar a la reaparición de esos brotes de violencia. Entonces, junto al perdón, ellas asumen la casa con más énfasis y el cuidado de los hijos con máxima dedicación. La lógica es: si estoy haciendo algo mal y esto contribuye o determina que mi marido me pegue, existe la posibilidad de que no se repita este tipo de situaciones si no doy motivos (repiten así lo que ellos dicen, internalizando más aún el discurso masculino).

Estas ocho mujeres manifiestan cómo se les fue la vida viviendo en función de sus maridos, tratando de agradarlos en todo sentido. Y a su vez como, sus madres o suegras, las incitaron a servir mejor a sus esposos, para así no dar ocasión a la repetición de los golpes y también, como una forma de retenerlos en la casa, de evitar sus ausencias.

Otra práctica en el marco de las respuestas dadas por estas mujeres es la pregunta cuestionadora. Es sobre todo en el primer período de matrimonio o convivencia que lo utilizan. El miedo todavía no ha anulado, como generalmente pasa después, la capacidad de diálogo cuestionador de ellas. Si bien, casi todas integran alguna cuota de culpa, son críticas al golpe como respuesta y, por lo mismo, les piden no utilizarlo. Largas conversaciones, en las cuales destacan como se debe tratar a una esposa y en las que piden se les diga qué están haciendo mal o si las han

dejado de querer, son parte de los recuerdos de las cinco mujeres que no viven en campamentos y que no se casaron tan adolescentes.

Otras respuestas tienen que ver con las explicaciones versus atribuciones que estas mujeres dan cuando se inicia la violencia. Alicia y Eredia, por ejemplo, pensaron que el hecho de vivir los primeros años de casadas en la casa de sus padres era lo que originaba los golpes. Por lo mismo, ansiaron y buscaron salir de su hogar, pués creían que eso permitiría erradicar la frustración de sus maridos por no tener y no poder darles un espacio propio.

Mercedes, por su parte, exigió a su cónyuge, durante todo el matrimonio, un hogar aparte de la suegra por pensar que la influencia de esa madre era la gestora de la violencia.

Eliana se alegró que su tercer hijo fuera hombre, tal cual se lo había pedido a Dios, porque sabía que éste le permitiría mantener a su marido en casa y sin ser agredida.

Otra respuesta utilizada fue irse de la casa, huir. Esta huida es de dos tipos, ya sea para evitar los golpes o bien para marcar un límite frente a la violencia.

En el primer caso están todas las veces que estas mujeres se arrancaron de la casa, donde una amiga u otro familiar, para evitar que les siguieran pegando. Arrancaron, es la palabra, ya que sentían que no podían parar la furia que se había apoderado de sus esposos y presentían que en esos momentos las podían llegar a matar.

Tal vez el relato más triste de estas huidas es el narrado por Eliana, quien huyó en pleno invierno con su guaguita de meses en los brazos, la cual más tarde murió de bronconeumonia.

La huida como abandono temporal del hogar, como marcación de límites, la protagonizaron, en algún momento de su matrimonio, seis de las ocho entrevistadas. Este tipo de huidas se inscribió en el marco de peleas muy fuerte, cuando sintieron que

su vida y dignidad estaban en juego, básicamente por el nivel de golpes recibidos.

Sólo dos de estas mujeres terminó su relación después de una de estas huidas, casi todas dieron a sus maridos otra posibilidad cuando las fueron a buscar para que volvieran. Es necesario volver a decir que la mayoría de las veces los esposos pidieron o suplicaron que por favor regresaran a la casa y en muchos casos involucraron a toda o parte de la familia de ellas para que las aconsejaran en su favor; según ellos, sólo se había tratado de un momento de ofuscación que no se repetiría.

Cuando a estas seis mujeres que protagonizaron huidas de este tipo se les preguntó el por qué no abandonaron definitivamente a sus maridos, indicaron dos motivos principales: la posibilidad de que él cambiara y los hijos. En los primeros años de matrimonio todas creyeron o quisieron creer en las promesas de transformación de sus esposos. Además, la radicalidad del cambio en los periodos de promesas -de fieras a gatos de peluche, con su consiguiente ternura-, era lo que las subyugaba a la posibilidad de reconstruir la felicidad perdida.

Los hijos fueron el otro gran motivo para no dejar a sus maridos. El anhelo de ser madres protectoras, portadoras de un inmenso cariño es el legado más fuerte que reconocen haber heredado, en especial por sentir sus infancias llenas de carencias afectivas. Por lo mismo, todas se sintieron comprometidas en el rol de madres, abnegadas, sufrientes, madres por sobre todo. No es de extrañar entonces que regresaran al hogar, las veces que huyeron solas, después de saber que sus hijos estaban enfermos y nadie los cuidaba o lloraban por su ausencia.

También la conciencia de que sus hijos no estaban bien en las precarias condiciones que les tocaba vivir cuando huían con ellas, fue un elemento decisivo para reconsiderar la decisión de haberse ido. Además, el hecho de que no todos esos niños, cuando ya fueron mayores, las seguirían al irse, pues siempre

hubo uno/a que no consideraba los golpes como motivo suficiente para dejar al padre, las llevaron en varios casos a desistir de su intento de marcharse.

Por otra parte, ninguna es hija de padres separados, sólo a Inés y a la madre de ella su padre las abandonó. Esto las lleva a manifestar el valor de criar a los hijos junto a sus respectivos padres, por lo menos hasta que sean grandes y ahí quizá tomar la determinación de irse.

Sin embargo, es significativo que varias de ellas reconozcan en el período del primer hijo el momento para haberse ido de la casa. En aquel tiempo era aún posible autosostenerse, reflexionan hoy desde el presente.

Este hecho nos remite a otro factor: el económico. Ninguna lo nombra como el motivo por el cual no se separaron, pero está implícito su peso. Por ejemplo, todas relatan las condiciones en que quedaron cuando abandonaron temporalmente al marido, muchas veces sin sus hijos o en casa de familiares o amigas donde era evidente la transitoriedad del cobijo, situación que las condicionó claramente a la hora de tomar una determinación posterior.

¿Cuánto pesa el dinero o la dependencia económica?

Si analizamos las respuestas de estas mujeres desde una perspectiva económica aparece, por ejemplo, lo expresado por Magdalena de La Pintana: "A mí no me gusta que me anden cuidando porque yo sé que con seis niños no voy a encontrar otro hombre". O lo dicho por Inés cuando plantea separarse: "Y voy a aprender a trabajar, no importa que ande recogiendo papeles para reducirlos a plata por darles de comer a mis hijas, pero mujer mala y prostituta nunca voy a llegar a ser". Las dos, desde diferentes

perspectivas, visualizan el futuro sin sus maridos como algo muy duro a enfrentar, pues se proyectan solas con sus hijos.

Las mujeres de La Pintana tienen cuatro, cinco y seis hijos y ninguna tiene un oficio que le permita autosostenerse. Al no contar con familia para compartir en alguna medida la crianza de los niños, y al no existir infraestructura social que las apoye en su rol, su dedicación al hogar es total y el marido es entonces fundamental. Su carácter de proveedor lo hace indispensable: "Si nos tocaron maridos malos, mala suerte para nosotras". Además, la posibilidad de descubrir a un hombre distinto y de encontrar a un hombre que las acepte con hijos, es para ellas como buscar una aguja en un pajar.

Eliana, la única que echó de su casa a su conyuge, lo hizo cuando éste era un borracho declarado y no aportaba un peso a la casa, más bien la destruía (vendía las cosas o las rompía en sus ataques de rabia). Y Rosa le perdió el miedo a su esposo, quitándole ella y sus hijos la autoridad que detentaba, después que éste dejó su oficio de cargador para dedicarse a la bebida.

En el caso de las otras cinco mujeres la dependencia económica también es un factor determinante, pero ninguna reflexiona durante la entrevista sobre el rol que esta jugo. Sin embargo, hay hechos que hablan por sí solos.

Por ejemplo, la situación de Alicia. Si se separaba, aunque nunca hizo las maletas, debía volver a la casa de su madre y bajar su status de vida, además de perder a sus amigas de infancia. Estas tenían mejor posición económica que ella -por lo que la posibilidad la aterraba-, ya que si sus amigas se enteraban de todo lo que realmente le acontecía, se defraudarían.

La de Mercedes, quien recalca durante casi toda la entrevista cómo su marido cubría sus espectativas como proveedor y, por la situación de su familia de origen, la decisión de abandonar el hogar cuando sus niños eran pequeños, le habría significado

llevarlos a sufrir a la calle. Esa dependencia económica es manifestada por el mismo marido durante el período final de su matrimonio: "Qué te vai a ir tú puh hue'ona, si te tengo aquí (Mercedes señala que levantaba la mano con el puño cerrado), yo hago lo que quiero contigo (y se tocaba el bolsillo del pantalón)".

Para citar solamente una vida más, está la situación de Eredia, quien, en parte por lo económico, debió soportar las condiciones que le impuso su marido cuando la dejó. Estas se pueden resumir así: "yo sigo siendo el jefe de esta casa, puedo llegar a la hora que quiero, mis ordenes deben ser asumidas y tú te acuestas conmigo". La familia de Eredia, muerto el padre, no la podía acoger.

Sin poder determinar exactamente el valor que tiene la dependencia económica en la decisión de permanecer en una relación violenta, se puede indicar sin duda que se trata de un factor con un peso significativo. No el más importante por cierto, pues se debe tomar en consideración el hecho de que ninguna de estas cinco mujeres dió como argumento la falta de dinero. A pesar de ello, en todo momento está presente en sus palabras que el abandono del hogar les habría implicado perder a sus hijos y quedar casi en la miseria (miedo inculcado por los mismos maridos cuando ellas los amenazan con dejarlos). Mientras estaban casadas nunca pensaron que se iban a poder autosostener solas con sus hijos. Ninguna contaba con una familia que la apoyara económicamente y así tener una base para salir adelante en un futuro trabajo.

Es interesante destacar que estas mismas cinco mujeres sienten haber estado casadas con hombres que les daban seguridad económica, maridos comprometidos con ellas y sus hijos en términos financieros. Para todas, más allá de las conductas violentas de sus cónyuges, este compromiso es el signo más concreto del amor que les tienen. Por lo mismo, cuando tres de estos esposos rompieron este compromiso, es decir, dejaron de sustentarlas económicamente como lo hacían en un comienzo,

ellas asumieron que debían producir un quiebre en su relación de pareja (lo que no implicó necesariamente terminarla).

Las cinco destacan a su vez la capacidad y destreza laboral que tenían sus cónyuges. Las consideran cualidades invalorables, ejemplos para sus hijos. A su vez también -como dato semi anecdótico- estos cinco maridos, así como los de las mujeres de La Pintana, llevaban el control total de los gastos. Es decir, el dinero era de ellos, y eso les daba el derecho a controlar lo comprado por sus mujeres y a no tener que rendir cuentas sobre lo gastado.

Buscando la libertad.

Al analizar el cómo lograron salir estas ocho mujeres del círculo de violencia en que vivieron durante un promedio de veinte años, se hacen visibles algunas constantes.

Antes de introducirnos en ese aspecto, quisieramos decir que la recuperación de la dignidad es la suma de muchos factores y sólo algunos están presentes en este análisis. Además, el cómo los hechos se fueron hilando en la vida de cada una de ellas y finalmente les permitieron conseguir la claridad para terminar con la violencia en su relación de pareja, es una dimensión del análisis difícil de delinear. Las historias narradas en la primera parte de este libro permiten dar cuenta, de mejor forma, sobre este proceso de conciencia de libertad.

Si reconstruimos el final de estos ocho relatos de vida se puede ver con mayor claridad una de las primeras constantes que participan en el desenlace de estas historias de violencia.

Nos referimos a la conducta concreta de los hombres hacia la relación. Es el descompromiso total lo que genera, en la gran mayoría de los casos, la decisión por parte de las mujeres de terminar con la violencia en su hogar.

Exponiendo estos desenlaces vemos como a Inés, Eliana, Rosa y Alicia, después de varios años de matrimonio, sus maridos las dejaron de financiar económicamente. A tres de ellas porque sus cónyuges se entregaron al alcohol, dejando de trabajar, y a una se le suspendió el dinero mensual para financiar a la amante ya pública.

Es decir, sus esposos abandonaron el rol de proveedores, debiendo ellas asumir la autosubsistencia.

Este hecho, vivido por las cuatro como un acto de desamor total, pués dejaron de hacerse cargo de ellas y de sus hijos, es el factor que sienten como desencadenante de la ruptura. Al abandonar lo que les daba la calidad de maridos, las cuatro mujeres emprendieron una serie de acciones para terminar con los golpes o con la relación de pareja.

En el caso de Eredia, ella inicia la separación real de su marido después de un año de haber sido abandonada y cuando comprueba que él tiene una amante.

Mercedes deja a su cónyuge por otro hombre después de estar casi 20 años casada. La seguridad de esa nueva relación la hace dar el paso, y ella así lo reconoce.

María Elena y Magdalena permanecen todavía con sus maridos, aunque en situaciones muy diferentes. La primera ha logrado erradicar los golpes de la relación, aunque todavía no los gritos y las descalificaciones, conquistando día a día valer un poco más su dignidad de mujer. En cambio la segunda, permanece en la cotidianidad de las humillaciones y palizas y su autoimagen todavía se mantiene atada a cómo la ve su marido.

A pesar de lo antes dicho, no sólo el hecho de haber sido desamadas de esa forma, abandonadas económicamente y/o afectivamente, impulsa a estas mujeres a transformar su cotidianidad.

La dignidad y autoestima que adquieren ellas al participar

fundamentalmente en espacios laborales también las llevan a emprender una serie de batallas en las cuales está en juego la recuperación del respeto. Entonces, lo que precede a este tipo de respuestas vendría a ser la segunda constante. Es decir, el reconocimiento y apoyo adquiridos fuera de la relación de pareja se vuelve determinante al momento de transformar la violencia que hay en ella.

Eliana, Rosa, Inés, Mercedes y María Elena se ponen a trabajar mientras están casadas. El reconocimiento y las amistades que allí descubren son las que las impulsan a cambiar. "Por qué no le pegas con un buen palo" le dijeron a Eliana y a María Elena sus amigas en la fábrica, y a ésta última, una de ellas le dió espacio en su casa en dos oportunidades impulsándola a separarse.

A Rosa, los cinco años que trabajó como monitora de huertos orgánicos le dieron dignidad y fortaleza, a pesar de lo manifestado por ella: "Sólo cuando mi marido dejó su oficio lo comencé a enfrentar".

Alicia fue la única que trabajó durante todo su matrimonio, aunque con muchas licencias por los golpes, y ella manifiesta que el apoyo brindado por el médico del traumatológico fue sustancial. Un día, después de atenderla por cuatro años consecutivos le dijo: "No creo que estos golpes sean producto de caidas casuales, quiero que me cuentes toda la verdad, has cuenta que yo soy un sacerdote y tú te vas a confesar". Entonces Alicia le contó, por primera vez a alguién, todo lo sucedido; habían pasado 25 años.

Eredia, quien no trabajó fuera de la casa durante todo su matrimonio, estudió gimnasia aeróbica, cuya enseñanza posteriormente se transformó en su profesión. Ese descubrimiento y la interacción social que significaba, le dieron la fuerza interior para enfrentar a su marido; éste había dejado la casa pero de igual forma, durante un año, mantuvo la misma relación de autoridad sobre ella.

Pequeñas acciones emprendieron todas, desde responderles verbal y físicamente, desobedecerlos, dejar de hacer cosas que vivían como obligaciones, por ejemplo, servirles a la hora que llegaban borrachos, levantarse a darles desayuno los días domingos o bien acostarse con ellos.

Es importante señalar que estas respuestas no sólo defensivas surgieron después de sociabilizar la violencia vivida. Es decir, pudieron emprender acciones más asertivas ante la violencia recibida después de hablar con otras/os sobre los golpes padecidos.

Todas marcan como hito el momento en que contaron lo sufrido. El acto de narrar lleva implícito un quitarse en alguna medida el miedo y dejar de reconocerse como principales culpables de los golpes. Se podría decir que en éste está presente el primer paso, no siempre conciente, para salir del círculo de violencia en el cual están envueltas. Desde el momento en que sociabilizan los golpes, están cuestionando públicamente a sus maridos y por tanto permiten que otras voces también los critiquen. Comienzan a avanzar entonces en una senda de búsqueda de respeto hacia ellas. Con muchos golpes todavía de por medio, sin embargo, estos son vividos más críticamente, comenzando la cuenta regresiva. Cada paliza es memorizada como un acto de injusticia y poco a poco esta conciencia les va develando el tipo de hombre con quien ya no quieren estar casadas o bien con quien no quieren relacionarse de esa forma.

Capítulo 3
LAS MUJERES DE SECTORES MEDIOS

LA HERENCIA

Al analizar el pasado de las ocho mujeres de sectores medios surge una clasificación distinta a la utilizada con las mujeres de sectores populares ("sin hogar" o "mal amadas"). Creemos que esto se debe, en parte, a la posibilidad de acceder a mayores matices de lo que fue la historia familiar de ellas.

Estas ocho mujeres han procesado mucho más sus recuerdos, todas se han tratado sicológicamente, adquiriendo un instrumental de análisis que les permite reconstruir sus hogares de orígenes con mayor elaboración. Pero también imaginamos que, si bien hay un procesamiento distinto de los recuerdos, la infancia y adolescencia de las mujeres de sectores populares, por las anécdotas relatadas, fue con un mayor grado de desamparo.

Intentando entonces una nueva forma de agruparlas según su pasado podríamos visualizar tres tipos de vínculos afectivos con sus padres.

En primer lugar, las que tuvieron una infancia y una adolescencia con pocos conflictos, armónica, relativamente feliz. Es el caso de Tatiana, de Paula y de Pilar.

En segundo lugar, están Susana, Cecilia y Gloria, hijas de padres que trataron de cumplir su rol lo mejor posible, las quisieron, pero por la dinámica misma de sus vidas, laborales, en primera instancia, generaron en sus hijas un gran sentimiento de soledad.

En tercer lugar, se ubican Carmen y María José, quienes

vivieron en un nucleo familiar agresivo, no por la falta de cariño hacia ellas en especial, sino por las características de los jefes de hogar, el primero autoritario y mujeriego y el otro alcohólico, lo que generó un clima permanente de conflictos conyugales y familiares.

El lado oscuro de la armonía

Reconociendo como realidad primera el hecho que Tatiana, Paula y Pilar crecieron entre sus padres casi del todo felices - como ellas nos relatan- nos interesa profundizar en las vetas negativas de esa coexistencia con el propósito de entender en parte sus historias de violencia.

Las tres señalan ser hijas de madres cariñosas, inteligentes y dominantes, y de padres que las regalonearon y consintieron. Hijas de hogares profundamente sobreprotectores, en los cuales primó la autoridad de la madre. Es con ellas con quienes tuvieron posteriormente conflictos, pues llegado el momento de contrariar el designio familiar, fueron sus madres las que intentaron imponer su voluntad respecto al futuro que les parecía más adecuado para sus hijas.

En el caso de Paula la madre resintió mucho no haberse educado, por tanto, puso todo de su parte para que sus dos hijas fueran profesionales universitarias. Paula recuerda no haber hecho nunca nada en la casa porque lo único que tenía que hacer era estudiar. Casi no tuvo amigas y su primer novio lo conoció a los 21 años. Y así fue, como su madre quería, la alumna ejemplar, la profesional destacada, hoy, una profesional de prestigio.

Pilar, por su parte, recuerda la comunicación con su madre muy superficial, siempre haciendo cosas de la casa juntas, porque ella era la única mujer de tres hermanos, pero llegado el

momento de expresar sus sentimientos u opiniones, éstas no eran válidas. "Las niñas buenas -concepto en el cual se la educó- no piensan esas cosas, no contradicen a sus padres, no demuestran enojo".

La tercera de estas mujeres, Tatiana, es la que reconoce más abiertamente haber desarrollado una actitud muy sumisa frente al patrón familiar. "Yo fui la tipa menos rebelde del mundo, mis hermanos eran igual, ninguno discutía nada. A lo mejor, porque nos dijeron con mucho cariño las cosas, además de tratarnos muy bien".

En la adolescencia y al momento de escoger novios las tres resintieron la autoridad materna como imposición. Paula y Pilar vivieron todo su noviazgo con el cuestionamiento constante de sus madres. El novio de la primera, al formalizar su compromiso con mucha rapidez, ponía en duda el futuro profesional de su hija, por lo mismo, ésta le hizo la guerra hasta antes de llegar al altar. El pretendiente de Pilar para la madre de ella era demasiado mayor y dominante: "Este gallo encontró arcilla y la quiere moldear a su gusto", siempre le decía. Por ello, y también por las verguenzas sociales o el qué dirán, la madre de Pilar no dudó en tratar que se hiciera un aborto cuando supo que estaba embarazada.

La madre de Tatiana cuestionó permanentemente la adscripción social de los amigos de su hija, para ella el 80% eran "rotos" o de "mala clase". Entonces cuando a los 21 años Tatiana eligió entre dos pretendientes a su marido escogió al de "mejor" apellido, aunque no era el que más quería.

La soledad que marca

Susana, Cecilia y Gloria vivieron soledades diferentes.

El padre de Susana era funcionario internacional y viajaba

constantemente. Su madre -analizada por Susana desde el presente- era una mujer muy frustrada, principalmente por tener que asumir todo sola en la casa. Como eran dos hermanos de sexos distintos, los cariños se repartieron claramente. Ella era la regalona del padre así como su hermano de la madre. Por lo mismo las ausencias de su protector la afectaban de sobremanera. Y más aún por el trato dado por su madre. "Me golpeaba muchísimo, me perseguía por las calles, yo era como la mala de la familia, la diabla, el azote de la casa. Mi hermano en cambio era un santo".

Cecilia, la mayor de 6 hermanos, se da cuenta a los 15 años que se siente muy sola y profundamente exigida. Sus padres, que provienen de un origen muy humilde, han trabajado toda su vida para lograr la holgada situación que en ese momento tienen, exigiéndole a ella que asuma fundamentalmente a sus hermanos.

Esa sobre-exigencia la lleva un día a buscar en la guía telefónica a un siquiatra con quien atenderse. Pero cuando le pide a sus padres que también concurran a la consulta, pues el profesional así lo ha pedido, ellos se niegan a ir aduciendo falta de tiempo. "Nunca entendieron las necesidades que yo les planteaba en ese tiempo, por lo mismo a los 15 años decidí irme lo antes posible". A los 18 años, después de hacer una carrera universitaria en términos maratónicos se marcha.

Gloria proviene de un hogar de clase media más bien baja. Sus dos padres trabajan. El por varios años en la Compañía de Gas y ella como funcionaria del Registro Civil. Esta vida de esfuerzo lleva a su madre a decirle en varias discusiones, después de haber egresado Gloria del colegio, que es hora que se marche de la casa. Gloria, al ser la mayor de sus hermanos, siente que es la única que estorba, y en gran medida por ello decide casarse.

Años después, cuando ella le cuenta a sus padres la violencia que vive en su hogar y estos le preguntan el por qué no les contó

antes, ella dice: "no los quería molestar, no quería traer problemas a la casa".

Hogares con secuelas

Las historias de infancia y adolescencia de María José y Carmen son las que aparentemente dejaron más heridas y secuelas. Las dos visualizan el matrimonio como una buena solución para salir del hogar.

María José es hija de un alcohólico con buena situación económica. Para ella en definitiva es un padre ausente: "Nunca decía nada y cada vez estaba más distante de lo que pasaba en la casa". Sólo recuerda su caminar en zig zag por el pasillo, los encierros en el dormitorio, los gritos y las recriminaciones de su madre, como también sus llantos.

Su adolescencia fue con mucha soledad producto de las prohibiciones: "Que no se puede pintar, que no puede usar minifalda, que hasta las 11 en las fiestas, etc". Más tarde, por el mismo hecho de no salir y encerrarse en su pieza a tocar guitarra, su madre comenzó a cuestionarla: "Por qué no sales, por qué usas puro blue yeans, por qué no pololeas". Pero cuando ella trajo a la casa el primer y único pololo su madre puso el grito en el cielo: "Pero si es un 'roto' por donde lo mires".

Efectivamente el joven elegido por su hija no era un rubio, alto, de ojos azules, como su madre, de apellido aristocrático, esperaba, sino un gordito, bajo, de pelo crespo y nariz aguileña. Pero era él quien aceptaba a María José, a su vez la familia de él la adoraba. María José, sin quererlo del todo, encontraba que era una buena solución para la vida que hasta ese momento llevaba.

Para describir lo vivido por Carmen creemos más elocuente acudir a sus propias palabras.

"Mi papá es muy autoritario, tiene un carácter difícil, fuerte.

Habían muchas peleas en la casa. Cuando estábamos almorzando, de pronto, por cualquier cosa, un grito, un puñete en la mesa: 'Yo soy aquí el que manda', decía y se iba".

"Mi abuelo, con quien vivíamos, era parecido a mi padre. Yo me acuerdo de sus gritos. Eran terribles. Cuando tenía rabia, como no se podía descargar con las personas, le pegaba a los animales. A mí me parecía espantoso. Yo lloraba, me arrinconaba, siempre me escondía. Hasta el día de hoy me dan miedo los gritos, se me entra el habla cuando los escucho".

"Cuando me separé de mi marido y me fui a la casa de mis padres. A las dos semanas de estar viviendo ahí y por llegar tarde, ya que empecé a aceptar horas extras en el trabajo para ganar más dinero, él me dijo: 'Estas son horas de llegar. No puh señora, a esta hora no se llega a esta casa'. Se me vino entonces todo lo de antes de casarme y me dije: 'Yo de aquí voy a salir lo antes posible'. No alcancé a estar dos meses".

A modo de síntesis

El objeto de mostrar algunas facetas de los hogares de orígenes de cada una de estas ocho mujeres es para hacer visible que no hay un hogar tipo -como mucha gente imagina- gestor de futuras mujeres golpeadas. No son padres autoritarios y golpeadores los que priman entre estas ocho mujeres. Ninguna sufrió violencia física permanente contra ellas o contra sus madres. Claro está que si entendemos la violencia no sólo en términos físicos, podríamos reconocer que por lo menos hay dos mujeres que claramente crecieron en un clima familiar agresivo y por tanto se explica en parte el por qué se reproduzca la violencia en su matrimonio.

A pesar que no hay un modelo de hogar -como decíamos-, sí hay un elemento constante en el pasado familiar de estas mujeres. Todas ellas, aunque de distintas formas, vivieron el someti-

miento. Todas fueron hijas de familias, ya sea por la actuación del padre o de la madre o bien de los dos en conjunto, que no las trataron como personas desde chiquitas, con derechos y deberes, eran sólo niñas que debían obedecer y ser educadas. Familias poco atentas al sentido de felicidad de sus hijos y en las cuales el margen de libertad para ellas, en general, estuvo restringido. Ninguna recuerda haber tenido un espacio afectivo con buena comunicación con sus mayores y con posibilidad para expresar sus sentimientos y sus emociones y que estos fueran tomados en cuenta y respetados. A pesar de esto, las ocho reconocen haber sido queridas por sus padres.

Si tomamos la vivencia de la adolescencia y específicamente el despertar afectivo y/o sexual podemos ver como ninguna de estas mujeres pudo dialogar con sus madres, y menos por supuesto con sus padres, en esta fase de sus vidas. La vivieron en soledad, sin el apoyo y menos la palabra amiga de sus mayores. Es decir, el conocimiento del sexo opuesto, con todas las inseguridades y dudas que éste significa, lo vivieron con la ausencia y en algunos casos con toda la presión negativa de sus padres.

Se vuelve interesante también el que todas dan cuenta cómo en sus familias les acentuaron el deberse siempre a otros y no a ellas mismas. La educación recibida no les fomentó la confianza en sus sentimientos y emociones, y cómo debían guiar sus vidas en consecuencia a ellos. Todo lo contrario, se las formó, primero que nada, en el desconocimiento de sus necesidades más profundas y en segundo lugar en el modelo de "la niña buena", la que hace las cosas para agradar a los otro, a sus mayores.

LA DOMINACION.

Al analizar la violencia vivida por estas ocho mujeres de sectores medios, buscamos ante todo descubrir cuáles fueron las constan-

tes que hubo en todas sus historias, cuáles fueron los factores y elementos intervinientes que se sucedieron en uno y otro relato de vida. Esta reiteración es la que permite, en gran medida, ver entre las sombras y descubrir algunas huellas para entender y explicar el por qué de la violencia al interior de estas parejas, vistas como un pequeño universo social.

A diferencia del análisis de las ocho mujeres de sectores populares, incorporamos todas las peleas con violencia (o peleas significativas) que vivieron estas mujeres en sus matrimonios. No sólo las discusiones con golpes, pues hay un importante relato de actuaciones violentas de sus esposos, las cuales tuvieron una gran cuota de agresividad aunque no terminaran en daños físicos. Esta opción no es arbitraria, responde claramente a la concepción que tienen estas mujeres de sectores medios sobre la violencia doméstica. La gran mayoría integra el daño emocional como un golpe más.

Si nos preguntamos sobre los hechos que originaron la violencia en la historia matrimonial de cada una de estas mujeres, descubrimos la primera constante. Los relatos muestran con nitidez como los maridos comienzan a ejercer la agresión cuando la mujer real no se adecua al ideal de mujer esperado por ellos. Se inicia, por tanto, cuando ellas tienen actuaciones o actitudes de acuerdo a lo que creen y sienten y esa manera de ser contradice, consciente o inconscientemente, los deseos y necesidades de sus esposos. La colonización, entonces, se pone en marcha.

Paula, por ejemplo, comienza a ser descalificada cuando no responde sexualmente como su marido esperaba. Siempre fue cuestionada por ser "fría y aburrida" en la cama, pero este cuestionamiento se transforma en agresión cuando ella empieza a dedicarse casi de lleno a su trabajo y duplica el sueldo de su marido, asumiendo un compromiso menor en la casa.

Tatiana y Carmen empiezan a ser insultadas y descalificadas cuando toman conciencia que sus maridos son alcohólicos y

comienzan a oponerse a ese vicio, ya sea ausentándose cuando deciden tomar o bien cuestionando el hecho de que beban excesivamente. Y en el caso de Carmen esta violencia se agudiza cuando ella se niega a darle dinero a su esposo para comprar cigarrillos o alcohol, como habitualmente lo hacía la madre de él antes de casarse.

Susana vive el inicio de la violencia cuando se da cuenta que está embarazada y decide asumir ese hijo, es decir, llevar adelante ese proyecto que no es deseado por su conviviente. Sólo cuando Susana le dice que ha decidido enfrentar ese niño sola, por tanto que él puede marcharse sin ninguna responsabilidad, él cambia su actitud y decide comprometerse, incluso casarse. Sin embargo, las transformaciones en la personalidad de él, como la acontecida esa primera vez, recurren en cada período que ella le exige comprometerse en lo real y concreto de la relación.

También están María José y Cecilia. En el caso de las dos la violencia se gesta alrededor del segundo año de matrimonio, básicamente por comportarse o ser distintas al esquema de mujer maternal que está constantemente dispuesta a cubrir todas las necesidades que su esposo y la casa exigen.

María José se resiste a pensar que su marido es lo suficientemente genio -la familia de él así lo cree- como para postergar la dedicación a su carrera universitaria y atenderlo. En la medida que ella empieza a exigir sus tiempos para estudiar y a no considerarlo la autoridad máxima en todas las decisiones, él comienza a agredirla físicamente.

Cecilia, por su parte, a los 18 años se marchó de la casa paterna por no querer asumir todas las responsabilidades impuestas al ser la hija mayor de unos padres que se habían propuesto surgir económica y culturalmente. Ella, en su matrimonio, expresa constantes molestias por las exigencias domésticas que empieza a implicar su nuevo hogar. A los dos años de matrimonio su

marido, con mucha rabia acumulada por los roles no cumplidos o bien cumplidos con desagrado, comienza a violentarse.

En el caso de Gloria, ella asumió al casarse la casa, aunque no lo suficientemente bien como su marido esperaba, en gran medida por compartir esa actividad con sus estudios de enfermería. Comienzan entonces las descalificaciones y humillaciones. La violencia física se inicia el quinto año de matrimonio, cuando ella cuestiona las preferencias de su esposo por su segundo hijo hombre y sale en defensa de su hija mayor, quien llena de celos, molesta constantemente a su hermano recién nacido.

Y por último, la violencia contra Pilar se inicia después de 17 años de matrimonio, cuando ella, contrariando la decisión de su marido, decide salir a trabajar. Antes se podría hablar de una pareja "feliz", con unos períodos mejores que otros, como sucede habitualmente en todas las parejas, aunque Pilar señala haber vivido siempre al rítmo de él, bajo sus condiciones e imposiciones. Reconoce haberse adaptado a ese modelo de relación postergando sus necesidades, ya que durante esos años -dice- no llegaba ni siquiera a reconocerlas.

Lo exigido o esperado por estos maridos es diverso. Sin embargo, intentando clasificar estas exigencias podemos ver que hay una mujer agredida por iniciar un proyecto que no es el de su compañero, como es tener un hijo. Hay dos mujeres que se las comienza a violentar por reproducir ellas también la sanción social que se les aplica a los alcohólicos y a los hombres que no son proveedores. Y hay cinco mujeres que son cuestionadas con violencia por la dedicación que hacen a su proyecto personal, su trabajo o estudio.

Centrándonos en estas cinco últimas mujeres, sus maridos les exigen una adaptación al prototipo de mujer-esposa socialmente aceptado. Este básicamente propone que ellas deben acompañar a sus maridos, postergando sus proyectos, necesidades y deseos a un segundo lugar.

Esta exigencia tiene distintos énfasis. Sólo a una de estas mujeres se le prohíbe que trabaje. Y cuando ella se rebela y acepta un cargo, su marido se comporta igual que los esposos de Paula y Gloria: exigiendo horarios limitados y controlando los mismos. Las tres deben salir de sus actividades laborales e irse directamente a la casa, no les está permitido tener vida social autónoma en los lugares que se desempeñan.

Gloria, por ejemplo, no podía ir a estudiar a casa de amigas. Una vez que sencillamante lo hizo, por la urgencia de una prueba, y lo llamó a la oficina para que la pasara a buscar en auto de noche, él, además de no contestar esa llamada, durante tres cuartos de hora no le abrió la puerta cuando ella llegó en autobus a la casa. Gloria tenía 7 meses de embarazo.

Pilar, por su parte vivió algo similar. A los pocos años de casarse, un día después de su consulta, se fue a ver a su hermana que había tenido un bebé. Al llegar a la casa a las 11 de la noche y no a las 9 como su marido esperaba, éste le abrió la puerta media hora más tarde.

En el caso de María José y Cecilia sus maridos no hacen un control celoso de sus tiempos laborales y la casa no es utilizada como cárcel. Pero los dos exigen que ellas privilegien las necesidades que ellos y la casa demandan, claro está, para poderse dedicar ellos de lleno a sus actividades. María José debió acomodar cientos de veces sus horarios de estudio porque "la única actividad importante en la casa era la de él". Cecilia relata haber limitado su participación en las actividades extra-programáticas que su trabajo demandaba, a pesar que eran para ella una fuente de realización y crecimiento, ya que su marido le sugería que mejor dedicara ese tiempo no pagado a la casa.

Resistencias.

Al releer los pasajes de las entrevistas en los cuales estas ocho mujeres se refirieron al inicio de la violencia en sus matrimonios, surge un elemento diferente o complementario y que se suma a lo que veníamos analizando. Este es la seguridad que estas mujeres tuvieron en las actuaciones o actitudes que sin ser conscientes contradecían los deseos y necesidades de sus maridos. La convicción con que actuaron estas ocho mujeres se vuelve un elemento que también participa en la gestación de las rabias, las amenazas y posteriores golpes que les propinan sus maridos.

Al hablar de convicción podría pensarse en mujeres fuertes que no dudaron en enfrentar a quienes se les opusieran a sus propósitos, en este caso sus maridos. Lo curioso es que casi todas dicen que en ese primer período de matrimonio eran más bien "niñas" sin capacidad de pelear por lo que creían justo y cuya única respuesta era llorar frente a lo acontecido. Sin embargo, y a pesar de ello, reconocen haber tenido convencimiento en su actuar, no entendían que fuera éste el que hacía violentarse a sus maridos, básicamente por ser la continuidad de una forma de ser de ellas.

María José y Cecilia, por su opción liberal y progresista y por haber escogido maridos que en el discurso tenían los mismos planteamientos, no dudaron en exigirles igualdad de condiciones en la casa. Para ellas era algo natural, no llegaban ni siquiera a imaginar que podía ser de otra forma. Por lo mismo, sus actitudes y conductas tuvieron esa impronta.

En el caso de Pilar, Paula y Gloria, la relativa seguridad en su actuar fue dada por sentir que frente a la situación que vivían no cabía otra posibilidad y sus maridos tenían que entender. Dicho de otro modo, acataron muchas de las cosas que sus esposos les impusieron, pero dejar de trabajar o atender el hogar con más

dedicación, eran exigencias incompatibles con el proyecto laboral en el cual estaban embarcadas. Pilar, sin embargo, al año y medio de aceptar su primer cargo laboral renuncia como una forma de salvar su matrimonio, pero con la certeza de estar haciendo una concesión.

Paula, a su vez, era cuestionada y posteriormente agredida por no manifestar los mismos deseos sexuales de su esposo, conducta que ella, en la medida que asume más responsabilidades laborales, explica como natural debido al desgaste de energías, además de decirle a su esposo que él cuando la había elegido sabía que era una persona más bien fría y poco pasional.

Carmen y Tatiana actuan enjuiciando a sus maridos con la seguridad de estar amparadas en una sanción que el mundo también les habría hecho al conocer los niveles de alcohol que bebían.

Susana, que sostenía económicamente el hogar, no entendía el por qué su conviviente se resistía a tener un hijo, más cuando él decía amarla.

Al exponer las actitudes y conductas de estas ocho mujeres y las respuestas de sus maridos, podría llegar a pensarse que si ellas no hubieran "desafiado" la autoridad de sus esposos, en el sentido general del término, adaptándose a lo que ellos querían, no habrían sido agredidas.

Para dar respuesta a esta posibilidad se hace necesario no hablar más de desafíos sino de resistencias, ya que las actitudes y conductas que ellas emprendieron no llevaban consigo una respuesta activa o consciente, no eran un intento claro de oposición o cuestionamiento a sus maridos. Se trató simplemente, sobre todo en los primeros años que surge la violencia, de la expresión de una forma de ser de ellas, sencillamente fue la exteriorización de sus identidades. Por lo mismo, la violencia no dependió de ellas, sino de la arrogancia de la autoridad de sus maridos. "No sabía por qué me pegaba" fue una frase que

muchas repitieron en las entrevistas refiriéndose a esa primera época de pareja.

Posteriormente, cuando el golpe, el grito, la descalificación forman un modo de relacionarse de estos maridos con sus mujeres, sólo basta que una cosa les parezca mal para que acudan a la violencia. El tono alto, el grito, la descalificación, se transforma en la respuesta más cotidiana y cuando sus mujeres materializan -según el parecer de ellos- alguna actitud o conducta muy reprobable se "permiten" el golpe. Ellos son la "autoridad" y por lo mismo tienen autoridad para retar, castigar, golpear.

En síntesis, se podría llegar a decir que estas mujeres fueron violentadas por sus maridos por ser distintas: por no tener la misma mirada que ellos, por no poseer sus rítmos, por valorar de una forma diferente las cosas, por manifestar necesidades y deseos no iguales a los de ellos, por expresarse con otro lenguaje. En esta medida el concepto de colonización se vuelve aún más adecuado, ya que no se trata de la oposición e imposición a quien se opone, sino a quien sólo es diferente al modelo del colonizador.

Los motivos.

En la primera parte de este capítulo veíamos como estos ocho maridos comenzaron las descalificaciones, las amenazas y los golpes contra sus mujeres con el claro propósito de dominarlas, de opacar sus identidades. En las siguientes páginas nos interesa profundizar en los motivos más concretos que hubo tras todas las peleas que ellas relataron haber vivido a lo largo de su matrimonio. En realidad no se trata de todas sino de aquellas que recuerdan, por tanto, de las peleas más significativas.

Igual que en el análisis de las ocho mujeres de sectores populares, al determinar los motivos que tuvieron sus maridos

para protagonizar peleas con violencia, pedimos a las entrevistadas que nos relataran el contexto de esas peleas, ojalá incluso lo dicho por ellos para poder deducir de ahí los motivos presentes. A su vez incorporamos los motivos que ellas mismas piensan haber estado actuando como gestores de violencia.

Es necesario insistir también que la violencia no se gesta por un hecho aislado, exclusivamente por alguno de los motivos que enumeraremos, sino por un sinnúmero de actuaciones mutuas que tienen su momento climax en un hecho. De igual forma nos atendremos a estos hechos concretos, a lo más visible entonces, ya que el seguimiento de todos los entretelones de una relación de pareja es imposible llevar a cabo, por lo menos en este estudio.

Entonces, al hacer un recuento de las peleas más significativas con violencia descubrimos que entre los principales motivos que hubo tras ellas se encuentran:

-el cuestionamiento o desafío a la autoridad del marido,
-el dinero,
-el miedo al engaño,
-el "no cumplimiento" del rol de madres-esposas(*),
-la oposición al alcoholismo del marido
-y el no deseo sexual de ellas.

Es difícil jerarquizar los motivos, ya que en algunas historias se dan varios a la vez. Sin embargo, si asumimos un criterio cuantitativo -aunque no siempre el más adecuado para analizar la realidad- podría decirse que los motivos más presentes son los cuatro primeros antes indicados.

(*) Ponemos no cumplimiento entre comillas ya que nunca se trató de un abandono total sino sólo de una relativa postergación de ese rol.

Creemos que no aporta demasiado narrar las situaciones de violencia que se generaron por estos cuatro motivos-conflictos. Sí en cambio, aunque sólo entendido como referencia, se vuelve interesante señalar las diferencias que hubo respecto a los motivos existentes entre un sector social y otro.

Primero, hubo un cambio de orden y segundo, se incorporó un motivo diferente.

Sectores populares	**Sectores medios**
-desafío de la virilidad	-desafío de la autoridad
-desafio de la autoridad	-el dinero
-miedo al engaño	-miedo al engaño
-el "no cumplimiento" del rol de madre-esposa.	-el "no cumplimiento" del rol de madre-esposa

Es importante a su vez, el hecho de que "el desafío de la virilidad" no sea un motivo fundamental para golpearlas. Estas ocho mujeres de sectores medios, con la excepción de dos de ellas, viven su sexualidad en forma relativamente placentera, y si bien en algunos casos no fue del todo así, a ninguna de las seis se las golpeó, amenazó o humilló por no querer hacer el amor.

Por otra parte, si se compara el ideal de mujer buscado por los hombres de sectores medios con el esquema de mujer deseado por los hombres de sectores populares, podríamos decir que en alguna medida el concepto de mujer que hay detrás de los primeros es más evolucionado. Sólo uno de estos maridos se resiste explícitamente a que su mujer trabaje, no todos les restringen la interacción social y sólo dos de ellos llegan a violentarlas sexualmente, compartiendo los otros seis la sexualidad con relativo respeto a los deseos de ellas. Sin embargo, en términos generales, los comportamientos de estos maridos de sectores

medios siguen concibiendo a sus esposas como personas que no se deben en primera instancia a sí mismas.

Esto en lo fundamental se debe a que estos hombres en concreto, y los hombres en general, sienten que ellos son los que todavía gobiernan y deben gobernar en el mundo público. Las mujeres -dicen- sólo hacen un ejercicio lateral y prescindible. El trabajo doméstico es parte de la naturaleza de la mujer, mecánico, monótono, no requiere especialización, por tanto tiene menor valor real, teniendo que depender entonces del "gran" trabajo realizado por los hombres. Por lo mismo, la cantidad de exigencias, sinsabores y competitividades que les significa a ellos cotidianamente sobrevivir en esta "selva" o llegar a ser triunfadores, les impone como necesidad que "sus" esposas resuelvan el mundo del hogar, se deban a él, y por sobre todo que no pongan en duda la autoridad del marido, en el amplio sentido del término. Si lo hacen las mujeres estarían cuestionando la autoridad pública y privada que la Historia les ha otorgado durante siglos, por lo cual, quedarían expuestos a que su mismo género los cuestionara por "poco hombres".

Poder que se comparte en apariencia

De los cuatro motivos que priman en las peleas con violencia que sostuvieron estos maridos, el dinero es el único que no había aparecido con esta misma relevancia entre las "razones" principales que llevaron a los hombres de sectores populares a golpear a sus mujeres. Por lo mismo creemos importante ejemplificar algunas de las situaciones que generaron conflicto con violencia producto de este elemento.

El marido de Gloria le exige, una vez que ella se titula, que le entregue todo el sueldo recibido, aduciendo que ella está en deuda por haber financiado él su carrera universitaria. Cada vez

que ella se compra algo su esposo hace inmensos escándalos. Gloria finalmente comienza a mentir sobre lo comprado: "No, me lo regaló mi hermana, mi mamá, etc".

Susana en un período de su relación de pareja y cansada por la falta de compromiso afectivo de su marido, le exige que entrege dinero a la casa. El, hasta ese momento, no aportaba nada a la economía del hogar por estar estudiando. Esta exigencia genera tal rabia que, en un momento de descuido, él le pega un puntapié en la columna dejándola inmovilizada y con el coxis fracturado.

El marido de Pilar le estrella una vez la cabeza contra el piso después que ella le dice con autosuficiencia: "Que importa quien pague qué", refiriéndose al hecho de haber financiado ella el viaje de estudios de la hija mayor. Y cuando ella deja de trabajar, por la oposición que él hace respecto a esa actividad, le restringe totalmente el dinero y le exige que gaste todo lo que había ahorrado.

Para terminar, y con el objeto de graficar lo mejor posible las distintas facetas de la violencia por el dinero, están los casos de Paula y Cecilia.

El marido de la primera comienza a violentarla justamente cuando llega a duplicar el sueldo de él. Después, cuando ella decide separarse, él constantemente le repite: "Un día de estos te voy a dejar inválida de las dos manos para que así tengas que depender de mí"(y volver a mí).

Cecilia siente que la tercera etapa de violencia en su matrimonio se inicia por diferencias sobre el uso del dinero. La madre de su marido se enferma y ellos deciden apoyarla económicamente. Pero Cecilia comienza a oponerse cuando por hacerlo deben restringir al máximo sus gastos, teniendo incluso que vender su auto. Y esa oposición la sostiene porque el padre de su marido es dueño de 4 casas y ella piensa que sólo bastaría que vendiera una de ellas para solventar los gastos. Sin

embargo, para el marido de Cecilia se trata de un compromiso afectivo. Por lo mismo, las rabias mutuas, llevan a reeditar una etapa de golpes después de haber conquistado una cierta armonía en la relación.

Al analizar estos distintos ejemplos, es preciso recordar que el poder económico era hasta hace muy pocos años atrás un dominio casi exclusivo de los hombres. Por ello no es extraño que estos maridos respondan con violencia ante conductas de sus mujeres que quiebran o intentan quebrar ese esquema heredado. Y a su vez, es muy explicable que este motivo no esté presente en las peleas que sostuvieron las mujeres de sectores populares, ya que por lo menos las ocho entrevistadas no tenían poder económico, y si por momentos lo tuvieron sólo sirvió para pagar algunos gastos, en ningún momento obligó a sus maridos a compartir las decisiones económicas.

Aunque parezca simple expresarlo de esta forma creemos que los ejemplos antes descritos podrían resumirse en tres términos.

-Primero, cuando la mujer adquiere poder económico, si no lo ha tenido, se genera conflicto: más aún cuando llega a tener mejores ingresos o dinero suficiente para autosostenerse.

-Segundo, cuando la mujer entra a decidir también sobre el uso del mismo, aferrándose a su derecho por aportar también a la economía del hogar.

-Tercero, cuando la mujer cuestiona al marido por no aportar o aportar muy poco a la casa.

El macho desnudo.

Después de haber entregado algunas pistas sobre algunos de los factores intervinientes pensamos necesario reflexionar en términos generales sobre el por qué estos hombres concretos y los hombres en general utilizaron y utilizan la violencia.

Jorge Corsi, psicólogo y director del Post Grado de Violencia Familiar dado en la Escuela de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (*), entrega mucha luz al respecto: "Vivimos en una cultura violenta y es más, que justifica la violencia. Y en esta cultura los hombres son preparados para dirimir los conflictos de esta forma. Cuando en un colegio, por ejemplo, dos compañeros de clase se golpean pasa a ser un incidente más, y en muchos casos se alienta esa manera de solucionar las diferencias. En cambio, si los protagonistas de esa violencia son dos mujeres una gran sanción recaerá sobre ellas. A esto se agrega, que generalmente se golpea y somete al más débil. Y nuestra cultura ubica a la mujer en una condición de debilidad y sometimiento".

Este planteamiento podría llevarnos a pensar que los hombres golpeadores, así como las mujeres violentadas, son víctimas de igual carácter de una sociedad con roles diferenciados. En parte, bajo una mirada de determinación macro-cultural, esto es cierto. Sin embargo, hay dos elementos fundamentales que cuestionan esta posibilidad de considerar a hombres y mujeres igualmente víctimas.

En primer lugar, la violencia ejercida causa daños reales y concretos y las más dañadas son las mujeres y no los hombres. En segundo lugar, la utilización de la agresión, y estas ocho historias así lo expresan, fue con el propósito de mantener el status quo

(*) Ponencia sobre Violencia Familiar expuesta en Chile cuando vino invitado por SERNAM en 1991.

que favorece a los hombres. Es decir, la violencia desencadenada por estos maridos fue para asegurar y mantener el estado de privilegio al interior de la pareja o bien fueron los intentos deseperados de hombres que vieron debilitarse su poder o sintieron cuestionada la autoridad que la sociedad les otorgaba y otorga.

Entonces declararlos igualmente víctimas creemos que en alguna medida avala y permite la posibilidad del golpe cuando las mujeres, cualquiera sean, intenten transformar, consciente o inconscientemente, su realidad de sometimiento a la autoridad del marido.

En esta misma línea de reflexión es significativo agregar que cinco de estos ocho maridos golpearon a sus mujeres cuando ellos se encontraban en una situación de inestabilidad laboral. Es decir, respondieron con violencia cuando lo que los define como "hombres" socialmente, ser los proveedores, estaba en una condición de debilidad.

Por último, cabe preguntarse si este tipo de hombres presentan características determinadas. Si nos atenemos a las apariencias externas, cinco de estos ocho maridos son claramente personas autoritarias, dominantes. Sin embargo, tres -dicho por sus mismas esposas- tenían mucho mejor carácter que ellas, eran seres absolutamente pacíficos. Y a su vez, casi todos eran personas simpáticas, alegres, hombres que, evaluados en el marco de reuniones sociales, nadie pensaría que golpeaban a sus mujeres.

Características reconocibles, por tanto, no podrían llegar a formularse. No obstante, hay un elemento común a todos ellos, cual es, la incapacidad de expresar sus deseos y sentimientos.

LAS RESPUESTAS

María José, Carmen y Paula se separan después de un fuerte

estallido de violencia de sus maridos. María José a los ocho años de matrimonio, Paula a los diez y Carmen después de haber estado dieciséis años casada. El nivel de violencia desarrollado por sus esposos en esa última pelea las lleva a sentir la posibilidad de la muerte y por tanto la necesidad de poner un límite.

Carmen huye de su casa y recurre a unos vecinos después que su marido la persigue con un cuchillo y una mirada "enajenada". Cuando su familia la viene a "rescatar", ella por primera vez cuenta todo lo vivido en su matrimonio. El apoyo y la decisión de sus padres de que no vuelva nunca más con ese hombre, la llevan finalmente a mantener esa decisión.

Paula también es "rescatada" por su familia y es ésta quien más tarde presiona para que ella no cambie la decisión tomada.

María José es la única que decide en la soledad de su conciencia. Y es la desmedida alteración de su marido por un motivo insignificante -haber llegado diez minutos tarde con su hijo cuando él había programado ir al estadio con el niño-, lo que la hace, a pesar de estar embarazada de su segundo hijo, optar por vivir sola.

Cecilia y Gloria se separan al reeditarse los golpes en su relación de pareja. Las dos imaginaban haber superado la etapa de violencia en su matrimonio. Por lo mismo, visualizan que es la única salida, ya que sienten que sus maridos nunca van a cambiar. Sin embargo, un año más tarde, después de profundos cambios en sus esposos, aceptan regresar, pero sobre la base de una relación completamente diferente. En el caso de Gloria, la decisión primera de terminar también estuvo determinada por descubrir que su marido mantenía una relación con otra mujer.

Pilar y Susana decidieron un simple día pedirles a sus maridos que se marcharan. Las dos sentían en alguna medida seguirlos queriendo, pero a la vez entendían que ya no aguantaban más la situación de violencia que se mantenía al interior de sus hogares, a pesar de haberse terminado los golpes físicos contra

ellas. Sus maridos a su vez no mostraban ningún intento por cambiar sus actitudes y conductas.

Tatiana es la única de las ocho que no ha logrado terminar definitivamente con la violencia. Hace dos años atrás erradicó la violencia física después de amenazarlo de muerte si le volvía a poner una mano encima. Sin embargo, la violencia verbal continúa intermitentemente, pero hace un año siente manejar mejor la situación. Cada vez que su marido se vuelve muy violento ella se marcha de la casa y los insultos cotidianos los responde sin inmutarse.

Capacidades que se aprenden

La capacidad para separarse de un marido violento o de transformar una relación de violencia está relacionada principalmente con dos factores:

-El apoyo sicológico que estas mujeres solicitaron.

-La independencia económica que adquirieron o tenían.

En primer lugar destacamos la ayuda terapéutica porque ésta contribuyó fundamentalmente con el desarrollo de la autovaloración de estas mujeres y de su capacidad para poner límites a las cosas que las dañaban. Las palabras de Cecilia son muy sugerentes para entender lo antes expresado. Ella, después de participar en tres terapias y en un taller sobre violencia doméstica, pudo llegar a decirle a su marido: "La única razón por la que estoy contigo es porque estoy enamorada. Pero lo que sí tengo claro es lo que no voy a permitir que suceda por estar enamorada".

Todas las mujeres entrevistadas, con excepción de una, recurrieron a terapia sicológica. Todas ellas afirman que lo hicieron

porque querían transformar la relación de violencia desde dentro del matrimonio y asumiendo que ellas también eran responsables de lo que sucedía. En general llegaron a la consulta porque no entendían lo que estaba pasando en sus parejas y se sentían muy culpables. El esposo de Gloria, por ejemplo, cuando ella le dijo que quería asistir a una consulta siquiátrica le respondió: "Anda no más si tú eres la loca". Y después, cuando el terapeuta lo convovó a él, sistemáticamente afirmó: "Ella es la que no sabe manejar las situaciones, ella es la que hace que yo me violente". Es importante indicar aquí lo diferentes que eran estas mujeres antes de ir a consulta o incluso antes de separarse. Todas reconocen haber tenido un gran cambio respecto a sus parejas. Antes eran mucho más dependientes, más niñas, esperaban constantemente la aprobación de sus maridos. Su forma más natural de reaccionar era llorar, les costaba defender sus puntos de vista y fácilmente aceptaban el discurso de sus esposos.

Pilar dice refiriéndose a las discusiones que tenían: "Mi marido me hacía bailar como quería. Cuando comenzaba a culparme por alguna de mis actuaciones, yo me limitaba a defenderme, no era capaz de argumentarle con otra lógica". En relación a lo mismo varias nos relatan que recién ahora, después de haberse separado hace 3, 4 ó 5 años de sus maridos, comienzan a descubrir que lo dicho por ellos no era "la" verdad, sino "su" verdad, motivada por un interés muy egoísta. Respecto a la independencia económica creemos que por sí sola, y estas historias lo demuestran, no se constituye en un factor que posibilita no vivir violencia en el matrimonio. El hecho de trabajar o llegar a recibir un sueldo, no les asigna a ellas automáticamente autoconfianza y capacidad para tener claros los límites respecto a sus parejas. Sin embargo, es significativo el hecho que las dos mujeres que accedieron a recibir un sueldo, después de haber dependido de sus maridos durante varios años, sí señalan este factor como muy determinante para saber parar la violencia y decidir

separarse. El trabajo las hace reforzarse como mujeres, descubren capacidades que no imaginaban tener y eso las hace verse mejores y más fuertes ante sus maridos, quienes las descalifican y humillan constantemente.

El caso de Paula es sugerente respecto a este punto. Ella, después de años de vivir la descalificación por su falta de iniciativa sexual, se vuelca casi de lleno a su trabajo, duplicando el sueldo de su marido. Reconoce que es esta capacidad proveedora la que le permite desdeñar esas descalificaciones, al demostrarle en los hechos a su marido y a sí misma como en otras áreas de su vida, para la cual fue formada, es claramente más capaz que él.

Pero la independencia económica sí se vuelve un factor decisivo en relación al tiempo de duración de la violencia doméstica. La posibilidad de autosostenerse o de contar con un cierto dinero y tener además una familia que las puede recibir, las lleva a todas a separarse después de un período no muy largo de golpes y agresiones emocionales. Cinco de estas mujeres resistieron no más de cuatro años de violencia física, sólo María José y Carmen, quienes provenían de hogares con altos grados de violencia, superaron esta cifra. María José dice que fue exclusivamente por no tener condiciones económicas, ella es la única que dependía totalmente de su marido. De igual forma a los ocho años de matrimonio, de los cuales seis fueron con violencia, decidió hacerlo.

Carmen es la excepción, ella, desde un principio de la relación pudo autosostenerse. Entonces, las razones por las cuales permaneció dieciséis años casada, siendo catorce violentada, las analizaremos más adelante.

Hay otro aspecto que también es decisivo en relación a la independencia económica, aunque también está relacionado con el sector social al cual pertenecen estas mujeres. Este es la posibilidad de tener acceso a una terapia sicológica y a no tener

prejuicios respecto a ésta. Todas, con la excepción de María José, se autofinanciaron por decisión propia un tratamiento sicológico, el cual, al final, permitió su autovaloración y poder plantearse de una forma distinta en su relación de pareja.

El por qué se mantienen en una relación de violencia

A pesar que parezca una razón que sólo excusa esta realidad de violencia, todas estas mujeres relatan, con excepción de María José, lo maravilloso que eran sus maridos una vez que se les pasaban los momentos de rabia. Esos nuevos momentos podían durar horas, días o meses y en ellos acontecía una transformación a la inversa. De hombres duros y sin sentimientos se volvían niños deseosos de ser arrullados por sus esposas, juguetones y cariñosos y a su vez muy entretenidos, siempre inventando panoramas que alteraban la rutina. Seres vulnerables y tiernos, incapaces de hacer daño, más bien ellos eran los que necesitaban protección. Y es precisamente desde esta calidad de niños, que sus mujeres se dejan reconquistar y perdonan la violencia desencadenada.

La segunda razón presente para mantenerse en una relación de violencia es la intermitencia de esta violencia. Al no ser una conducta constante de estos esposos y sobre todo por estar mediatizada por momentos de gran ternura, los arrebatos de rabia y los períodos de violencia se los vive así, como momentos en el tiempo que deberán acabar definitivamente.

La tercera razón común a casi todas estas mujeres es el sentimiento de culpa que ellas incorporan. Se sienten responsables de la violencia y por lo mismo en gran medida la disculpan. Es sintomático el hecho que ellas hayan sido las primeras en

acudir a consulta terapéutica y no sus maridos.

La cuarta razón, que creemos también participa en la decisión de continuar al lado de estos maridos golpeadores, es el convencimiento de que ellas se habían casado "una sola vez y para siempre". Cinco de estas ocho mujeres así lo expresaron. Por lo mismo, ninguna imaginó siquiera la posibilidad de separarse cuando se inició la violencia en su vida de pareja. Sólo cuando ésta se reiteró en términos desesperantes optaron por vivir solas con sus hijos.

El relativo conflicto que estas mujeres tuvieron con su casa paterna vendría a ser la quinta razón. Casi todas ellas, siete de las ocho, por diversas razones, prefirieron no acudir, en un primer momento, a la casa de sus padres. Optaron por guardar el silencio, algunas meses, otras años, antes de hacer público frente a sus familias los conflictos que vivían en su matrimonio.

Ninguna pensaba que no se las iba a acoger, pero sí estaban claras que lo iban a hacer con condiciones. Gloria y Carmen sentían que no podían volver, ni siquiera contarles lo que vivían, ya que sus hogares paternos tenían suficientes conflictos como para sumar los de ellas. Cecilia, Pilar Paula, Tatiana y María José se habían casado con la oposición de sus familias, por tanto, regresar al hogar paterno era aceptar el fracaso y en alguna medida ponerse a disposición de la autoridad familiar.

María José es quizá el extremo de esta situación. Cuenta que una vez que tomó conciencia de la violencia vivida, prefirió permanecer junto a su esposo, lo veía como el mal menor. Volver a la casa de sus padres -económicamente no se podía sostener- era mucho peor que lo vivido junto a su marido. Asumir el fracaso, sobre todo ante su madre, le iba a significar tener que someterse de ahí en adelante a todos sus designios, ya que con su regreso se comprobaba la razón que había tenido ésta al oponerse a ese matrimonio. María José sentía que en su relación siempre

cabía la posibilidad de conquistar la tranquilidad y el deseo, había esperanza; en cambio, en la casa de sus padres no había salida y por lo mismo se había casado para irse.

Al detenernos en algunas de estas historias surgen otras razones, más particulares, que explican también el por qué se mantuvieron tantos años en una relación de violencia.

Gloria, por ejemplo, siente que ella permanece los cinco primeros años de matrimonio básicamente porque no fueron años del todo "insostenibles". Todavía no se iniciaban los golpes y si bien habían muchas descalificaciones y humillaciones, ella se sentía la más responsable de lo que pasaba. Además, como su marido trabajaba en provincia, sólo estaba en casa los fines de semana y eso hacía todo más tranquilo.

Al iniciarse los golpes, éstos no duraron más de un año y justamente ocurrieron en el marco del nacimiento de su segundo hijo, hecho que la ata aún más a su matrimonio. También ella dice que en ese período descubre que la mayoría de los maridos de sus amigas tenían amantes, entonces, el hecho de que su esposo le guardara hasta ese momento fidelidad era de gran valor para ella.

Carmen por su parte, relata que desde antes de casarse, al conocer muchas vidas de hijos de padres separados, ella había afirmado que era preferible aguantar cualquier cosa antes de romper el matrimonio. Entonces, cuando le toca dirimir sobre su situación, a los 5 años de matrimonio y sintiendo que se había desenamorado de su marido, decide permanecer en la relación exclusivamente por sus hijos. Su esposo, según ella, era un excelente padre cuando no ingería alcohol, por lo mismo, no quería apartarlo de los niños.

Hay otros hechos que ella no los integra dentro de las explicaciones, aunque es claro que deben haber pesado en alguna medida en la decisión de permanecer 16 años con uno de los maridos más violentos, comparándolo con los otros siete.

En primer lugar, ella proviene de una familia autoritaria y violenta, por tanto separarse le habría significado volver al hogar paterno, a ese clima agresivo del cual decidió irse.

En segundo lugar, al tener una familia de ese tipo la hizo no contar con un paradigma distinto para comparar, para analizar su relación de pareja.

En tercer lugar, la familia de él tiene una situación económica muy distinta a su familia, socialmente es más reconocida y tiene muchísimo más dinero. Cuánto puede haber pesado en ella perder ese status adquirido, es un elemento a considerar.

En cuarto lugar, Carmen relata como su marido, durante todo el matrimonio, le enviaba constantemente tarjetas y cartas expresándole su cariño. En general coincidía con los momentos posteriores a una pelea o discusión, pero las miles de cajas de bombones y flores que recibía además de las misivas, no dejan de ser relevantes en su mirada hacia él.

En quinto lugar, ella reconoce a su marido como alcohólico, más que como golpeador, padecedor de una enfermedad. Por lo mismo, y además por el hecho de ser ella una persona cristiana practicante, separarse, abandonarlo, es visto como un acto muy reprochable de su parte.

Continuando con las explicaciones, Pilar alcanza a durar sólo dos años a partir desde el momento que se inicia la violencia. Dos años contra 17 de matrimonio relativamente feliz. Por lo mismo, siempre esperó que su marido volviera a ser el que ella había conocido, el hombre que se desvivía por su casa y que trabajaba muchísimo para darles el mejor bienestar.

Para concluir quisieramos decir, que en ninguna de estas mujeres encontramos, como a veces se cree de las mujeres golpeadas, una disposición de deseo hacia la violencia. Todas ellas hicieron múltiples esfuerzos, en cada una de las etapas de su matrimonio, para transformar y superar esa forma de relacionarse de sus maridos. Y si vivieron esta experiencia es en gran

medida por el modelo de mujer en el cual fueron socializadas, porque es claro, que si hubieran tenido desde un principio las fortalezas y las claridades que posteriormente adquirieron, muy posiblemente no habrían vivido esos años de dolor.

UN FINAL PARA TODAS

El desarrollo de la violencia en una pareja es un ciclo que ya diversas investigaciones han podido definir claramente. Tiene un inicio, toda una fase de acumulación de rabias y culpas; un momento clímax, en el cual se produce la agresión concreta; y un desenlace, llamado luna de miel porque es el período en el cual los maridos golpeadores se arrepienten y generalmente el núcleo familiar vuelve a adquirir la armonía originaria. Este ciclo se repite una, dos, veinticinco, sesenta veces o durante todo una relación de matrimonio.

El proceso de "darse cuenta" de las mujeres agredidas sobre la violencia que sufren, también, en casi todos los casos, es un ciclo muy claro.

Este proceso de conocimiento crítico se compone, casi siempre, de tres períodos en el tiempo. El primero es toda la fase de recibir la agresión sin entender realmente que está pasando. En el segundo, las mujeres comienzan a responder la violencia. Y el tercero, cuando logran detenerla, ya sea separándose o logrando que sus maridos cambien internamente y transformen su forma de relacionarse.

Primera fase.

Respecto al primer período de este ciclo las dieciséis mujeres entrevistadas nos relataron como los primeros meses o años de

violencia en la vida matrimonial las sorprendió tanto que no atinaban ni siquiera a defenderse, sólo lloraban con desesperación. Era como si de pronto sus maridos se hubieran transformado en "hombres-lobos" y ese cambio era tan rápido, que la única reacción posible era un no creer lo que estaba pasando. Además, como esas agresiones están compuestas también por períodos de calma y armonía, siempre hubo para ellas la esperanza de que todo volviera a la normalidad.

Todas recuerdan ese período saturado de culpas y descalificaciones que les hacían sus maridos y, a su vez ellas, esforzándose por desplegar todas sus energías: asumiendo más la casa, los hijos, la atención hacia el marido, como una forma de intentar transformar la situación vivida.

Para los maridos, a pesar que varios se arrepentían, ellas eran en última instancia las responsables de lo que estaba pasando, ya sea por lo que hacían o por lo que dejaban de hacer. Y ellas, en gran medida, asumían esa supuesta responsabilidad. Entonces, la violencia física contra estas mujeres se ejerció mientras, vía culpas y humillaciones, su amor propio estaba en el suelo.

Según los maridos de las 8 mujeres de sectores medios, Gloria no servía para nada, nunca hacía bien las cosas de la casa; Cecilia y María José vivían solo para ellas y no se comprometían con la relación que "supuestamente" habían asumido; Pilar y Paula abandonaban a sus "pobres" hijos y a su marido; Tatiana y Carmen eran las agresoras pues no acompañaban a sus esposos y es más, los molestaban sólo por el hecho de tomar ellos un simple trago de alcohol; Carmen, además, no lo apoyaba económicamente; Susana, por último, intentaba apoderarse de su esposo utilizando el recurso más bajo: quedando embarazada.

El tiempo de duración de esta fase de descalificaciones, culpas y agresiones es muy relativo. En el caso de estas mujeres duró entre uno a cuatro años, hasta que ellas entendieron, en parte, que la conducta de sus esposos al parecer era definitiva. Comen-

zaron entonces a defenderse, dando inicio así a lo que podríamos denominar la segunda fase.

Segunda fase.

Cecilia, quien es la única que puede determinar muy bien en el tiempo cuando se inicia este segundo período, dijo a su marido, en el marco de una discusión, después de haber pasado un año sin violencia en la relación de pareja: "Primero, no fue mi culpa; segundo, si te quieres ir te vas tú; y tercero, si va a haber violencia va a haber violencia, no me voy a quedar gritando como una loca, yo también voy a tirar platos, voy a armar escándalo, voy a patear, voy a pegar combos, me voy a defender".

En general, la respuesta no adquirió carácter físico, estas mujeres respondieron más bien verbalmente y en los casos que usaron su fuerza física fue sólo para defenderse.

Una de ellas, Tatiana, recuerda una vez que estaban en cama y su marido le comenzó a apretar los dedos, como habitualmente lo hacía. Ella entonces le dijo: "Suéltame porque o sino te voy a apretar un 'coco'". Su marido sin creer la amenaza siguió apretando sus dedos; ella cumplió lo prometido, aunque él, con más fuerza, apretó en seguida uno de sus pechos.

Carmen recuerda una escena del mismo tipo. En un arranque de violencia que le bajó a su marido, ella, con sus dos hijos, se debió esconder en uno de los dormitorios. Según él, quería matarla. Pero como no podía entrar a la pieza para cumplir su cometido dio la vuelta por el patio, quebró el vidrio y trató de abrir la ventana. Ella sin detenerse agarró un palo y comenzó a golpearle la mano hasta que él desistió del intento.

Pilar no recuerda una respuesta física hacia su marido, pero sí está consciente que al ir dominando la situación fue diciendo cosas más hirientes.

Cuánto dura esta segunda etapa, también es muy variable, pero en general es más extensa que la primera fase. Aquí hay conciencia de la violencia y las mujeres van aprendiendo a convivir con ella, o mejor dicho, van sabiendo manejar cada vez mejor las situaciones violentas. El control nunca es total, por supuesto, ya que en primer lugar ellas siempre imaginan que sus maridos han superado la agresividad, entonces cuando aparece un brote violento muchas veces se encuentran desprevenidas. Y en segundo lugar, la fase de acumulación de rabias del marido, que la mayoría de las veces, significa descalificaciones, humillaciones, presiones, amenazas, es vivido por ellas también como una fase de acumulación de rabias. Por tanto, cuando el marido explota, por decirlo de alguna manera, ellas muchas veces también lo hacen y se suceden por supuesto las grandes golpizas.

Pilar nos relata que al contarle a su cuñada la violencia que vivía con su marido, ésta la aconseja diciéndole que es ella la que debe aprender a manejar la situación, en términos de no enganchar cuando a él le baja la "locura". Pilar, básicamente por la injusticia que sentía en el proceder de su marido era tanta su impotencia y rabia, que reconoce haberle sido muy difícil mantener la cordura cuando su marido comenzaba a molestarla. Por lo mismo, poco a poco dejó de contarle a su cuñada lo que vivía, ya que le daba vergüenza reconocer que ella tampoco podía controlar la situación.

Tercera fase.

La tercera fase, la de la libertad, se inicia cuando las mujeres llegan al convencimiento de que sus maridos no van a cambiar. Después de haberlos perdonado 3, 5, 10. 27, 69 veces, sienten que no pueden más, que están exhaustas, que se desenamoraron o

bien que la última golpiza fue tan desmedida que la próxima vez les puede significar la muerte.

Es importante agregar, para entender estos actos de perdón, que la violencia en toda su brutalidad nunca es permanente, tiene ciclos.

En algunos períodos del matrimonio se mantiene sólo la violencia verbal, las golpizas se suceden cada tres, seis, ocho meses o una vez al año. En otros, la violencia física es mucho más constante. En el caso de estas mujeres, la reiteración de las actuaciones violentas es con golpes menores: empujones, cachetadas, apretones de brazos, y sólo algunas veces los maridos se "permiten" exhabruptos totales.

Un fin que es inicio.

Para terminar, creemos importante haber hecho visible este proceso de "darse cuenta", que vivieron estas dieciséis mujeres en su historia de maltrato como una forma de contribuir a entregar más elementos para hacer visible la violencia conyugal. No todo, y en especial para estas mujeres que vivieron violencia en su matrimonio o convivencia, es una maraña de humillaciones, golpes, miedo, angustia; también hay avances, despertares y descubrimientos.

Superar la realidad de violencia que vive la mujer en su hogar es en última instancia potenciar su crecimiento, apostar a su desarrollo como persona, querer y creer en su igualdad social.

BIBLIOGRAFIA

- Larraín Soledad. *Violencia Familiar: Caminos de Prevención.* Ediciones de las Mujeres Nº 14. ISIS Internacional. 1990.
- Moltedo y otras. *Estudio sobre violencia doméstica en mujeres pobladoras chilenas.* Mimeo. Febrero 1989.
- Ahumada, Ximena; Alvarez, Ruth. *Estudio de caso sobre la situación de la violencia conyugal en Chile.* ISIS Internacional. Junio 1987.
- González, Nely. *Violencia doméstica: Análisis crítico de sentencias y expedientes.* Cuadernos de Reflexión Crítica, Oficina Legal de la Mujer. Septiembre 1989.
- Kirai De León. Andar Andando. *Testimonio de Mujeres del Sector Forestal.* CEM-Pehuén Editores. 1986.
- Ferreira, G. *La mujer maltratada.* Ed. Sud Americana. Buenos Aires, Argentina. 1989.
- Siberti, E.; Fernández A.M. *La mujer y la violencia invisible.* Ed. Sud Americana. Buenos Aires, Argentina. 1989.
- Foucault, Michel. *Microfísica del Poder.* Las Ediciones de La Piqueta. Madrid, España. 1979.
- Foucault, Michel. *El discurso del poder.* Folios Ediciones. México. 1983.

OTRAS PUBLICACIONES DEL CEM

Trabajo Doméstico Remunerado: Conceptos, Hechos, Datos. 1986. Ediciones CEM. Santiago. Thelma Gálvez, Rosalba Todaro.

La Violencia Contra la Mujer. 1986. Liliana Acuña, Verónica Riquelme.

Tejiendo Rebeldías. Escritos Feministas de Julieta Kirkwood. 1987. Ediciones CEM. Santiago. Editado por Patricia Crispi.

Mundo de Mujer. Continuidad y Cambio. 1988. Ediciones CEM. Santiago.

Las Temporeras y su Visión del Trabajo. 1989. Ediciones CEM. Santiago. Julia Medel, Soledad Olivos, Verónica Riquelme.

Primera Encuesta de Opinión Política y Sindical de los Trabajadores. Análisis por Sexo. 1988. Documento CEM. Santiago. Thelma Gálvez, Rosalba Todaro.

Las Mujeres Trabajadores de Empresas de la Zona Norte de Santiago. 1988. CEM-OFASAN. Santiago. Thelma Gálvez, Rosalba Todaro.

Condiciones de Trabajo. Análisis por Sexo de la Encuesta de Trabajadores Industriales de Santiago. 1989. Documento CEM. Santiago. Thelma Gálvez.

Mujer y Trabajo. El Caso de las Secretarias. 1989. Documento CEM. Santiago. Bárbara Délano.

Demandas de las Mujeres Asalariadas. 1989. Ediciones CEM. Santiago. Bárbara Délano, Thelma Gálvez, Rosalba Todaro.

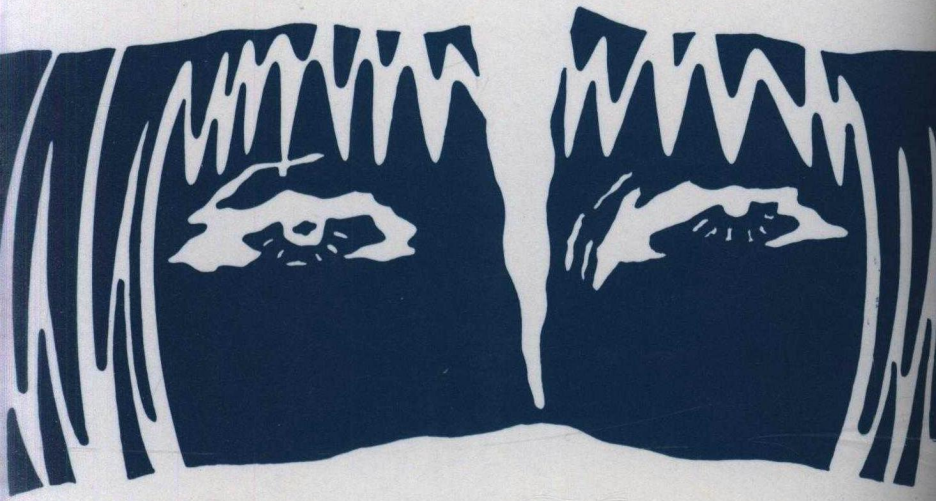
Nosotras Trabajadoras de la Industria. 1989. Documento CEM. Santiago. Thelma Gálvez.

Talleres Productivos de Mujeres. De la Organización Social a la Microempresa. 1990. Ediciones CEM. Santiago. Ximena Díaz.

La Reproducción de la Discriminación en la Empresa Moderna. 1991. Documento CEM. Santiago. Eugenia Hola, Rosalba Todaro.

Participación de la Mujer en el Sector Pesquero Chileno. 1991. Documento CEM. Rebeca Salazar.

Develar o desnudar una realidad es siempre el ánimo de toda indagación. Este libro, y su análisis de vitales testimonios de mujeres, es un intento por hacer visible y público lo privado e invisible: esos golpes, tan fuertes como la ira de Dios –en palabras del poeta–, que cotidianamente sufren muchas mujeres que en lo cotidiano nos rodean.



centro de estudios de la mujer